

JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

FECUNDIDAD



## INTRODUCCIÓN

Quienes han tratado a D. José, quienes han escuchado sus predicaciones, y quienes después de su marcha a la Casa del Padre se acercan a él a través de estas reflexiones incansables que son sus Diarios y sus cuadernos de Estudio, perciben en él a un hombre, un sacerdote, absolutamente seducido por la Verdad...

Un ansia de extensión e intensidad siempre inacabables, incapaz de saciar lo que su espíritu gustaba ya en largas horas de contemplación. “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” nos ha dicho Jesucristo. Y en este caminar raudo y apasionado, conducido por la Verdad en pos de la totalidad de la Verdad, D. José experimenta la verdadera Vida. Vida que es participación de la Vida Trinitaria, y que habla de oblación y fecundidad sin límites.

D. José sabe por tanto que es llamado a ser fecundo, y que la vocación cristiana, en todo estado, contiene en sí la gracia de la fecundidad.

En su peculiar forma de escribir, él va hilando reflexiones, orgánicamente trabadas, sobre diferentes temas que le van ocurriendo y que tienen origen en su oración, en sus estudios, en sus charlas con innumerables personas, en los acontecimientos exteriores e interiores. En estos escritos -y sin agotar la cuestión- hemos podido espigar fragmentos más o menos largos pero siempre densos de contenido, en que D. José aborda cuestiones como el celibato, el matrimonio, la sexualidad, la concepción de los hijos... así como consideraciones “*de altísimo bordo*” sobre el valor de toda vida: la ancianidad, las vidas consideradas por el mundo como absurdas, la llamada “inutilidad”...

Sus palabras son diversas según la época, pues su espíritu siempre ha estado en disposición de crecimiento y además, atendía con pasión las solicitudes verdaderas o falsas que en cada tiempo le han asaltado desde el mundo y desde el mundo de los hijos de la Iglesia. Unas veces son gritos rotundos y enérgicos de denuncia sobre falsedades que desdican de la Soberanía amorosa de Dios y que por tanto son letales para el hombre; gritos en que sin embargo siempre se expresa el reverso esplendoroso de la Verdad. Otras veces son palabras cargadas de ternura, de vigor y de esperanza, donde rezuma el Amor de Dios y cómo El quiere conformar a sus hijos...

Siempre, siempre, la certeza de que Dios quiere fecunda toda vida. La de cada hombre allí donde se encuentre. Y él, como sacerdote supo decir un *fiat* vehemente a la colaboración misteriosa en esta iniciativa divina...

Alma de santo y por tanto alma de poeta, así lo expresaba en uno de sus versos:

*Alma adentro me chorrea  
La intimidad de la noche;  
Ideal es su semilla,  
Espiritual es su toque;  
De pensamientos me empreña  
Y de misteriosas voces;  
Mis entrañas de varón  
Modelan hijos enormes.  
A la noche los confío,  
Ignotos para los hombres.*

## CONSIDERACIONES SOBRE EL CELIBATO

### **Día 23 de abril '66 (Estudios sobre Eliot)**

(...)

Al comentar las ideas de Arnold, que quiere sustituir la fe religiosa por la poesía, Eliot enuncia su afirmación de que nada puede sustituir a otra cosa, y que si creemos que ésta no nos es necesaria, debemos simplemente prescindir de ella, sin buscarla sustituciones. Me parece importante, pues vivimos en un mundo en que todo se sustituye. La tendencia a los sustitutos en el orden material, nos lleva insensiblemente (¿o quizás el orden ha sido el contrario?) a sustituir unas ideas por otras. Y sin embargo, como cada realidad señala un matiz divino, nada hay que valga para sustituir. Aun respecto de Dios, se usa la palabra, y se dice v.gr., que la gracia suple tal o tal defecto (v.gr. de un sacramento, o la afectividad del esposo o la esposa). Se dice por ejemplo, con toda seriedad, que en el celibato Dios suple la afectividad del esposo. Ahora, este es un disparate de los más evidentes. Dios no suple nada -en todo caso sería al contrario- sino simplemente Dios actúa con un esposo, con un sacramento, o sin ellos. Claro es que, en este caso, cuando se trata de una acción divina, no se realiza una sustitución, ni se pierde matiz alguno, pero al tratarse de realidades humanas, si se quiere sustituir unas cosas por otras, se pierden matices y se cae en un engaño. Habrá que aceptar humildemente, que carecemos de tal o tal realidad, y contar con ello.

### **Día 29 de Junio '67 (Estudios)**

(...)

Creo que, a la eterna pereza, se añade, en dosis desaforada, la convicción de mi creciente inadaptación. Desde cualquier punto de mira en que me coloque columbro nuevas dificultades. Pese a la satisfacción producida por la última encíclica de Paulo VI, encíclica sobre el celibato, encíclica sobre tema cristiano, enfocada cristianamente y dirigida a los cristianos, bravamente disparada al corazón de la Iglesia, dejando la periferia, en que tan frecuentemente hacen sus correrías las jerarquías hodiernas; sigo experimentando la misma sensación de destierro respecto de la Iglesia actual. Cierto que me conforta constatar que el Papa cree en Dios, en Cristo; que sus ideas son exactamente las mismas, que llevo exponiendo durante años, y que, en cierto sentido, inventé antes de haber leído nada igual. Pero el Papa no es el ambiente de la Iglesia, en que su palabra carece de suficiente volumen para

imponer las tesis propugnadas. Muchos seguirán impugnando el celibato -ya encontrarán maneras de hacerlo sin oposición aparente al Pontífice-; muchos continuarán defendiéndolo, sin más razones que la necesidad de autoafirmarse, consolarse pensando que no se han equivocado, y de sentirse superiores, distintos de los demás hombres; pero ignorando las motivaciones místicas -únicas válidas, no obstante- expuestas por Paulo VI. Y ante estas gentes de uno y otro bando, me hallo inerme y sin misión. Y el celibato es tan sólo una muestra, pues el problema abarca casi todas las posturas.

### **Día 6 de Abril '72**

Oración desde las 3'30. Lectura de Arintero. Sentido del cielo. Deseo muy intenso de que los hombres conozcan a Dios, de que penetren en esta intimidad que yo vislumbro. Paciencia con cada persona. No soy positivamente impaciente, no me desanimo ni me canso de modo sensible; pero ¿espero bastante? ¿No se entibia mi deseo cuando las personas no avanzan de manera perceptible? Pero mi historia muestra bien claro que jamás hay nada perdido, que cualquier día puede ser ya la víspera del milagro. Y lo mismo la visión de las muchedumbres: el paso por Madrid, el viaje desde Palencia: gentes y gentes, que apenas conocen nada de Dios. Conversión de Nínive; las ciudades son amadas también por Dios. Y en suma yo nada puedo juzgar. Cronin en «Las llaves del Reino»: «este mundo del que siempre he pensado que está mucho menos lejos de Dios de lo que nosotros solemos creer». Ciertamente, porque Dios está muy cerca de él; a punto de arramarlo a Sí.

Conciencia de la blasfemia, objetiva, que incluye la canción continua de «la soledad sacerdotal». Todo este ruido acerca del «problema» del celibato. ¿Qué mujer -ni qué amigo- me consentiría, noche tras noche, despertarle a las 3 de la madrugada, para invitarla a continuas confidencias durante tres o cuatro horas, y sería capaz, encima, de ponerse a continuación a leer poemas franceses, o filósofos griegos, o alemanes, conmigo? Y aún suponiendo que me lo aguantase, ¿qué podría decirme noche tras noche? ¿Cómo podría yo pensar que me iba a soportar el machaqueo ininterrumpido de mis confesiones: en su doble sentido: la reiterada enunciación de mis deficiencias y de sus perfecciones? Creo que, con más o menos anchura, cada persona posee un terreno dentro del cual le placen los piropos: menos no se siente querida, más se siente harta. Sólo Dios puede escuchar alabanzas continuas, pues su posibilidad de escucharlas no se mide por la

propia necesidad suya de seguridad, o por su imposible «amor propio», sino solamente por la necesidad y la conveniencia mía, del amante. Es porque a mí me beneficia, por lo que Dios gusta de mi confesión. La limitación humana también tiene lugar aquí: tenemos una capacidad muy restringida para sentirnos amados. Entre los hombres sólo Cristo es, también en esto, incansable. Como los niños y los perros gustamos de lo mismo; pero en medio de las caricias salimos corriendo. Sólo El se deja acariciar sin cansancio... Hasta que nos cansamos nosotros.

Todo esto es indudable, desde el punto de vista sobrenatural, en el nivel de la gracia. Pero se me plantea una pregunta, que requiere inexorablemente respuesta, para el cumplimiento de mi misión concreta de director espiritual en el seminario: ¿son así, como yo, todos los hombres? Humanamente ¿tengo yo tamaño humano? Cuando me llaman -parcialmente con sinceridad, parcialmente con un poco de chunga y de gana de propia justificación- «extraordinario» o «anormal», ¿están diciendo algo real?. ¿Habría que excluir del sacerdocio a quien no posee este temperamento, esta insaciabilidad, esta necesidad de infinito?. ¿O al menos excluir a aquél que no la ha recibido por la gracia, en quien la oración de los años de seminario no ha excavado estas enormes cuevas de deseo de verdad y de amor, que yo he sentido siempre en mí?.

Es evidente que el amor de Cristo no llena a mucha gente -es decir, no la hace sentirse llena- porque la rebosa. Es como yo no basto a un niño, porque le excedo. Y el niño ni siquiera se da cuenta de ello; pensaría simplemente que yo era un pesado, y por tanto me huiría. ¿Hay realmente quien no tiene la llama? Esta imperturbabilidad ante el fracaso, este no dimitir jamás, ¿es don extraordinario que no puedo esperar en los demás, sino como fruto casi postrero de la gracia?. Naturalmente hablando ¿deben acabar otros por dónde yo comienzo? ¿Son realmente impermeables al ansia de verdad y de amor?

#### **Día 4 de Febrero '77**

(...)

Advertir que celibato y pobreza se integran necesaria e indisolublemente. (Podría imaginarse algún caso excepcional...). No se puede ser célibe totalmente, sin estar desprendido de todos los bienes naturales (en los cuales entra la posesión afectiva), ni se puede estar desprendido -efectivamente también- de todos los bienes naturales, sin ser

célibe. Las dos cimas constituyen una sola cumbre. Y así lo prueban todos los santos...

La acción prodigiosa de Dios, sólo se puede manifestar (no realizar, por supuesto) plenamente en el célibe. Por lo demás, un matrimonio casto (con espíritu de celibato) puede vivir pobre hasta cierto grado, y dar testimonio de los prodigios del amor del Padre. La simple crianza de muchos hijos, en pobreza, lo muestra. Pero los muchos hijos -al menos hoy- son fruto, casi necesariamente, de una virginidad interior.

Sea como sea, es palmario que yo me siento llamado a seguir a Jesús codo con codo, célibe y pobre en extremo. Y que estoy en un momento de conciencia de ejecución, y pienso que de vigor, como jamás lo he estado. Y que ello puede ser la causa de salvación de millares de personas...

### **Día 25 de Junio '87**

Oración de 5,45 a 7,15. Después buscaré durante el día otra hora entera. Me he despertado tarde -tarde para mí, claro- a las 5,30.

Con mucho cansancio corporal. Y un cierto agobio por las visitas por hacer y recibir... Y a pesar de ello, el humor no se malea. En suma los incordios, los padecimientos mismos, no son cosas demasiado grandes, no sobrepasan jamás la medida humana (verdad que "Dios no nos mande cuanto podemos aguantar"). Un dolor que sobrepasara la humana capacidad, nos mataría (físicamente o moralmente: sumiéndonos en locura). Viceversa, el sufrimiento, la molestia, el malestar, la pena soportada con amor, personalmente, tiene medida divina. Igual la alegría cristiana... Porque todo ello es fruto de la acción del Espíritu Santo. La molestia del día, con el día pasa, y esta noche a las 12, ya nada quedará del peso del tiempo; pero mi persona, con su caridad ejercida en tantos complicados menesteres, permanecerá eternamente... De ahí el optimismo enorme, el optimismo que supera las normas humanas todas.

Como siempre, tras el primer vaso de café y estas breves consideraciones, la tarea parece más liviana... más hacedera... con perspectivas incluso gratas, "divertidas"...

Un poco de enredo en los horarios, un poco de paciencia para escuchar las lamentaciones de (...)... Realmente no lo bastante atendidos; lamentaciones en suma razonables... Todo ello no pesa lo bastante para encorvarme, sino externamente; y simultáneamente, se va desarrollando, invisible pero incontenible, el crecimiento de mi personalidad eterna, con sus ejercicios de oración, lectura, predicación... y verborrea para desenredarme

de los líos temporales... Y el malestar mismo, aunque leve, y el cansancio corporal, y la humillación de mis defectos... Todo contribuye al desenvolvimiento de la persona eterna, divinizada, y aun al crecimiento de otras personas, y hasta -indirectamente- a la existencia misma de personas, que jamás vendrían al mundo, si no fuera por mi caridad, mis predicaciones y mis minúsculos sufrimientos. Un día enredado, fatigoso, es el día que espera a muchas madres de familia más o menos numerosa, que todavía existen. Y que acaso se multipliquen en adelante, gracias a estas mismas actividades espirituales nuestras...

¡Qué alegre es la vida después del café!. Sin duda: gozo pascual...

Verdaderamente, cuanto más vivo y más curas y matrimonios trato, menos entiendo cómo pueda ofrecerse el matrimonio -ni aun la mera convivencia familiar- para remediar el famoso pseudoproblema de la "soledad sacerdotal". La experiencia real del modo de vida del célibe -¡no del soltero!- es viceversa la solución, como signo "sacramental" -en sentido ancho- de las incesantes e irremediables tensiones familiares: tensiones que abarcan todos los aspectos humanos, con sus gravísimas connotaciones sexuales, en los aspectos fisiológicos y psicológicos...

Cuando no se busca el remedio a la "soledad" humana en el celibato, en el espíritu del celibato al menos, se remata indefectiblemente, en la homosexualidad o la poligamia libre... Porque sea cual sea la conciencia psicológica del sujeto, la mediación no es del hombre respecto de Cristo, sino viceversa...

La mediocridad de los hombres pueriles lleva a paliar la realidad humano-divina, y a pensar en la normalidad de tales sentimientos de soledad, paliándolos con reuniones, amistades, y en último término con el recurso a la abolición del celibato. La realidad es lo contrario: sólo la experiencia -aun defectuosa, pero verdadera- del celibato, con su aparente soledad humana, pero vivida en la unión humano-divina con Cristo, puede no paliar, sino eliminar los trastornos de la soledad y de la convivencia natural. Y ello en todas las realidades y realizaciones naturales. Porque Dios es el Creador y crea como... no puede menos de querer, con amor que el hombre puede recibir -¡por gracia!-, pero no producir y no remedar desde sí mismo, con sus energías naturales... Por contera desnaturalizadas, rebajadas, torcidas, agravadas con pesos no correspondientes, sino procedentes de otras esferas: diabólicas...

Una gran parte de la humanidad no cree esto, o vive como si no lo creyera. El resultado es el irremediable bostezo universal, el irremediable universal gruñido, o aullido espantoso, que atruena y ensordece el oído humano...

**Día 17 de Enero '90**

(...)

Lectura de fichas, escritas hace años, muchos años algunas, y que voy revisando para romper casi todas. Sobre el celibato: actitud personal que engloba toda la afectividad: libertad afectiva de las personas - de las cosas (y tenemos la pobreza, libertad del ansia de seguridad, de las preocupaciones económicas, de salud, etc); libertad de "manías". El tipo de solterón, no infrecuente, contradice formalmente, intrínsecamente, la actitud de celibato.

## VIRGEN Y MADRE

### **Día 18 de Junio ´87**

8,45. He expuesto. Antes he leído las páginas finales de la encíclica sobre la Virgen. Deseo confiado de implorar el progreso de la unidad de las Iglesias, durante el año mariano. Y de acelerar el proceso de amor a los pobres. Puntos ambos, en que insiste el Papa, sobre el fundamento de la contemplación de la persona y la actividad de la Virgen.

Algo que estimo capital: la Virgen es Madre, porque es Virgen: es decir, en el proceso psicológico, fue dispuesta a la maternidad por la virginidad. Lógico: sólo la entrega en disponibilidad perfecta a Dios, puede dejar abierta la personalidad a participar de su fecundidad... Y la virginidad podría expresarse, acaso un poco toscamente, como la abnegación de todo egoísmo en las zonas de la afectividad...

Advierto, con asombro progresivo, la capacidad de desentendimiento humano. En el sentido inculpable de no caer en la cuenta sin más; en el sentido, mucho más culpable, de no atender aspectos, realidades parciales, que saltan a la vista, pero que quedan ignorados por ceguera, por ofuscación, por oscuridad de los apegos...

### **Día 5 de Septiembre ´89.**

Oración, muy informal -con muchas interrupciones- desde las 6,30 hasta las 10.

(...)

En cuanto a estudios: rematar el libro de D. Gréa... Emplear hoy horas en su lectura. Y lectura cuidadosa: recoger lo cierto -magnífico-; anotar en mi cabeza las proposiciones dudosas, para consultarlas cuanto antes en la doctrina del Concilio.

La enorme responsabilidad: pocas personas deben de tener tanta luz como se me otorga a estas alturas. Mi historia pasada... Influjos sobrenaturales del Señor con tantas y tan variadas colaboraciones, incluida - en sus zig-zags- la mía.

En el nivel de realizaciones particulares, el misterio primordial es la concepción, la vida del hijo en el seno de la madre. Las personas de la Iglesia deben contemplarlo... Y la madre no da órdenes al niño, sino que le comunica impulsos vitales... Y la obediencia consiste en recibirlos. La Concepción Inmaculada de María, principio de todo, en el orden de los

sucesos. Evidentemente precede el amor divino - la elección eterna, con su generación real en el Verbo...

Las meditaciones proyectadas e incumplidas, acerca del misterio de la Trinidad, estrictamente necesarias para entender el misterio de la Iglesia...

### **Día 25 de Octubre '89**

Oración de 4 a 5,45. Relectura del libro de Palmero. Confirmación de "intuiciones" propias. Las realidades de la condición terrena son todas derivadas. Conclusión primera de Palmero en el capítulo sobre la Iglesia Virgen: "La teología agustiniana no concibe una virginidad en abstracto, sino una virginidad de todos los creyentes, que trata de realizarse plenamente en unos pocos. De ahí que, en las almas consagradas a Dios, esta virginidad corporal se explique como prolongación y fruto de la Iglesia Virgen" (p. 96). Y lo mismo hemos de pensar de la maternidad. Y de la relación con Cristo Esposo. No puede haber virginidad personal sin Cristo; no puede haber maternidad personal sin Cristo. Y ambas maneras de vida son fruto de la unión de Jesucristo con la humanidad total, en la Iglesia.

Ambas posturas pueden darse biológicamente por egoísmo, no personal, puede uno mantenerse virgen por evitarse engorros; puede uno ser padre o madre por satisfacer tendencias biológicas. Pero ambas posturas, en cuanto personales, amorosas, se pueden realizar solamente partiendo de la vida de Cristo en nosotros: de arriba abajo, digamos. Solamente cuando el celo pastoral (amor a Jesús en su individualidad humana, amor a los hombres en su personalidad humana total) abrasa a la Iglesia, la virginidad corporal y la maternidad (o paternidad) corporal brotan como llamas que abrazan el egoísmo y fecundan la humanidad de los "eternos".

Palmero hace notar que el Concilio se apropia este pensamiento de S. Agustín. (L. G. 64).

La virginidad es laudable, porque es fruto del amor a Cristo Esposo. Y por tanto, es la forma de ser amado por El. Y lo mismo habrá que decir de la maternidad. Notar que la virginidad era defecto entre los paganos y los judíos... Y la maternidad pura perfección natural, corrompible por la muerte de madre e hijos...

### **Día 29 de Diciembre '89.**

Oración de 4 a 6. Esta noche creo que no he dormido nada, aunque he permanecido tumbado de 1 a 4. Celebraré Misa a las 6,45 para los que

salen de vacaciones. Yo iré a las 8,45 a Talavera, y mañana a Los Navalucillos.

¡Tantas cosas por revolver en lo interior!.

Anoche, en su homilía del funeral de su madre, Palmero leyó unas líneas de mi carta. Me detengo en ello, porque indica aceptación por parte de la jerarquía, realidad nada indiferente en varios aspectos. Señala que vivo en obediencia; señala que puedo influir con mis informes y sugerencias... Y luego, me ilumina más y más en la realidad que le notaba: la función de las madres en la Iglesia: en las condiciones terrenas y en la condición celeste. Debo meditarlo muy detenidamente.

El Papa insiste en la conveniencia de canonizar seglares. Pero entre ellos, las madres realizan la función más emparentada con el Padre eterno: la vida humana se inicia en su seno... en el seno de ambos: de Dios Padre, de la madre terrena. Doble consecuencia, con larga y ancha línea consiguiente: la atención a la santificación muy peculiar de tales personas, atención a su influjo en la Iglesia Madre ya en la tierra.

## **Día 2 de Enero '90.**

(...)

Idea muy reiterada en mis escritos: ¿qué hubiera pasado de haberle sido fiel a Cristo? La idea es sumamente piadosa, laudable, plausible y todo eso... pero probablemente es falsa. Pues nuestro fruto es fruto de la persona, no del momento... Y entonces he de decir: fruto, en la medida que yo voy a alcanzar la medida de la plenitud de Cristo, y la Iglesia actual es santa... Tal expresión tiene más visos de exactitud: pues atiende más a la persona, la amada, la esposa de Cristo, único autor de la vida, en el árbol de la vida de la cruz; y atiende más a la Iglesia universal: Esposa fecundísima de Cristo. Revolver más en el corazón, la figura de la Iglesia Virgen-Madre, de manera que entienda y pueda expresar adecuadamente, la "virginidad" de los casados castos, saturados de caridad... Y sólo esa virginidad de la Iglesia es fecunda. Y sin perder de vista las líneas antescritas, entenderé que un matrimonio en vías de santificación, aun siendo poco santos todavía, pueda traer al mundo y educar convenientemente, hijos de Dios: santos sin más...

## LA PATERNIDAD DE SAN JOSE

### Día 18 de Diciembre '83.

Escribo a las 7,50 de la tarde. Esta mañana apenas pude orar, ya que había determinado dormir un poco más, y no he despertado hasta casi las siete. Esta tarde he encontrado un rato largo para dedicarlo a la oración. He leído primero como una hora, del libro de Canals, y ahora estoy meditando los textos que estimo más provechosos.

Pienso que la gracia de Navidad -la capital de este año- puede ser este ahondamiento de mi relación con San José, en inteligencia, afecto y recurso ordinario. Sin duda, el conocimiento de ciertas personas influye en el curso de la vida entera, mucho más que multitud de decisiones o prácticas. Lo mismo me he de pensar en este asunto: el crecimiento de mi relación con San José puede -y debe- ser principio de «enormes» progresos...

Ante todo, la conciencia de su elección, en conexión inmediata con Jesucristo, de la cual deriva el hecho del matrimonio con la Virgen María.

Su relación con Jesús, en la cual se establece la integración de Cristo - en cuanto hombre- con el pueblo de la promesa... La «realidad de la paternidad virginal de José».

Consideración de San José: en su unión inmediata a Jesús: ahondar en la «realidad» de la paternidad (y ello es principal para la comprensión de la realidad de mi propia paternidad sacerdotal): es cierto que S. José no dio a Jesús una comunicación de «su propia vida», pero le comunicó, de continuo la vida, según el plan divino, haciendo posible el crecimiento del Hijo de Dios, en su naturaleza humana...

Consideración de la «permanencia de los dones». Si «ejerció» la paternidad respecto de Cristo, necesariamente la ejerce respecto de cada cristiano.

Consideración de la función de "empalme" con la humanidad precedente: mi inteligencia del Cuerpo Místico, condicionada por mi comprensión del misterio de San José.

Consideración del matrimonio con María: «lo que ha unido Dios, no lo separe el hombre»: la frase de Sta. Teresa del Niño Jesús: «mi devoción hacía él, desde la infancia, era una misma cosa con mi amor a la Santísima Virgen».

Notar la realidad de la autoridad de San José. El Patriarca (patriá = familia; arjos: autoridad, mando). Y la realidad es que la autoridad de San

José es la capacidad -llevada a realización- de producir la existencia misma de la familia.

San José era necesario, para que Jesús fuese quien tenía que ser en su naturaleza humana: perteneciente al pueblo de Israel... Las genealogías.

Consideración postrera: la santidad eximia de San José...

Las realidades naturales, no deformadas por el pecado, no exigen lo sobrenatural, ni lo producen, ni están constituidas por ello; pero son susceptibles de ser elevadas y modificadas (por perfeccionamiento). No podemos contemplar la «maternidad» en abstracto, y luego aplicarla a la Virgen; tenemos que despojar la maternidad de las desfiguraciones que proceden del pecado; y luego ver, oír, lo que ha sucedido de hecho. Lo mismo sucede con la paternidad de San José. Contiene «ingredientes paternos genuinos» que son asumidos por Dios, para que Jesucristo sea Jesucristo...

Pienso que la gracia de estas «penetraciones» que ahora medito, integra conclusiones pastorales -teóricas y prácticas- de altísimo bordo...

Poner a una persona en relación con otra, constituye en muchos casos, el principio de santificación, o de perversión. El caso es claro...

Advierto una vez más, el error gravísimo (en cuanto a error y en cuanto a consecuencias) de «partir de lo natural conocido», para acomodar a eso la inteligencia de lo sobrenatural. Siempre que hemos recibido la revelación sobre algo, el camino es exactamente opuesto; sin que nuestros conceptos naturales dejen por ello de servir instrumentalmente; pero un instrumento, si no queremos que la operación sea totalmente condicionada, y en suma inútil, es algo que se emplea precisamente a partir de la operación misma, no viceversa...

### **Día 27 de Septiembre '87.**

Oración de 4,30 a 6,30. Luego haré, al menos, 1/2 hora de lectura.

Y procuraré reservar un tiempo esta tarde, para terminar el libro sobre Macanaz.

Muy notable debilidad en el dominio de mis impulsos corporales. He de insistir vigorosamente -por la actualización refleja de la fe- en este campo, durante el próximo octubre.

Simultáneamente: vacilaciones -que en la práctica resuelvo inmediatamente- en la elección de tareas: intelectuales-conversaciones y, a veces, ejecución de tareíllas (cortarme el pelo...). Algo de eso también, en la postergación de cierta clase de faenas: escribir una carta, gestiones

proyectadas, lecturas particulares... Objetivamente suelen salir dañadas algunas operaciones más importantes (también objetivamente).

Hemos de corregir continuamente, sin la esperanza de alcanzar la perfección, los conceptos, las estimaciones recibidas -y además: recibidas a nuestro modo también imperfecto. Por ejemplo: la paternidad de San José. Pienso que un déficit de gracia en la Iglesia, dimana cabalmente de la deficiente postura respecto de José, realmente padre del cristiano, de modo semejante a la madre Virgen. Y que tal defecto brota, en buena parte, de nuestra visión parcial de la paternidad. Nuestra manía biológica, corporal inmediata, no ha permitido advertir y aceptar la realidad de su paternidad respecto de Jesús. Jesús es realmente hijo de David, porque es realmente hijo de José. Pero minusvaloramos la relación humana, no ya meramente legal, de la función paternal de José.

En la medida en que admitimos que una persona tiene su personalidad conformada por influjos psicológicos, absolutamente verdaderos, recibidos de los padres, que ejercen así su paternidad, o llegamos -y en abundante dosis hemos llegado- a la emancipación tempranísima, prematura, del hombre frente a sus padres, ya que éstos propiamente ya no son padres, sino que lo fueron. Pero si la formación de la personalidad (lo que llamaríamos psicológica) depende de los padres, y tal formación decide en último término de la perfección o destrucción de la persona (salvación, hasta la santidad; perjuicio, hasta la condenación) entonces hemos de admitir la realidad paternal, no solamente de quien engendra o concibe físicamente, sino de quien conforma psicológicamente.

Y así, voy advirtiendo puntos de vista que hay que someter a revisión y, casi siempre, a corrección. Lecturas de historia, biografías, viajes... Observamos la realidad con anteojeras que nos impiden ver, y nos fuerzan a la abstracción.

Como pensaba escuchando algunas observaciones de X sobre nuestras predicaciones: identificación de la "preparación", con la disposición sistemática de las ideas, en orden lógico, abstracto...

Por lo mismo, esta mi abundancia y variedad de lecturas, por lo común repensadas, morosamente revueltas mentalmente, producen mudanzas mentales muy substanciosas y substanciales en mi personalidad... y de consiguiente, en la mentalidad de "otros". Y sin embargo de ello, sugieren por lo general, defectos en la preparación. Cuando acaso la charla sea fruto de horas enteras de meditaciones y de aplicación íntima y total de la personalidad total al asunto...

## MATERNIDAD ESPIRITUAL DEL SACERDOTE

### **Día 11 de Febrero '75: Nuestra Señora de Lourdes**

(...)

La verdad es que he comenzado el día con viva esperanza: las fiestas de la Virgen son ocasiones de gracias muy especiales...

Cántico de Tobías: «El Señor azota y se compadece»: azotado estoy de sobra. Azotar Dios es ni más ni menos, que dejarnos a nuestra debilidad. Estoy cubierto de descalabraduras y cardenales... Creo que hemos entrado en el tiempo de la compasión. Pero este vocablo, rezado hoy, escuchado hoy, por un cristiano, ¡qué diferente sentido incluye! Pues nosotros hemos oído también, y hemos acogido la ilustración del Espíritu: "Con cuyos cardenales hemos sido sanados..." Cristo se ha compadecido de nosotros; ha padecido con nosotros. Y María, la Madre, con El... Pensamiento muy recurrente, pero siempre eficaz: si cuando le costó, no dudó en lanzarse al sufrimiento para sanarme, ahora que no le cuesta ¿dudará en comunicarme el fruto que ya goza El? Claro que eso lleva consigo que yo padezca ahora...

«Si volvéis a él de todo corazón... él volverá a vosotros y no os ocultará su rostro. Veréis lo que hará en vosotros»... ¡Dios! ¿A qué maravillas pasmosas, literalmente, estoy próximo a asistir? Y entonces el apostolado será lo que debe ser. La palabra de quien no puede callar, porque ha contemplado al Verbo...

Salmo 32: su Misericordia, manifestada en su totalidad solamente en María; su inmutabilidad en los planes: por ejemplo, la maternidad de la Virgen... ¡Cómo se cumplen (cumplir: realizarse en plenitud) en ella todas las palabras de Dios! Me entran muchas ganas sensibles de conocerla, en todos los aspectos. Un estímulo más, pues palmariamente la conoceré en proporción a mi fe y mi caridad... En una personalidad realizada, incluso en vías de realización, pero que se realiza sin extravíos, la personalidad se identifica con la misión: por eso la personalidad de María es absolutamente materna. Por eso la comprensión de mi paternidad sacerdotal es una participación de su maternidad total, que he de recibir conscientemente de ella...

### **Día 1 de Enero '81 - Fiesta de la Maternidad de María.**

Vigilia desde las 12,50 más o menos, en que terminé de dar una meditación a las ejercitantes. Exposición toda la noche. He dormido un par de horas en el sillón... Profusión de ideas, verbeneo de deseos, penuria tremenda de realizaciones. Acaso hambre y sed de justicia...

La inestabilidad física, esta necesidad de moverme, fumar, tirar las cenizas, beber café... ¿no significará cierta inestabilidad psicológica inadvertida? Me parece muy verosímil. Lo que significa que, mientras no alcance el asiento interior, es bien inútil proyectar ciertas supresiones mortificantes...

Mas he de averiguar las motivaciones de la recóndita inestabilidad... Desde luego, cierta desarmonía; cierta tensión ¡aún! hacia objetivos particulares, ciertas esperanzas naturales, en suma, que deben ser sublimadas.

Conciencia de mis deficiencias filiales respecto de María. Escasa contemplación y complacencia en su figura, su presencia, su actividad maternal sobre mí, mi colaboración con ella... Tal vez, lo primero sea contemplarla más y recurrir más a ella, para experimentar su eficacia maternal. Y desde ahí, el recurso a los santos y a los ángeles...

Precisamente por mi unión con la Virgen, recibéndolo de ella, con su sello peculiar, actitud maternal respecto de los hombres: me place más la idea de actuar maternalmente que paternalmente, por cuanto sin duda la actividad maternal es en sí más íntima. Evidentemente con las cualidades viriles, que son probablemente las que me originan esta visión. Notar que la enseñanza bíblica, por supuesto expresada en imágenes, es que la mujer procede del hombre: por consiguiente, las cualidades realmente femeninas las posee también el hombre, en cuanto alcanza la madurez varonil. Lo que sucede es que nadie la alcanza, y así o se queda en macho bruto o se afemina... Cristo es hombre...

Por lo mismo, pienso que mis faenas pastorales deben tener esta ternura, esta continuidad, esta intimidad que suponen portar al hijo dentro de sí. Y, por consiguiente, este cuidado exquisito en evitar cuanto puede dañarlos: la abstención de alimentos, movimientos, etc., que ha de practicar la madre gestante, para no abortar... No soy la única madre de nadie, pero colaboro en cuanto a muchos en la tarea maternal de la Iglesia, de la Virgen...

Y en esto observo, con más agudeza y amplitud, la muchedumbre de mis deficiencias. Mi crueldad, mi rigor excesivo, mi desabrimiento, mi egoísmo por comodidad, vanidad, etc.

Lectura nocturna de la quinta morada: deseos de llegar muy prestamente a ella: necesidad de tantos... Sta. Teresa insiste en la caridad con el prójimo y en el deseo de ser el menor de todos... Y me encuentro bien verde en ambos aspectos...

No se puede ser madre espiritualmente sino en la fe, en la esclavitud respecto del Señor, en la recepción de la palabra y en las angustias de la

gestación y el alumbramiento. En lo espiritual, todos los embarazos marchan mal, dolorosa y peligrosamente, y todos los alumbramientos son penosos... Las angustias de María al pie de la cruz...

### **Día 8 de Junio '83**

Oración de 5,25 a 7,25. Algunas conversaciones de ayer me avivan la conciencia de la necesidad acuciante de vivir la maternidad de la Iglesia.

Ante todo, fontalmente, en pasividad: creyendo en el Espíritu que la vivifica maternalmente. Verdad que no me ha faltado nunca el signo oportuno de tal maternidad... He sido mimosamente cuidado por Dios. He hallado siempre colaboradores suyos que me han atendido de sobra... Y tal vez por ello me resulta fácil la visión...

Luego he de escrutar mis actitudes y mis comportamientos hacia fuera. No son muy exactamente maternales... Advierto la tendencia, muchísimas veces victoriosa, a eludir actos costosos. Que no deberían costarme nada a estas alturas. La recomendación de José... Una madre ni cae en la cuenta de su humillación posible o cierta, si se trata de sacar adelante a un hijo... Y yo... Las gentes no deben temer jamás -en cuanto de mí depende- molestar. Una madre no puede -¡como madre, otro cantar es que, por lo común, las madres lo sean poco más que a medias!- sentirse molestada por su hijo.

No me he educado exactamente para madre... Me he abandonado tanto, en las innúmeras cesiones a mi temperamento, que no he crecido en esta delicadeza, en esta ternura maternal, única que puede reflejar el amor divino. [...]. Pero ese amor, un tanto distante y un todo entrañable, íntimo, pertinente a la madre...

Y notar que las madres humanas son personas humanas que pasan a ser madres; pero nosotros quedamos constituidos ontológicamente en esta realidad maternal, por el carácter y la gracia del sacramento del orden.

Esta procrastinación jamás enmendada... Ahora voy cumpliendo los quehaceres de la «agenda»; pero con tanta lentitud, que mientras tanto los hijos pueden morir de hambre. Pues «mis hijos» -tantos ignotos- no precisan solamente de ostensiones percibidas, sino también, y sobre todo, y muchos solamente, de un alimento interior, que yo maternalmente debo obtenerles, sin que ni ellos ni yo sepamos jamás que proviene de mis operaciones aquí en la tierra...

La oración, el merecimiento, la expiación... ¡Con qué ternura debería vivir de continuo, nutriendo a todos esos hijos que Dios me ha dado!.

Tanto más maternalmente cuanto más desinteresadamente, puesto que nunca veré en la tierra, ni su satisfactorio crecimiento, su salvación de las enfermedades y de la muerte, su robustez, su fecundidad... Ni podré en la vida terrena disfrutar de la constatación de mi fertilidad, mi vitalidad fecundante...

¡Cuántas ocasiones contemplo en mi vida, perdidas, malogradas!. Mis comportamientos de vieja gruñona, en lugar de madre fortísima, desbordante de vida, que se derrama en vidas nuevas.... De ahí mi esterilidad...

Procurar hoy despachar algunas cosillas más.

Verdad que el menester maternal incluye esta satisfacción de las propias indigencias. Que mi debilidad repercutiría en los hijos, y ello sería igualmente grave; que necesito de estudio, de oración... Pero es innegable el influjo egoísta en las elecciones de faenas. Siempre -por sistema- el estudio pasa a primer término, postergando esas menudas y breves tareas que podría despachar en muy poco tiempo...

Y luego... todo el modo de mi actitud y mi comportamiento, tan teñido de egoísmo. Desde los actos, hasta los tonos de voz, los gestos... tan poco estimulantes a la confianza en el Padre, a quien yo debería reflejar... y no reflejo.

La raíz de los abortos, del horror a «cargarse» de hijos, está aquí: en la mediocridad de quienes habiendo recibido gracias incalculables, no vivimos nuestra maternidad. Y se va descendiendo en la escala... Sentimiento de propiedad: mis hijos; sentimiento de pesadumbre: los hijos como carga. Sentimiento temeroso ante el dolor: parto sin dolor. Sentimiento de necesidad de evasión: ni dolor ni parto... Sentimiento de ansias de comodidad y de gustos materiales: mal uso del matrimonio, anticonceptivos... extensión al colaborador en la tarea: separaciones, divorcios. Predominio absoluto del gozo: homosexualidad, uniones pasajeras... Perversión del entendimiento... Lucha teórica contra la injusticia, compensaciones materiales -casi siempre- o psicológicas...

Notabilísima la ternura de los santos más «recios»: anécdotas de San Francisco de Asís, San Francisco de Sales, San Ignacio, San Felipe de Neri, San Juan de la Cruz... Y como contrapartida, ¡cuántas anécdotas conozco, del trato cara a cara y de lecturas, de la dureza de quienes no son santos!. Recordar la misma actitud de Gandhi con sus hijos... ¡cómo falta la ternura!...

La maternidad como instinto: tan estragado por la fuerza de los instintos egoístas. Instinto comunicado por el Espíritu: que puede restablecer su espontaneidad, certeza, fortaleza, por el perdón de los pecados... Recurso

a la confesión, a la conciencia de los caracteres sacramentales: bautismo, confirmación, orden... a la celebración eucarística, a la escucha de la Palabra divina, leída, predicada por otros, por mí mismo... Comunicación del Espíritu divino: esperanza de mi restauración en el nivel pertinente, en la fecundidad inefable...



## MATRIMONIO Y CELIBATO

### Día 13 de Mayo '68 (Estudios)

(...)

Y con esto dejo de momento a Robinson, a quien he de encontrar de nuevo quizás mañana por la noche, en la segunda obra suya que poseo, la "New reformation?", para trasladar las notas tomadas en Zaragoza del libro de Max Thurian acerca del Celibato. Procuraré refrenarme para no alargar las glosas, sino, pese a su imperfecta redacción, copiarlas tal cual las anoté entonces.

Día 28 de Abril. Ayer mañana acabé los ejercicios de Pamplona y empleé la mañana en casa de Josecho "criticando" el libro con Fernando y su padre. Viaje a las 3 de la tarde hacia estas tierras. Durante el viaje comienzo "Mariage et Célibat". Lo he terminado hace un rato. Son las 8 de la mañana; me he levantado a las 4,30. Emprendo las anotaciones:

R. Schutz, en el prólogo, reprueba el sentido puramente utilitario del celibato: "Así el celibato cristiano no debe ser justificado solamente de forma utilitaria por la mayor disponibilidad que da para el servicio. Debe sobre todo ser reconocido como vocación si es vivido en el amor a los demás" (p. 10).

Es ciertamente testimonio, pero quien lo vive no debe preocuparse de ello. Los signos se viven sin la constante solicitud por lograr su significado. Una vez estudiados y comprobado su valor, no hay más que realizarlos en su esencia auténtica, y ellos valen, sin más, para los otros. La tensión respecto del valor significativo, dada la limitación del hombre, produce corrientemente la debilitación del valor significativo. Lo más ordinariamente acaban por fallar, porque en realidad acaban por constituir expresiones muy sensibles, pero sin significado, al menos sin el significado que debían tener. Pensar en los signos actuales: casi todos son muy de bulto, pero no encaminan a los hombres hacia Dios.

"El celibato viene a ser parábola en un mundo sin Dios, con el corazón endurecido, los oídos cerrados, que tiene necesidad de signos visibles, de signos que impacten. El celibato cristiano tiene como valor objetivo ser una realidad significativa. Manifiesta al mundo que el cristiano puede renunciar a todo, por Cristo y por el Evangelio. Signo extremo de contradicción a propósito del cual, Cristo mismo ha dicho: `No todos son capaces de aceptar esta palabra, solamente aquellos a quienes esto les es dado´.

Sin embargo aquel que vive esta vocación no debe preocuparse del valor de signo que representa. Debe simplemente vivir su celibato alegremente, debido a las gracias que le son concedidas..." (11).

Sería bien paralelo el examen de nuestro estilo de predicación o conversación: es preciso primero ser, luego pensar bien, después conocer objetivamente el valor de las palabras, luego emplearlas sin excesiva solicitud por hacerse entender. La preocupación por comunicarse traba la expresión. Aquí se requeriría un análisis del ser de la palabra, como expresión y comunicación. Asunto que debo ahondar, porque yace en el cimiento de la moderna manía del testimonio, y tiene no poco parentesco con las continuas exigencias -teóricas- de sinceridad.

El matrimonio es signo del amor de Cristo a su Iglesia. Necesidad de que la gente lo conozca así. Pero en primer término de que lo sepan -lo saboreen, penetrando sus últimas realidades- los casados. La disolución del matrimonio indica inequívocamente la obliteración de esta realidad. El casado se ha unido a Cristo -indisolublemente- a través del otro cónyuge; cualquier separación de él, es, irremediablemente, separación de Cristo. El matrimonio, bien concebido, ayuda a entender el celibato. La crisis del celibato sacerdotal manifiesta, sin más, la crisis del matrimonio. Importancia del nombre de Esposo que Cristo -y Dios- recibe en la Biblia. Mi predicación acerca de la madurez afectiva, que hace que el hijo -que somos todos- pueda tomar ya figura de esposa. Estudiar mucho más este tema en la Biblia. Vonier. Relación con la maternidad de la Iglesia: sólo quien ha llegado a constituirse en esposa, puede ejercitar apostolado auténtico: recordar Ecclesia Mater de Delahaye, con las notas entonces escritas. Y esto incluye, en su mismo concepto, la madurez relativa humana... Celibato y matrimonio son las dos formas de realizar este desposorio con Dios. Dificultad del tema, dada la baja mentalidad de los auditorios.

Sólo la conciencia de la doble posibilidad de realización de una sola opción posible -desposorio con Dios- para llegar al matrimonio espiritual de los místicos, puede situar en su lugar el celibato. Nada se rebaja, todo queda levantado a cumbres inimaginables, y todo evidencia un Amor infinito, incomprensible. Pero el celibato se eleva más y más, no por rebajamiento del matrimonio, sino por el aletazo incomprensible del Espíritu, que nos alza a tales cimas.

"La secularización del matrimonio es una consecuencia del olvido de que hay una elección entre dos estados posibles para el cristiano, antes de que tome decisión. En la parábola profética de la Iglesia, el estado de celibato anuncia que en el Reino `no se casarán´ porque hay un amor más grande y más absoluto que el amor conyugal. Paradójicamente, el Reino es descrito por Jesús como un banquete de bodas, y la Jerusalén celeste descenderá desde Dios `preparada como una esposa que se prepara para su esposo´. El matrimonio es también, pues, un signo del amor de Cristo a su Iglesia" (20-21).

Interesante la exégesis de Mt. XIX, 9 ss. El "salvo caso de adulterio" si se toma como permisión de nuevo matrimonio, incluiría a Jesús en la escuela de Chammaî, lo cual no parece probable, mucho menos atendiendo a la reacción de los discípulos, en cuanto a la dureza de la doctrina, (v. 10) que nos revela que han entendido la enseñanza en sentido absoluto. Ni Lucas ni Marcos contienen la excepción, y en el sermón del Monte, tratando del adulterio, Jesús es taxativo (Mt. V, 32). La doctrina en consecuencia puede expresarse así: "el matrimonio es indisoluble; el que repudia a su esposa la expone al adulterio, y se hace culpable; si se casa con otra comete adulterio; en caso de incontinencia femenina, el hombre no peca si la despide, pues no la expone a adulterio, ya cometido. Pero ninguno de los cónyuges puede contraer nuevo matrimonio.

Si aceptamos la traducción de Benoit, seguido por Bonsirven, toda dificultad desaparece. Para ambos en efecto porneia no significa adulterio, sino concubinato, unión ilegítima. Lo cual significa, que cuando no se trata de matrimonio, sino de convivencia ilegal, no hay adulterio en el rompimiento de tales relaciones establecidas. (cfr. 24-28). La cola serpentina que se agita en el protestantismo, asoma en la curiosa conclusión de Max Thurian, para quien la caridad permite hacer excepciones a esta ley, que él mismo presenta como universal y absoluta. (p. 30).

Tendría aquí dos líneas bien divergentes: los estudios exegéticos concluyen a la indisolubilidad absoluta, las "teorías pseudoteológicas", forzadas por influjos "pastorales" que parten de la realidad, avanzan hacia la atenuación progresiva.

Los textos examinados se refuerzan con Rom. VII, 2-3 y I Cor. VII, 10-11, 39.

Pastoralmente se concluye que no debe permitirse el sacramento a quienes no están preparados para vivirlo. Si los esposos no tienen fe suficientemente madura, que vivan "honorablemente" en matrimonio civil... Claro, esto de la honestidad del matrimonio civil es muy suave de expresión... Pero quien tiene el vínculo, lo tiene, y este es irrompible, y Dios le fortalecerá para que no se separe de El, por la ruptura de uno de las ataduras más firmes...

La primera nota del matrimonio cristiano es la intervención de Dios, del Dios fiel a sus promesas -aquí vendría una explanación del concepto de fidelidad divina en la Biblia- Así es fiel el amor de Cristo a la Iglesia. De ahí la indisolubilidad. Que, por consiguiente, depende de la fe del cristiano. Toda claudicación acerca del matrimonio, indicia paralela claudicación interior -quizás todavía imperceptible- respecto del celibato.

La última razón "mística" es la imposición de manos, -que no recuerdo, o quizás no exista expresamente en el rito católico- con que se confiere a los casados el Espíritu Santo. Don irrevocable (R. XI, 29). Notar que, respecto de

la indisolubilidad, quedan evidentes las relaciones con las Personas divinas. En este sentido lo primario no son los hijos. Aún no veo claro en este campo. Por supuesto, lo primordial es siempre, para las personas, la propia santificación. Por tanto, el primer objeto de quien realiza el acto conyugal es unirse con Dios; ahora, el objeto primero del acto sería engendrar -lo cual es, sin más, una manera bien profunda y estrecha de unión con Dios-. Pero los mismos hijos sólo tienen sentido como fruto del amor de Dios -infalible- y del amor de los padres -falible-: Dios supliría, como en tantas ocasiones.

El Espíritu Santo es quien debe darles la gracia de la fortaleza, para vivir esta unión con Cristo y con el Padre; de hecho, el Espíritu condujo a Cristo en su vida humana de Hijo de Dios. Y además les purifica sus pasiones y eleva su amor carnal, purificándolo de todo egoísmo. Aplicación *a fortiori* de I. Cor. VII, 14, a los esposos cristianos.

El matrimonio es preclaro testimonio de la paternidad de Dios, ya que los niños son engendrados en Cristo, es decir, a impulsos de su Espíritu. El matrimonio cristiano es, pues, indisoluble, de una manera que no lo podía ser antes -y esto no creo que lo tiene en cuenta el articulista de Concilium, cuando escribe acerca de la poligamia- pues Cristo ha "promocionado" realmente el matrimonio, levantándolo a alturas impensables.

Al mismo tiempo es -con el celibato- el compromiso más serio y grave de la vida humana. En ambos casos -contra las teorías protestantes que actualmente invaden nuestros recintos aún llamados católicos- lo que se limita, no es la libertad del Espíritu Santo, sino la libertad humana, en su aspecto de elección, para ampliarla en su aspecto de exultación o autonomía. Pues el hombre recibe una ayuda a su libertad como no podía ni imaginarla. Es manifiesta la repugnancia actual a adoptar compromisos de por vida. Repugnancia que ya sentían los reformadores, al menos en algunos terrenos, (38). Puede ser que las tendencias actuales vengan de ahí.

Para Max Thurian el hombre "es en general y naturalmente de un temperamento polígamo... Hace falta verdaderamente todo el poder de Cristo para mantener al hombre y a la mujer en la fidelidad... La monogamia cristiana es pues un sacrificio de las pasiones desordenadas y vagabundas" (p. 40). Es falso que el hombre sea de un temperamento polígamo; como Marañón finamente, y Unamuno más a lo bruto y lo tajante, piensan, el hombre es fundamentalmente monógamo. Aquí nuestro hermano separado se deja llevar también de la "realidad", es decir de lo que ve. Conforme con las pasiones desordenadas, pero estas no constituyen al hombre; aunque influyan poderosamente en la mayoría. La gracia de Cristo -como él mismo señala- no hace más que levantar una realidad humana que El mismo, en cuanto Verbo, ha creado. El hombre se realiza como tal en la unificación, y por eso se realiza aún

mejor en el celibato, que en el matrimonio, cacareen cuanto quieran las aves de corral, que suelen escribir ahora en las revistas y periódicos sobre cuestiones teológicas. La desventaja es que las gallinas no hablan ni escriben, mientras que los hombres son capaces de hacerlo, y ahora con las alfabetizaciones, en mayor o menor grado, cualquiera es capaz de coger una máquina o una pluma -mejor máquina, porque el progreso nos trae una promoción humana tal, que cualquiera puede hacerse inteligible externamente; hay instrumentos para todo-. Así las gallinas no cuentan lo que sucede en el cielo, tal como ellas lo ven; pero estas gallinas humanas, sin salir de su corral -que por lo demás es anchísimo y archipoblado- se dedican apasionadamente a relatar sus impresiones sobre esas cumbres que sólo las águilas contemplan, de poderosas alas y agudos ojos.

El matrimonio, monógamo e indisoluble, hunde al cónyuge en el misterio. El misterio del amor de Cristo y de la Iglesia. Y en sus manifestaciones humanas, el misterio de una vida que ya no puede uno gobernar plenamente, el misterio de la vida compartida por un sólo ser misterioso, y en relación paternal con otras personas más misteriosas todavía. Pues el matrimonio cristiano -no digo los concubinatos bendecidos placenteramente por los clérigos al uso- no deja campo a elecciones posteriores. Uno ha de confiar a Dios los hijos que han de venir, con su modo de ser, sus medios, sus cualidades... Naturalmente no excluyo la llamada -por el Concilio- responsabilidad en la paternidad; pero la tal paternidad responsable sitúa plenamente al matrimonio en el misterio.

Releer a la luz de estas consideraciones, verdaderamente deslumbrantes, el párrafo de Ef. V, 25-27.

"La procreación no puede ser considerada como el primer fin del matrimonio, con vistas a aumentar la Iglesia; esto sería una concepción del Antiguo Testamento. El matrimonio significa lo primero la unión de Cristo con su Iglesia, y su fruto natural y necesario, el nacimiento de los hijos, le permite afirmarse y consolidarse...

El matrimonio toma pues de la nueva alianza un sentido espiritual completamente nuevo, no es indispensable para la propagación del pueblo de Dios, es una de las posibilidades de la obediencia cristiana, junto con el celibato, el cual permite una procreación espiritual puesto que es querido por Cristo "a causa del Reino de los cielos". (44-5).

Una vez venido Cristo, realizado el prototipo, el matrimonio recibe una consagración nueva, menos como institución de procreación, que como manifestación ejemplar de la co-humanidad, y por tanto como destino del hombre en tanto que "aliado" de Dios. (45)

No sé, porque no lo he meditado bastante, pero acaso en todo esto haya un equívoco de nomenclatura. El matrimonio que es esto, tiene como fin la

procreación. En cierto sentido es menos importante, pero sin embargo, es el fin primero. Lo que una cosa es sólo con reservas se puede decir que es un fin. Por supuesto, el fin de todo es su propio crecimiento, pero esto ni siquiera se llama fin. El matrimonio es, en sí mismo, la unión del hombre y la mujer, decir por tanto que tiene como fin la unión del hombre y la mujer, o es una redundancia, o no es nada. Lo único que hay que ver -y es distinto- es si el mismo ser de una cosa es ser instrumental -de menor valor que el mismo fin, al cual se puede sacrificar sin escrúpulos- o es un ser fontal. Y, ciertamente, el segundo caso es el que sucede en el matrimonio.

Encuentro exagerado decir que el fin de la procreación es un fin del Antiguo Testamento. No sé como diablos quiere que crezca la Iglesia, y no se tiene bastante en cuenta, que la procreación no consiste en tumbarse juntos como los perros y las perras, sino en educar a los hijos. Lo cual es una obra ciertamente, exclusivamente, cristiana. Quizás habría que distinguir más, entre matrimonio y unión sexual... Porque es indudable que se ha desorbitado la gravedad del sexo en su sentido concreto y restringido de cópula física. Y el fin de este acto sí que debe ser, en general, la procreación. Quiero decir el fin primario. A no ser que me quieran decir que las palabras del génesis: "no es bueno que el hombre esté sólo", se refieren a la necesidad de Adán de acostarse con alguna mujerzuela...

Dos ideas judías: "un hombre que no se preocupa de la procreación debe ser considerado como quien vierte sangre humana (tratado talmúdico Jebamoth). "Aquel que no se preocupa de la propagación y aumento (del género humano por el matrimonio: Gen I, 28)", la Escritura le considera como si mermara la imagen de Dios que es el hombre" (Rabbi Ben Azaï) (p. 51). No veo que estas ideas hayan quedado oscurecidas, sino iluminadas incomparablemente, con la venida de Cristo.

Novedad del celibato: la virginidad vergonzosa entre los judíos. El matrimonio, obligación del israelita. El celibato parece contradictorio con la creación y con la ley... Sentido de alegría del matrimonio. La vergüenza de la esterilidad o la virginidad empuja a las mujeres israelitas a las decisiones más inmorales (Gen. XIX, 30-8; XXX, 1-13) Cfr. Jer. XVI, 1; Is. IV, 1. Sentido del nacimiento virginal de Cristo. (p. 50-55).

El celibato es signo de la exigencia total de Cristo: es vivir *in re* totalmente el desposorio de Cristo, que el casado vive *in spiritu* y sólo parcialmente *in re*. El orden de la creación es confirmado, pero al mismo tiempo se muestra un nuevo camino, un nuevo orden, más inmediato, y el nuevo camino significa más clara e inmediatamente, el orden nuevo. "El celibato es uno de estos signos que recuerdan las exigencias absolutas de Cristo, su retorno liberador, el establecimiento del reino de los cielos, la

necesidad de estar vigilantes, de romper con el mundo, la carne, de acoger gozosamente en el corazón el sacrificio de las pasiones por puro amor a Jesús. El celibato recuerda que el matrimonio en Cristo comporta también unas exigencias de sacrificio: la fidelidad total y definitiva (monogamia e indisolubilidad), la pureza de corazón (el adulterio no es solamente físico)" (57-8).

Se manifiesta la existencia de un orden nuevo, el valor de la renuncia... San Ignacio de Antioquía considera el celibato en relación con la humanidad de Cristo, en la perspectiva de la Encarnación que inaugura una era nueva, una imitación y glorificación de este Jesús que ha vivido entre nosotros... (60).

"Hay en el pensamiento de Atenágoras, como en varios Padres de los primeros siglos, un juicio a propósito del placer sexual que no tiene nada de evangélico y que falsea la doctrina del matrimonio y la del celibato..." (61-2; cfr. 70-1). Incidencia en la manía de achacar influencias filosóficas paganas a los Padres, cuando no están de acuerdo con la mentalidad moderna. ¿No seremos nosotros los que falseamos el espíritu evangélico, cuando pensamos lo contrario? Sería preciso que explicasen por qué los Padres han tomado de los paganos tales influjos, y han rechazado otros. ¿No será la explicación que tales influjos se conformaban al evangelio y los otros no? Cuando un número de santos, en diversos lugares, han pensado de idéntica manera, hay que concluir que eso está influido por el Espíritu. Ello no impide que, en otras circunstancias, el mismo Espíritu incline a pensar de otra, o al menos a matizarlo de distinto modo; pero estas condenaciones sin apelación, con el presupuesto de nuestra inerrancia, son el fruto ordinario de la autosuficiencia moderna, y llevan a juzgar desfavorablemente los actuales y pedantes asertos. Sin duda, en el caso del placer sexual, está plenamente justificada una minusvaloración; lo cual no significa exactamente un juicio condenatorio. Y desde luego una postura pastoral de recelo.

### **Día 14 de Mayo.**

Las 6,40, cuando pongo mano al tratadito de Max Thurian, tras breve ojeada a "New Reformation", que me recuerda la imperfección de mi inglés. No he despertado -al menos lo bastante para levantarme- a la hora propuesta. No obstante espero fenecer el análisis emprendido.

La postura pastoral de recelo, palabras con que remataba mi labor de ayer, se debe, entre otras cosas, a ese principio que paulatinamente va robusteciéndose en mi cabeza, según el cual, las realidades naturales son tanto más difícilmente -e improbablemente- elevables en la práctica, cuanto más intensas son. Ahora, nadie puede negar la fuerza de la tendencia sexual en lo

corporal. Ha sido precisa toda la ingenuidad infantil -a ratos deliciosa- de los "adultos" modernos, para pensar que las posturas indicadas, e incluso mandadas, por Dios, resultan, sin más, fáciles al hombre. La excelsitud del cuerpo humano, que resplandece en la resurrección, no es más que un nuevo motivo para recelar de él. Para resucitar hay que morir, y morir es tarea de brega, de muy dura brega. Los voceadores de la "realidad", pasan por alto, de continuo, los aspectos que no les conviene considerar. Y así olvidan habitualmente que si el acto sexual está inmediatamente ordenado por Dios, está, en la práctica observable, en una abrumadora mayoría de ocasiones, inspirado, al menos parcialmente, por el demonio. Hablan, no obstante, de su levantada categoría teórica, como si la ejecución se llevara a término según su valor mental, y no según otras motivaciones del patrimonio común del hombre caído. Para la masa humana la concupiscencia sexual es muy vigorosa, mientras la fe es muy flaca.

La cita de la homilía de San Juan Crisóstomo (58, sobre San Mateo) corrobora uno de mis caros puntos de vista, acerca del problema sexual. Y es la ponderación del ingrediente afectivo, sobre la mera tendencia corporal. He buscado la cita en la edición de la B.A.C. y resulta pertenecer a la homilía 62, 3: "tampoco la concupiscencia se calma por la mutilación, sino que más bien se recrudece. Otras fuentes tiene el semen que llevamos dentro, y de otros lados surge la tormenta. Unos dicen que el agujón de la concupiscencia nace del cerebro, otros que de los riñones. Por mi parte yo diría que nace de un alma intemperante y de un espíritu descuidado. Si el alma es casta, ningún daño pueden hacernos los movimientos de la naturaleza". Pensamiento que corresponde -como nota M. Thurian- a la proclamación de Jesucristo: lo que mancha al hombre es lo que nace del corazón. (cfr. Mc. VII, 20-23).

En la contraposición de los eunucos nacidos tales, o hechos por los hombres -en lo cual hay clara intención respecto del cuerpo- con los eunucos espirituales, encontramos respecto de ellos las siguientes notas:

Se hacen ellos a sí mismos - voluntariamente - libremente - definitivamente -por don de Dios. El uso de una frase, notablemente repugnante a los judíos, entre quienes no podía contarse el eunuco, debe tener por objeto, precisamente, el recalcar esta condición de lo definitivo. Hay una renuncia irrevocable al matrimonio. "El célibe cristiano espiritualmente, como el eunuco físicamente, ha perdido una posibilidad de la existencia humana que no encontrará; pero, contrariamente al eunuco de nacimiento o por accidente, ha renunciado voluntaria y libremente, gracias a Dios y por el Reino (del que toma su sentido); ha elegido una vía verdaderamente nueva inaugurada por Jesús, en la plenitud de los tiempos" (64-5)

El aspecto de renuncia debe quedar claro, no como empobrecimiento, sino como señal clara de la valoración de lo aceptado. No como marca de la generosidad del aceptante, sino de la liberalidad del dador. Tal como lo sentía yo, hace ya muchos años, cuando escribía.

Tú pusiste tu amor, ya pura ofrenda,  
del Amor en el Templo, que es la Vida,  
Vida, Templo y Amor, Verdad eterna.  
Y quedó para siempre luminoso  
En gozo tal que nunca presintieras;  
íntegro, santo, rútilo y viviente,  
Ya sin temores, de la vida a salvo,  
Que se rompa, se manche o desfallezca.

Es la transmutación del amor participado en Amor sin más. Y el sacrificio -la consagración, el hacer santo, luminoso, levantado, transfigurado, eterno- esos ex de que tanto habla Unamuno. Ahondar una posibilidad por Cristo, es alzarla al cielo, para encontrarla en una realidad impensablemente superior, para toda la eternidad. Ese ex-profesor de literatura, ese, acaso, ex-poeta, ese ex-esposo que soy yo, no resulta al cabo sino haber negociado para toda la eternidad, el hallazgo de la sabiduría y el gozo que producen la ciencia, la poesía, o el humano y temporal desposorio. Es encontrar para siempre -y ya en semilla realmente en la tierra- cuanto parece que se ha abandonado

¿Recuerdas nuestra charla adolescente  
En la mesa, sentados, o en lecho,  
Al amor de tu rica biblioteca?  
Medio locos de amor, ebrios de gloria  
Nos llamaban los labios femeninos,  
Y las tiernas caricias infantiles,  
Y los aplausos de la muchedumbre  
Y el elogio discreto de los doctos...

Tales versos, compuestos, o mejor medio compuestos, porque nunca llegué a rematarlos, muy poco después de mi ingreso en el seminario, cuando pensaba en las antiguas soñadas posibilidades de mi vida, y comenzaba a sentir -ya entonces!- que todo se había colmado de manera inefable y rebosante. Cuando en mis soledades de Comillas o Salamanca, olvidado por supuesto de los doctos -y no digo de las muchedumbres, de quien jamás se me ha importado nada- y en trance de superar la atracción femenina o la ternura infantil, como algo que se me debiera a mi solo (y la renuncia a los hijos ha sido algo más tardíamente alcanzado como deleite que los abandonos de posibles complementos psicológicos) columbraba, difusa, pero resplandeciente, esta Luz

eterna, que es a la vez Vida y Verdad y Amor. Y sentía -¿o sólo pre-sentía?- la delicia de la divina Paternal presencia

Tú que vives de fe, porque eres justo,  
 No precisas amores de la tierra;  
 Pupilas que te miren encendidas,  
 O manos que acaricien tu cabeza;  
 Tú ves de Dios la divinal sonrisa  
 En el sol que te alumbra y te caldea;  
 Escuchas su palabra omniamorosa  
 En el rumor de la naturaleza  
 Y sientes sus caricias en la brisa,  
 La fresca brisa, que tu rostro besa.

Así, en un momento, podía resumir toda saciedad, en un sacramento tan elemental como la fresca brisa de alguna mañana de primavera. Tal vez -ya no recuerdo- en el mismo jardín de mis nocturnos gozos adolescentes. Pero, claro está, había más, mucho más: había la palabra de la Teología, y el beso matinal de cada Misa, en las cotidianas comuniones, que yo mismo observaba pasmado, me plenificaban y me saturaban de un suave y apaciguado deleite, insoñable en mi tempestuosa adolescencia.

Pero renunciemos también a líricas explayaciones y sigamos con el estudio serio y confortante de Max Thurian.

Otra interpretación, muy discutible, del amor por la virginidad en la época patrística: un gusto exagerado como reacción ante la incontinencia pagana. Aunque es verdad que hay que hablar de insistencia. Tampoco estimo justas ni equilibradas las consideraciones recelosas acerca del nombre. De acuerdo en que es frecuente la "sacrílega" transmutación de humillación en soberbia; pero eso no es motivo para rechazar una palabra consagrada por el uso de la Iglesia. En esto naturalmente, M. Thurian es separado más que hermano. Aunque en verdad, estando de acuerdo en las ideas, como estamos, el asunto no traspasa los límites de una plática de familia un poquillo borrascosa, de esas que D. Juan no hacía caso. No hay, pues, que fruncirse demasiado. Ligazón de la estima de la virginidad y la meditación gozosa de la Virginitad de María. Quien ataca una ataca otra. Comprobación en la teología actual, (72-3).

Nuevas pesquisas de los enfoques antiguos del coito. Semicondenación de la sensatísima sentencia de Santo Tomás. De cierto, la razón está de parte del Santo. (73) cita de Sup. q. 41, art.3. sd 3).

Nueva referencia al texto de Mt. XIX, 3-12: todo ello va a desembocar en la recomendación del celibato. Por el contrario, I Cor. VII no es un alegato

en pro de la virginidad. Mucho menos por la falsa idea de la proximidad de la parusía. Importante la exégesis que se puede resumir así:

No se trata de una visión despectiva, respecto del matrimonio, como han pensado algunos (concesión a la debilidad humana- Preisker; mal necesario- Delling, Satuffer; Lietzmann; inevitable - Bultmann); sino viceversa, una defensa contra el dualismo de algunos "místicos" corintios. Estos, influidos por la espiritualidad griega, no tenían una doctrina bíblica sobre el hombre, ni habían asimilado la antropología y la soteriología de San Pablo. Ello conduce al desprecio de lo corporal y material, y, en sentidos divergentes, a la práctica ascética, o a la disolución de costumbres. Así los cristianos no se conforman a las exigencias concretas de la unidad de organización, que impone la realidad del Cuerpo místico, sino que la desgarran (I. Cor. I-IV,XII); las relaciones sexuales se trastornan con una continencia exagerada, o con la impureza (V-IX); la cena es un barullo (X-XI, XIV); la resurrección de los cuerpos es olvidada o negada (XV); y las consecuencias prácticas de la caridad omitidas, por el gusto de dones espectaculares (XIII). En esta perspectiva de dualismo y exageración espiritual o carnal, hay que considerar el párrafo en análisis. Su objeto es restablecer el verdadero concepto del matrimonio; la unión sexual entre esposos es un medio de unión con Cristo. Aunque el criterio de la inferioridad del matrimonio, por causa de las relaciones sexuales, no quedará por eso extirpada de la mentalidad cristiana (Y con mucha razón, según pienso. (79). No acabo de comprender esta manía de loa de lo terreno. Se puede alabar cuanto se quiera el cuerpo humano, pero, como ya he apuntado arriba, siempre con el pensamiento esperanzado de la resurrección. Por mucho que expriman las frases de la Escritura y de los Padres, y las observaciones filosóficas de todos los hombres juntos, no podrán obtener una gota de verdad que afirme la excelsitud de nuestra situación actual, terrena, que es, sin más, de servidumbre. No hay una sola cosa buena que pueda hacerse sin algún mal. El gran elogio de Cristo es que tomó forma de siervo, y gloriarse de servidumbre se parece mucho a la necesidad de aquel muchacho que escribía a su madre: "madre, tienes la honra de tener un hijo enchufado". El escribía desde el frente. Y la tonta de la madre lo leía en público.

La grandeza real de la cópula sexual se habría dado en estado de inocencia; de hecho jamás se dará. Un momento, en que razonablemente, y esta racionalidad lo salva de la condenación, el hombre dimite de su dominio sobre la sensibilidad incluso física. Yo admito que el hombre coma mucho, y hasta que, a veces, se deje dominar por el aliciente de la comida; como admito que duerma cuanto precise y que se disfrute con salud de las gracias corporales de su señora. Pero que no nos lo cuente como una maravilla. Todo ello son formas de servidumbre, de que nos va a librar Cristo a la hora de la resurrección. Y es,

evidentemente, un honor para la carne el estar -aunque no sea más que parcialmente- sobre estas servidumbres. Es un proceso de espiritualización. Cuando, naturalmente, se trata de un dominio, de un fruto del espíritu, y no de mera enfermedad física.

Una observación de altísimo bordo es el cotejo de Gen II, 18: "no es bueno que el hombre esté solo"- con I. Cor VII, 18:"es conveniente para el hombre no tener contacto con la mujer." Estamos en la nueva creación, en que el hombre ya no está solo; puede tener contacto inmediato con Dios. Traslado el párrafo que es muy bueno: teniendo en cuenta que la frase la considera M. Thurian, posiblemente una objeción de los corintios, que sin embargo Pablo acepta:

"¿Cómo comprender el valor auténtico del celibato? Ciertamente no en el sentido moral, ya que san Pablo, al recomendar el matrimonio inmediatamente, no da la impresión de aconsejar un estado moralmente inferior. El estado de celibato es bueno, en el sentido de que es `normal´o `provechoso´o `dichoso´ para el cristiano. Es necesario entender este valor del celibato cristiano en el sentido en el que el Génesis entiende el valor del matrimonio: `No es bueno que el hombre esté solo, yo le haré una ayuda semejante a él, dice el Señor´ (Gen. II, 18). Es pues una cosa buena, normal, provechosa, dichosa para el cristiano que tiene esa vocación que es guardar el celibato, como para el Génesis, al contrario, no es bueno, normal, provechoso que el hombre esté solo. ¿Hay en ello contradicción? No, pero el Apóstol señala la diferencia entre el orden de la creación y de la naturaleza donde sólo el matrimonio es bueno, y el orden de la redención y del Reino donde, junto con el matrimonio, el celibato es también una situación buena, normal, provechosa y dichosa para el hombre. Hay ciertamente ahí una deseada respuesta al texto del Génesis (II, 18). Para un miembro del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia, el matrimonio no es una necesidad y un deber, pues el hombre no está ya solo como sí lo estaba Adán; el cristiano es el amigo de Cristo, vive en la comunión de los santos, está habitado por el Espíritu Santo" (82-83. Y en nota, la apreciación de J. Héring en su comentario: "Para el cristiano, miembro de la Iglesia, la soledad del primer Adán no existe más".

(Respecto de este tema, sería oportuno releer algunas páginas del P. Plé, insistiendo en la necesidad de vida de fe, de connaturalidad con lo sobrenatural - p. 204-5, de la edición francesa).

### **Día 15 de Mayo.**

Madrugón a las 3. Me dormí a las 12 bien pasadas, tras breve lectura del Tratado de amores, de Diego de San Pedro, que merece algunos comentarios,

que acaso le dedique esta misma noche. Las 3,30, cuando acometo la tarea de rematar, espero, las glosas al libro de Max Thurian.

Me parece que la tradición entera de la Iglesia, las declaraciones de los santos, corren en esa línea de "cierto desprecio", relativo meramente, que tanto censura el autor. Ello no obsta para que, en cuanto al pasaje en cuestión de primera corintios, estime justa la exégesis propuesta y la apreciación de Hering: "Lo que él permite, sin llegar a prescribirlo, son precisamente los periodos de egkrateia = de continencia". El apóstol desearía que todos fueran como él, pero no trata de imponer tal similitud, ni aun temporalmente, a quienes carecen de tal don divino. (84)

En este párrafo el celibato aparece:

en interés del ministerio - noble, bello, digno, - un modo de unirse al Señor - liberador de ciertas tensiones interiores. El matrimonio produce inevitable tirantez, porque el hombre se siente, prácticamente, tironeado hacia dos polos diversos.- Preferible en sí.

La exégesis de los v. 36-37 del capítulo: la cuestión de si su virgen se refiere al padre de la virgen, o más bien -como cree decididamente M. Thurian- al hombre soltero que la custodia, y se siente inclinado a casarse con ella. (p. 88-93).

Aquí mismo se discute el sentido del "mejor", con que el celibato se califica comparativamente al matrimonio. Se refiere a la situación de tal soltero en oficio de guardián. Tratándose de relaciones difíciles, si él se siente inclinado a casarse con ella, hace bien, no peca. A causa de tales dificultades, como se producían en la sociedad pagana, Pablo, con su apostólica autoridad, releva a la virgen del compromiso contraído. Tales dificultades, inevitables, de la cohabitación entre vírgenes varón y mujer, son las atendidas en la respuesta. Pero si el varón se siente llamado al celibato (firme en su corazón), y no obligado por falsas concepciones de la moral cristiana, o de sus deberes hacia la Iglesia (sometido a una necesidad), puede obrar con libertad de conciencia (según su propia voluntad) y comprometerse a una vida célibe (determinado en su corazón); y entonces hace mejor. Pablo se pronuncia aquí, desde el punto de vista del testimonio de la Iglesia, del comportamiento y de la disciplina, que son las señales de pureza. Si todas las vírgenes se casaran, ello podría originar dudas acerca de su pureza, y de la posibilidad misma del compromiso de virginidad. Cuando surjan las comunidades masculinas y femeninas, el problema no se presentará ya en los mismos términos. Aquella era situación provisional y peligrosa; en la cual, no obstante, Pablo tiende a mantener el valor del testimonio virginal. Hay que recalcar el interés por la fidelidad al compromiso.

Es indudable la predilección por esta manera de vida. Pablo vuelve a recomendarla, equivalentemente, al dirigirse a las viudas, en I. Tim V, 14. (p.92-94). (también el mismo capítulo de los Cor. v. 40).

M. Thurian distingue tres órdenes: espiritual (relación con la salvación, con la vida en Cristo) - moral (obediencia a Dios en la vida cristiana) - interior (vida contemplativa) - práctico (relación con el desempeño del ministerio eclesiástico). Ahora el celibato no es mejor en ninguno de los dos primeros, pero sí en los dos últimos. "El celibato cristiano no facilita la vida espiritual del cristiano, como tampoco la facilita el matrimonio. (97). A decir verdad, yo estoy bastante inclinado a un pensamiento que parece conformarse con la práctica. Y sin embargo, toda la tradición cristiana, recogida en el Concilio, ve en los tres votos -y por consiguiente en el celibato- una salvaguardia respecto de las tres cardinales concupiscencias. Y pensando objetivamente, con atención a la psicología humana ordinaria, no hay más remedio que resolver contra las apreciaciones del teólogo de Taizé. Actualmente el matrimonio, si para algunos puede ser "*sedatio concupiscentiae*", para muchos, para la mayor parte, dado el ambiente por adición, constituye más bien un prolongado excitante no satisfactorio. Y la tirantez de intereses tampoco parece favorecer, de suyo, la integridad de la entrega a Dios que incluye toda vida espiritual. Y lo mismo aparece exacto respecto de la moral -que sólo conceptualmente puede separarse de lo anterior-. En suma: hay que apartarse de la opinión del Hermano, y proclamar que objetivamente, el celibato es mejor en todos los aspectos, y que sólo se requiere que Dios lo conceda, para que constituya un negocio redondo, dentro del gran negocio que es el hallazgo del célebre tesoro escondido en el campo del mundo.

¿No se puede admitir un mérito superior? Me parece difícilmente conciliable, con el valor que Cristo concede a toda renuncia por su nombre. O en este momento no soy consciente de lo que significa el vocablo "mérito". El celibato, para San Ignacio, posee particular valor "en aquello que pone al cristiano en la misma situación humana y social que Jesucristo hombre". "El acercarse humanamente a él, y vivir en una comunión particular con él es lo que constituye guardar el calibato" (98). Así el celibato posee mayor valor práctico e interior (I Cor. VII, 32-35). Pues el célibe se encuentra más disponible. Pero se trata, en ambos casos, de una actitud de obediencia a Dios. El virgen se encuentra manos dividido, puede consagrarse más enteramente al ministerio, a Dios y a los hombres. Tiene puesta su atención exclusivamente en "agradar al Señor" (I Cor VII, 32-4). El deseo de agradar al cónyuge es querido por Dios mismo, pero traba una cierta libertad para buscar el sólo amor de Cristo. "El célibe, porque está solo, puede entregarse por entero a la intimidad de Cristo y ahí está el sentido interior de su celibato." (101). Esto es verdad en

sí, en la práctica personal, concreta, todo depende de la vocación: y establece la comparación entre un trabajo de orden terreno y una tarea ministerial. Lo creo justo. En todo caso es preciso guardarse del orgullo (100-3).

El celibato es un don: se requiere pues discernir los signos:  
el testimonio interior del Espíritu: la paz y el gozo.

Las circunstancias rectamente interpretadas.

El acto de fe: jamás existirá una certidumbre absoluta por razonamientos prudenciales.

(Desde el comienzo tengo funcionado el transistor. Una serie de canciones que, pese a que esta noche tengo bastante suerte, me hacen sentir la desmesurada distancia de la música de Frank o Strawinsky. Pero en estos momentos acaban de cantar la antigua canción de Machín; Angeles Negros. La verdad es que es viva, honda y exactamente teológica. "también los quiere Dios", "también van al cielo". Cada día comprendo menos, como la caterva de necios, que he de soportar en esa cierta colaboración "apostólica", que consiste aunque no sea más que en trabajar sacerdotalmente en la misma diócesis, pueden sentirse tan recelosos de toda invocación a la eternidad. ¡Dios! ¿Es que si los hombres pensarán en la resurrección, en el cielo, en la unidad eterna, apretada, en la inefable, misteriosa, inacabable unidad celeste, podrían impostárseles algo del color de los demás, de la raza, de la cultura, de la situación social?. Y el día en que no se les diera nada de ello, qué fácil sería concluir rectamente respecto de derechos o igualdades!. Pero Dios nos ha concedido el martirio de vivir entre tontos, que acaso por falta de experiencia del otro, del martirio físico, se me antoja más duro, más doloroso).

La asistencia de la Iglesia, de la comunidad, de la dirección espiritual, que pueden ayudar al discernimiento, evitando el riesgo de subjetivismo. Y valernos después en la realización, sobre todo por el concurso que consiste en la imposición de manos. Y este don del celibato no ha de mirarse como algo excepcional, extraordinariamente raro. Es una forma de vida, como lo es el matrimonio, abierta a los cristianos.

Viendo el matrimonio, como una manera de vida según el orden de la naturaleza, y no como vocación de la gracia, se cae en el error de minusvalorarlo, pero simultáneamente, el celibato queda concebido como don sobrenatural extraordinario y temporal. Ambas concepciones van unidas. En cambio, si se consideran como dos vocaciones cristianas, del orden nuevo, místicas, dádivas del Padre, ambas se alzan, ambas se piensan en cristiano y ambas se ven como definitivas. Aquí arremete el autor contra la concepción del matrimonio como remedio de la pasión carnal, recordando su interpretación del pasaje que sirve de base a tal idea. (I.Cor. VII, 1-2). Se trata del hombre casado que se abstiene de la unión conyugal, no del célibe que tendría dificultades en

su continencia. Pero la exhortación de los v. 12-16, es válida probablemente para viudos, viudas, y cristianos separados de sus mujeres paganas. Pero valga para quien valga, lo más pertinente es fijar el sentido del "arder". Analizando a Calvino y a Santo Tomás (Comm. in I Cor. VII, 9) se llega a las mismas conclusiones: hay dos modos de arder: sentir tales tentaciones que uno cree sentirlas, de modo que se vencen con dificultad y se vive inquieto: no se puede invocar a Dios con reposada conciencia. No es arder, sentir a veces tentaciones que no arrebatan el gusto y el amor de la castidad, sino que más bien humillan y cooperan a acercarse a Dios... (113-5).

Bajo aprecio de la vocación de quienes, por las circunstancias, se ven obligados a vivir en situación externa de célibes. De todos modos piensa que hay que irlos llevando a considerar, que Dios puede concederles los necesarios dones de aceptación de un estado no escogido. Yo creo que hay que observar tal situación mucho más positivamente, y que, en resumen, es una de las formas de vocación más claras: en que el celibato se ve más como don de Dios, precisamente porque es más exclusivamente -incluso para la percepción humana- enviado por El. Si mal no recuerdo, y respecto de las mujeres, Pío XII expuso doctrina semejante, que sería de importancia encontrar. (p. 115-6)

Tanto en las exégesis precedentes de San Mateo, como en las presentes de San Pablo, M. Thurian desemboca siempre en el carácter definitivo del celibato. También se refiere a I. Tim. V. 9-15. Y I. Tim V, 11-2, indicia una condenación de quienes se desvinculan de sus compromisos. Lo mismo Cristo en Mt. XIX, 27-30 y lugares paralelos (Lc. XVIII, 28-30; Mc X, 28-31). Y todo esto se apoya en la fidelidad de Dios, que se patentiza a lo largo de toda la Escritura. Reflejo de su eternidad, que de ninguna manera merma la libertad humana. "En la vida cristiana no hay libertad verdadera, es decir conducida por el Espíritu Santo, sin una disciplina y una unión firme en la obediencia al Señor. Desde que se rechaza la posibilidad de que Dios se comprometa con el cristiano en unas decisiones que conllevan un carácter definitivo, y se expresan socialmente, se corre el riesgo de perder la verdadera noción de libertad cristiana. Esta no se confunde con la libertad de una conciencia individual. Allí donde está el Señor, con todas sus exigencias, ahí es donde está la verdadera libertad. La libertad cristiana no es una libertad anárquica para elegir sucesivamente varias posibilidades, no es una libertad de indiferencia, sino más bien una certeza y un sentimiento de libertad en el interior del orden que Dios ha dado." (122). Ni consiste en estar siempre esperando lo que Dios diga: Dios tiene palabras definitivas. Cristo nos ha hecho promesas concretas infalibles. Y estas promesas se realizan en una Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo -porque existe la encarnación- y asistida por el Espíritu Santo, porque es real el acontecimiento de Pentecostés. Y la respuesta a esta vocación de Dios se

encarna en la ceremonia litúrgica de la Iglesia, con la imposición de manos. Es una gracia extraordinaria, que en el reino de la infidelidad humana, subsistan lugares y personas en que resplandece la fidelidad de Dios. "El cristiano es también, como Israel, Cristo y la Iglesia, portador y signo de la fidelidad de Dios". Sólo la apostasía, no las infidelidades, nos apartan de la fidelidad de Dios. Permanencia pues del ministerio -quien ha sido hecho pastor, lo es para siempre- participación del sacerdocio de Cristo. En el matrimonio Dios pacta irrevocablemente con los cónyuges, y lo mismo en el celibato con el virgen. El don que cada uno recibe de Dios, es permanente. (I Cor. VII,7- Rom. XI,29) "En esta certidumbre, el célibe cristiano encontrará la paz y la disponibilidad necesarias, para una oración y un ministerio eficaces". Si Dios no se arrepiente de sus dones, tampoco nosotros debemos arrepentirnos. Invoca el Bautismo, el don del Espíritu y la Eucaristía. Y finalmente alude al sentido escatológico: "Si se han comprometido en el celibato por el Reino, es a causa de este retorno inminente de Cristo". No pueden contar con el tiempo. "El célibe cristiano se compromete pues, no tanto hasta la muerte, cuanto hasta el retorno de Jesucristo. Ahí está el sentido de su compromiso definitivo". Ha puesto la mano al arado, no para volver la vista atrás, sino para labrar hasta la vuelta del Maestro; ha de olvidar la que atrás queda, para mirar hacia adelante. ¿Y no es volver la vista atrás romper un compromiso?. La excepción a la regla puede darse, y la Iglesia tiene poder para desligar el compromiso. (117-129). Capítulo muy bello, cuyo sentido creo haber captado totalmente.

Así: tesis: el celibato -como el matrimonio- es un estado definitivo.

Razones: evangelio y epístolas.

Fidelidad de Dios - cuyo portador y signo es el célibe.

Eternidad del sacerdocio de Cristo.

Don del Espíritu Santo.

Testimonio escatológico.

La maldita tesis del "partir de la realidad", del fijarse, al menos ver, la llamada realidad visible ante todo, el partir del hombre, lleva a la debilitación de todos estos sentidos. Como el hombre es tornadizo, las realizaciones humanas, aun las religiosas van tomando sentido pasajero. Todo va y viene como las cosas meramente humanas. Sólo la prolongada, y aun prolija, consideración de las realidades eternas, bajo la luz del Espíritu, pueden devolver a los "cristianos" la capacidad de percibir lo eterno y, en la tierra, lo definitivo, lo estable.

Sentidos del celibato: amor de Cristo y servicio de la Iglesia (Lc XVIII, 29 ss) (sentido del Reino: orden nuevo: algunos lo viven sobre las leyes habituales de la naturaleza, y quedan más disponibles para la predicación del

evangelio.)- testimonio escatológico: este celibato es un anuncio de los tiempos nuevos del Reino. (Mc. X, 29 - Lc. XVIII, 29).

Los sentidos que encuentra M. Thurian son exactamente los que yo propongo, con nombres distintos: sentido práctico: mayor disponibilidad, libertad interior, el casado no dispone de sí- y esto por voluntad de Dios. La mujer puede aportar valiosísimas cooperaciones, pero ello no impide que, objetivamente, haya una división. Las preocupaciones que distraen. Complacer a la mujer es servir indirectamente (lo que yo llamo mediatamente ) a Dios, al Reino. El célibe establece una semejanza no sólo espiritual, sino aun física y práctica con Cristo, en un estado particularmente apto para el servicio del Reino. Hay un amor más disponible para los hombres. Hay una cierta exclusividad del amor, en el matrimonio, que traba la disponibilidad de la caridad. Sin exclusividad alguna, el célibe está abierto a cualquiera. Ni es cierta la dificultad del desconocimiento de la realidad humana "No es necesario haber experimentado todas las situaciones humanas, para ser guiado por el Espíritu Santo en la dirección de las almas". (M. Thurian insiste en la necesidad de la dirección espiritual, aludiendo a ella siempre que hay oportunidad). Así realiza una paternidad espiritual, en que se cumple la promesa del ciento por uno (Mc. X, 29-30). El matrimonio incluye esencialmente una renuncia a la disponibilidad. (131-6).

Sentido interior. Semejanza con Cristo - contemplación. (I Cor. VII, 32.34). Complacer a Cristo y "ser santa" en el cuerpo, no debe entenderse en el aspecto moral, sino de una particular relación, en que la contemplación juega relevante papel. Desde este punto de vista, nuevamente encontramos la consagración indirecta (mediata) del casado y directa (inmediata) del célibe. San Pablo reprocha a ciertas viudas que se han dejado arrastrar por el aliciente del placer (I. Tim V, 2). No es, probablemente, un juicio moral; se les censura porque han roto una promesa de especial consagración al Señor.

"Esta consagración del cuerpo y del alma al Señor implica que se le quiere agrandar con todo su ser y con toda su vida. Todos los aspectos de la existencia del célibe cristiano deberán concurrir pues en manifestar esta búsqueda; no solamente se esforzará en vivir con pureza de corazón y de cuerpo, sino que su compostura, sus palabras, sus relaciones deberán revelar la belleza de su vocación" (137). "El celibato significa también, de suyo, que debe buscar agrandar al Señor en la plegaria y en la contemplación...Su celibato no solamente significa sino que exige que él está en una dependencia constante en relación con Dios. En su soledad, sólo Cristo puede colmar sus necesidades de amor, y es en la oración donde encontrará toda su dicha". (137). Recordar la relación exclusiva que afirmaba D. Oliver Rousseau haber hallado entre celibato y oficio divino. Relación con la virginidad de María, con la postura

gozosa del Bautista ante la llegada del esposo (Jn. III, 29). Ya no hay soledad humana - comparación, ya citada, con la frase del Génesis. Pablo emplea dos vocablos *eusjemón*: bello, noble - y *euparelpon*: un buen lugar junto alguno, que recuerda la posición de María a los pies de Jesús. El celibato se determina además, con otra palabra: *aperispastos*, nunca usada sino aquí, que quiere decir sin divisiones, sin solicitudes que atraen a diversas atenciones: en paz, pues, en calma para la contemplación, para escuchar, atentamente, la palabra de Jesús. Para recibir, como María, la Virgen, la Palabra del Padre.

Sentido teológico: el testimonio. Como se ve, las significaciones expuestas coinciden exactamente con mi esquema ordinario. Todos los cristianos deben vivir en orden nuevo, espiritual, pero el célibe lo vive incluso por fuera, no es que tiene como si no tuviera, es que no tiene. Es, por eso, un signo del despeggo del mundo que pasa. (cfr. para la meditación en la distinción entre *in spiritu* - *in re*, esta frase de San Pablo: usar como si no usara, etc., que lo expresa perfectamente. I. Cor. VII, 29-31). Distinción entre *morfé* y *sjema* (142) forma: realidad profunda - figura: apariencia externa. Parece tomada del teatro: la decoración va a cambiar, es preciso aferrarse a la sustancia, no a la figura. En el Reino la plenitud del amor será tal, que no se sentirá la precisión de lazos particulares, que más bien limitarían el amor. El matrimonio está indicando que, en el orden nuevo, persiste algo del antiguo: es necesaria la sucesión carnal, porque el hombre terreno es mortal. Esta alusión es muy grave, para completar la doctrina ofrecida en los primeros capítulos acerca del matrimonio, donde realmente se ha exagerado la grandeza espiritual, como si ya no tuviera sentido la procreación. El celibato es un signo de eternidad, de incorruptibilidad; y esto, aunque no lo diga Max Thurian, también en lo físico, como se complacían en señalar los Padres. Si el matrimonio es menos perfecto objetivamente, es porque es todavía una ejecución ambigua, pertinente a la vez a los dos órdenes. El celibato es puramente celestial. Y esto resulta superlativamente grave. Precisamente porque el hombre es hombre, aunque sea hombre cristiano, el ambiente -y sobre todo el ambiente inmediato- pesa fuertemente sobre él. Y la pobre criatura bascula fácilmente hacia los aspectos menos levantados. Ahora, en el matrimonio, estado ambiguo, los relieves naturales son todavía muy vigorosos, y por eso se produce ese tironeo, a que San Pablo se refiere, entre el agrado del esposo y el del Esposo. Pues, el representante de Cristo, no es Cristo, el miembro no es más que miembro. Y todo esto se olvida en la práctica. Y el matrimonio tiene unos fines naturales, que en el mundo actual están influidos por el mundo y el demonio. Todo esto ha sido evacuado en la situación del celibato. No recuerdo si ayer transcribí la siguiente idea, que puede ser luminosa: el fin natural del matrimonio -asegura el mismo Max Thurian- es la procreación. Y entonces, pudiera ser muy bien

que la frase del Gen. según la cual no es bueno que el hombre esté solo, se refiera precisamente, no tanto a un complemento psicológico, como hoy se complacen en considerar morosamente, cuanto a una cooperación para las misiones recibidas de Dios: crecer y multiplicarse - dominar la tierra. Y como la segunda está en indudable relación con la primera, el fin primario del matrimonio -en el orden natural- es la procreación sin más. Ahora bien, al ser elevado, queda naturalmente, que el fin subjetivo de cada contrayente no puede ser otro que el de la propia santificación; el de ingresar en el misterio del Cuerpo Místico, representando la unión de Cristo con la Iglesia, pero esto sólo puede realizarlo elevando, y no destruyendo, el fin natural, que objetivamente, aunque levantado, permanece siendo el primero, en cuanto a la empresa: educar hijos; que ahora son hijos de Dios.

Todo lo dicho está proclamando la exigencia moral, que el sacerdocio plantea a quien lo recibe, de vivir en celibato.

Dificultades del celibato: separación del mundo - soberbia - hacerse un solterón - excitación sexual... Conveniencia de cierto trato femenino. Colaboraciones apostólicas...

Gozos: disponibilidad para el amor de Cristo - de la oración - de la unión con los otros testigos - de la comunión de los santos: constitución de comunidades.

Cuando rehaga los esquemas de ejercicios, sería oportuno enriquecerlos con cintas de este libro y de algunos otros, que facilitarían el estudio y la meditación a los sacerdotes.

Textos de la Escritura más usados y comentados en la obra: Mt. XIX, 10-12; Lc. XVIII, 18-30; I. Cor. VII, 1-15, 25-40, VI. 12-20; I. Tim. V.

## SOBRE EL AMOR HUMANO

### **Día 3 de Mayo '66 (Estudios).**

Voy a terminar las notas sugeridas por THE USE OF POETRY... interrumpidas hace muchos días.

Eliot critica la teoría de Bremond, acerca de las relaciones entre poesía y mística. Bremond afirma la necesidad del poeta de comunicar su experiencia. Eliot piensa que la necesidad no es de comunicar, sino de escribir un poema. Y que la diferencia entre desear escribir y necesitar escribir, es precisamente lo que discrimina al poeta de cuantos no lo son. Estamos en la misma línea sobre lo genial, a que me he referido en otras anotaciones. El genio crea por necesidad vital, como jugando. Y además no admite la idea de comunicación como central. Esto es muy importante; y tengo que releer las apreciaciones de Bousoño sobre el tema, pues tiene una relación muy importante, con la idea general de nuestra relación con el mundo en rededor. ¿Hasta qué punto el hombre necesita de los demás? Pues la necesidad de comunicación es necesidad del prójimo. A esta necesidad se refiere, precisamente, la idea expuesta muchas veces por mí, en pláticas públicas o particulares, acerca de que los padres necesitan de los hijos. Efectivamente, son los que dan sentido a la vida del padre, los que hacen que una serie de energías humanas se justifiquen, y los que dan sensación afectiva suficientemente viva, para que el hombre se encuentre con una existencia racionalmente -y vitalmente- justificable. El padre -y vale todavía más de la madre- se encuentra útil y amado. Por eso el padre ama a los hijos - y no a esta persona, que es su hijo. Ahora, el ser-hijo, no adecua mi ser, porque yo podía haber sido creado por Dios, sin intervención humana. Esta es la falta de algo, el vacío que suele notar todo hijo, en cuanto y a medida que se va formando su personalidad, que va siendo él.

Las explicaciones de Marañón sobre la soledad, -con las cuales me considero concorde, aunque no he meditado suficientemente sobre ellas- nos traen la consecuencia, de que cada uno busca un complemento a su soledad, es decir, difícilmente se ama, sin más, a una persona. Es verdad, que eso da lugar a un amor real y humilde, como corresponde al hombre - en que uno, a la vez, quiere dar y acepta la humillación de necesitar. (Esto es lo que muchas veces me ha dado la sensación de que, realmente, no hubiera yo valido para el matrimonio: mi amor es siempre excesivamente protector, y aunque sienta muy intensamente, apenas me veo necesitado de esa sensación esencial, ese sentirse acompañado. Claro, esto hace que la afectividad sea

más personal, pues en todo caso jamás necesitaría una mujer, no únicamente esta mujer, pero en cambio disminuye la idea de necesidad, que, en el fondo, proporciona la conciencia de utilidad a la persona amada). Naturalmente, en mi caso, no se plantea problema, simplemente se descubre una nueva manifestación de vocación al celibato. Pero puede ayudarme a comprender a los demás, y a orientarlos. La necesidad sólo la experimento, directa e inmediatamente, respecto de Dios. Y en un amor humano, hay que sentir ésta, pero como concedida parcialmente, a través de una persona. Creo que, cuanto mayor sea la conciencia de necesidad, y cuanto mayor sea la conciencia de utilidad, y todo respecto de la persona concreta y exclusivamente de ella, mejor podrá desarrollarse el matrimonio.

Lo que repugna al amor verdadero es la idea de sustitución. Que, en el fondo, significa una desvaloración, o simplemente una minusvaloración, del individuo, que no es suficientemente personal, para necesitar de tal persona, sino que ha permanecido más o menos al nivel del género -varón-, para necesitar un elemento genérico: mujer. Y esto es una invitación tácita e inconsciente (por fortuna!) a la esposa, a que también ella pueda encontrarse satisfecha con otra persona del mismo género, un varón cualquiera, no precisamente tal varón, con tal de que posea un cierto repertorio de cualidades, que a ella le parecen varoniles.

### **Día 10 de Diciembre '65 (Estudios).**

Notas sobre el amor. Lectura del capítulo de Berdiaeff sobre el amor en Dostoyevski.

Señala dos principios: la voluptuosidad y la compasión.

Me parece perfecto. Es la tendencia a la unión, que produce gozo y pena a la vez. Sólo que hablando en general -y no limitándome al tema en Dostoyevski- hay que cuidar de no reducir la voluptuosidad al sentido físico, sino al gozo de la unión con las cualidades del amado.

Pero si el amor es real, si tiene como objeto a una persona, debe dirigirse a unos bienes determinados, según la integración que la persona exige por su mismo ser. Integración respecto de Dios y respecto de sí misma. Y sin embargo, por eso mismo, es mucho más peligroso. Si la compasión como tristeza-pasión no está integrada en el sujeto, es más peligrosa que el placer físico. Está al mismo nivel sensible de éste, pero como un desorden disimulado, disfrazado. Es una manifestación -consecuente- de la insubordinación contra Dios, y al cabo termina por declararla. El hombre no acepta el sufrimiento ajeno. Le importa más el sufrimiento que la dignidad, y por tanto, que el ser de la persona. No ve tampoco el valor humano-elevado del sufrimiento. Y apela a

la violencia. La violencia sobre el mismo ser que sufre, para hacerle feliz, la violencia sobre quien le hace sufrir. (v. gr. la tendencia inmediata a la huelga). Acaba por tanto suprimiendo la libertad.

La autoafirmación -que se manifiesta en la compasión y en la lujuria- es la insubordinación respecto de la fuente del amor, y, por tanto, estos seres son incapaces de amor, en la medida en que son compasivos y lujuriosos, es decir, en la medida en que su capacidad de padecer y gozar con otro, no están integradas en su propia persona, y, por tanto, no pueden amar personalmente, y por consiguiente no aman de verdad, se gozan o sufren en sí mismos. Y esto es lo contrario del amor. Ambas producen enseguida la rebelión -porque en realidad nacen de ella- contra quienes estorban los planes concretos que llevan al gozo, o a la superación del dolor. Y producen dolor en derredor, e impiden la integración personal del deseado o compadecido.

### **Día 10 de Marzo '90.**

(...)

En el libro de Rojas, sobre la felicidad, hay ideas sobremanera alicientes y fecundas. El libro, en conjunto, resulta muy defectuoso, embrollado, por exceso de temas secundarios, ingredientes de la felicidad, pero insuficientemente propuestos. (Es notable que la obra va por la 7ª edición).

Por ejemplo, el estudio del capítulo dedicado al amor conyugal resulta superlativamente lucrativo, para la inteligencia del amor de Cristo

Esposo. De hecho, ya lo he empleado en una meditación a sacerdotes...

Presupuestos: vaivenes de las formas de vida circunstantes. Tarea imprescindible doble: desechar-asumir. Recibir la tradición, lo entregado valioso; desechar, eliminar lo nocivo, y aun lo en sí, meramente inútil, que resulta dañoso, dado nuestro modo de vivir en el tiempo, y la brevedad relativa del tiempo, en comparación con la faena indefinida, la empresa de ser hombre... (Y notar de nuevo, pues va citada acaso cien veces en mis apuntes, que sólo seré hombre entonces, cuando muera por Cristo).

Tal menester exige atención concentrada, pensamiento y actitud de conocimiento connatural con lo humano real, con lo divino. Y en la misión particular que me atañe, atención para discernirlo en los demás y para los demás; y constancia indefectible para anunciárselo... Aunque maldita la gana que tengan de oírmelo.

Y todavía hay que añadir: se requiere asimismo la innovación, el invento. Son ingredientes indispensables de la virtud de la prudencia.

*Los componentes del amor conyugal:* yo lo registro ya en referencia inmediata a Cristo.

1.- *Es un sentimiento:* pertenece a lo afectivo. "*Un estado de ánimo que tiene una tonalidad positiva, gratificante, surcado por la alegría, el gozo, el deseo de compartir, de estar junto a esa persona, de abrirse a ella... Es siempre donación de sí mismo, entrega, búsqueda del bien del otro. Dar y recibir. Pero lo primero es siempre darse*". Naturalmente en la relación con Cristo, todo ello tiene un tono de complacencia, pues no se trata sólo de deseo, sino que ya se está realizando todo ese compartir, todo ese estar juntos... El está siempre dándome lo que ya tengo, siempre conociéndome... siempre conmigo.

Tal estado emocional -también emocional- culmina en el enamoramiento.

Enamorarse es "*encontrarse fuera de sí mismo a través de otra persona, de tal forma, que ya no se concibe la vida sin su inseparable compañía, constituyendo parte esencial de su argumento y de su proyecto personal. Enamorarse es dejarse penetrar e hipotecarse por la persona amada*". Ciertamente esto sucede en el amor a Cristo, y propiamente no puede suceder sino en él. Ya lo notaba Guardini hace muchos años. Sólo en Cristo coincide la tendencia como acertada con seguridad y la realidad. Aquí no hay dudas justificadas.

2.- *Es una tendencia* a inclinarse hacia otra persona, de manera insistente... en su perfección (respecto de Cristo) continua, ininterrumpida (y eso es la oración).

3.- Además de sentimientos y tendencia se requiere *voluntad*. La cual, en ejercicio continuo, va acoplando las dos realidades personales. Por eso el amor se va haciendo, conquistando diariamente. El amor es tenaz, perseverante, audaz. No hay que pensar mucho para advertir la enorme diferencia entre el amor con Cristo y el amor -imagen solamente- con otra persona. La fuerza de voluntad -y la voluntad misma- me la da él, para que le ame... "*El amor conyugal es un proyecto de vida en común, en donde la voluntad va a jugar un papel importante*". Y señala cómo la fuerza crece con el ejercicio, y cómo sus grados dependen de la intensidad y de la profundidad. Se van eliminando las dificultades, y se van creando las facilidades. Un amor "pleno, denso, rico, frondoso" necesita decisión esforzada de la voluntad.

(Hablando en general, tales visiones justifican una vieja expresión mía: a quienes se quejan, o a quienes exponen para justificar su separación del esposo o la esposa, recurriendo a la pérdida del amor, he contestado

siempre: vuelva a quererle, el amor humano es de voluntad; si fuera animal, no tendría remedio; pero entre personas se puede garantizar la perpetuidad... si se quiere.) Tanto en la vida -la relativa convivencia- de dos personas humanas, como en la vida cotidiana con Cristo esposo, la confusión entre amor y sentimiento emocional, por reducción inhumana, acarrea consecuencias trágicas en cada hora de cada día...

Curioso cómo el ser humano se complace en reducirse a sí mismo, privarse de sus valores específicos, incomparablemente más levantados. Y luego que la voluntad crea los sentimientos y los mismos estados emocionales, en cuanto se disponga de un instrumento corporal sano...

4.- Aunque varió el orden el autor: la voluntad se compromete para lo futuro, es decir, el proyecto adquiere tono de "compromiso", de "obligación para los actos venideros". El proyecto de convivencia, al ser personal, es forzosamente perpetuo - eterno. Y ello presta tono y colorido a toda la vida futura, que no puede ser mía, sino en convivencia con el otro... El realismo, otra vez, es absoluto, cuando el Otro es Cristo.

5.- -Que el autor expone antes- la *inteligencia*. El conocimiento, creciente y experimental. (Lo que expresaba un poco dura, pero gráficamente, la frase de Unamuno respecto del cuerpo de la esposa). Lo del otro se experimenta como propio...

Naturalmente el conocimiento, al crecer, va haciendo el amor más real, ya que se van conociendo en su realidad las dos personas que conviven, que se aman.

Y como la persona vale más de lo que aparenta aquí, en la condición terrena, si se la va conociendo de verdad -y si crezco en conocimiento es que crezco en personalidad- se la va amando más. El amor es inevitablemente progresivo, si no, no es amor, aunque pueda haber sido inicio, ensayo de amor. Pues el amor conyugal es por necesidad, peculiar del adulto, no puede ser pueril. No sería amor conyugal...

Y todo esto se refina en el amor a Cristo Esposo, cumbre y base de toda la inclinación del ser humano -hombre y mujer- al enamoramiento, al amor...

En la relación con Cristo, el cuerpo tiene evidentemente su papel. Incluso como sexuado. Pues mi cuerpo tiene que pasar a ser un cuerpo de Cristo en el Cuerpo Místico de Cristo. Y el Cuerpo de Cristo es mío, puesto que se me ha entregado -eucaristía...- y se ha entregado por mí. Si la posesión corporal de los cónyuges, no se quiere reducir a unos momentos, que en los casos más extremos sumará pocos meses de una vida de muchos años, y se admite la realidad, de que el cuerpo de la mujer como tal, y el del varón como tal, tienen mucha tarea en el matrimonio fuera de las

expresiones genitales, entonces se puede entender fácilmente el amor total de Cristo. Sólo que aquí la máxima expresividad a cuenta del cuerpo no es el "acto sexual conyugal" sino la muerte, algo mucho más serio, que jamás puede ser episódico, como lo es, al cabo necesariamente, un acto matrimonial...

Estimo muy importante ahondar en esta realidad del "estar enamorado" y calar cómo sólo puede darse tal estado de enamoramiento total, respecto de Cristo. En las primeras páginas del libro ha escrito Rojas: "la esencia del enamoramiento consiste no sólo en que me quedo prendado de otra persona, sino en que no concibo la vida futura sin ella, es decir, no es que me proyecto en ella, es que me proyecto con ella".[...] entiendo perfectamente que eso es consecuencia de un plan divino que podría haber sido diverso, en cambio en mi relación con Cristo no hay posibilidad diversa, sólo puedo existir y ser yo en él, y por tanto, no puedo imaginar una vida humana, y no desde luego la "propia", sin El, y en dependencia absoluta, incondicionada, total, de El. Y sólo de El brotan las demás relaciones íntimas e hipotéticamente necesarias.

## ESPIRITUALIDAD MATRIMONIAL

### Día 26 de Mayo '66 (Estudios).

(...)

Al pensar en la santidad, como algo realmente aplicable a las masas, el peligro es que se quiera mantener la realidad de masa, mientras se desea construir una espiritualidad cristiana. El cariz de la espiritualidad tiene que variar según las épocas, y esto no será yo quien lo niegue. Solamente el cariz debe limitarse a lo externo, no incidir en la realidad interna, substancial, de la vida espiritual. Hay dos maneras de enfrentar el asunto: la primera, es partir de las declaraciones divinas, conocidas por la Biblia o la tradición, y presentadas por la Iglesia, y aprovechar las diversas realizaciones humanas, para poder comprenderlas mejor. Cada suceso humano puede, legítimamente, hacernos reconsiderar las palabras del evangelio, porque puede haber despertado nuevas capacidades comprensivas en nosotros. No hay repugnancia alguna, ya que toda historia es historia dirigida por Dios. Pero no se trata nunca de ajustar la palabra de Dios al suceso, sino de tomar el suceso como ocasión de reflexionar más profundamente acerca de la palabra de Dios. Que la masa pueda llegar a la santidad, significa que cada hombre ha de dejar de pertenecer a la masa, para acceder a la santidad, no que la santidad se rebaje al nivel de la masa. Que los casados tengan vocación de santos, nos muestra más claramente, el poder santificador de Dios, que puede superar las dificultades que el matrimonio trae consigo; pero no puede interpretarse, en modo alguno, como un rebajamiento de las exigencias del matrimonio. Que el acto sexual pueda enfocarse como verdadero signo sacramental, nos enseña que la gracia de Dios tiene el poder de elevar los instintos, y superar los desbarajustes originados por la corrupción que causó, para siempre, el "*mysterium iniquitatis*"; lo que no podemos pensar es que la corrupción no existe, y que los casados, necesariamente, ejecutan sus actos sexuales necesariamente dentro del orden. Se convierte así, el camino de la santificación, de enaltecida navegación de alto bordo, en puro cabotaje; no hemos intentado curar las enfermedades, simplemente hemos reducido los límites de nuestra navegación, de modo que puedan embarcarse los hombres de tierra adentro, que en verdad siguen mareándose en alta mar. En una palabra, no hemos levantado al hombre, sino que hemos rebajado a Dios. Ya no es el Padre que está en los cielos -adonde nosotros hemos de ser ascendidos, en un vuelo que, de suyo, produce vértigo- sino el Padre que habita en la tierra con nosotros, que ya no hemos de ascender hacia El, sino que podemos seguir

envueltos en nuestros afectos terrenos, plena y oficialmente justificados. En verdad, la "espiritualidad nueva" es puro sacrilegio. Y es, además, la más solapada y destructora ofensiva, contra lo que podría llamarse auténtico humanismo, que es el de aquellos que creemos que el hombre es capaz de ser ascendido.

Lo que se llama partir de la realidad, llevando en sí la mentira fundamental constituyente, de que lo visible es lo real, infecciona toda posterior consideración de la acción sobrenatural del Padre, o sea de su acción como tal Padre, que está en los cielos.

Algo semejante a esto, me sugiere la siguiente observación de Eliot, tomada de Huxley, de que la psiquiatría occidental intenta ajustar la conducta de los perturbados, a la de los que se juzgan no perturbados, pero no al orden interno, a la naturaleza de las cosas. Quiero decir, que estamos intentando ajustar la acción de Dios a los hombres, en lugar de esforzarnos, pacífica y confiadamente, por ajustar a los hombres a los planes de Dios.

### **Día 26 de Mayo '66 (Estudios sobre Eliot).**

(...)

#### **Sir John Davies.**

Este artículo, publicado en 1.926, es más bien de asuntos técnicos, en que no me puedo detener. Sin embargo, ¡qué hambre de saciarme en este convite que ofrece Eliot, tan bien abastado! Recuerdo aquel pasaje del libro de Masiis sobre Psichari, en que cuenta que Ary Renán (creo) le dice a alguno, que él no puede creer en Dios, pues si existiera, no habría podido poner en un cuerpo deforme como el suyo, ese deseo de poseer a todas las mujeres. Cualquiera que hubiese sido mi destino, me parece sumamente improbable, que yo hubiese participado de esas ansias de Renán; pero en cambio, sí me pregunto, cómo en esta cabeza tan impotente, ha podido encender este desaforado incendio, y excitar este voraz apetito de conocer. No hay materia que no me entren ganas de dominar. Claro, que esto no me presenta objeción alguna, contra la existencia de Dios, sino exactamente todo lo contrario. Creo que sentiría la necesidad de un ser, al mismo tiempo infinito, para conocer y para ser conocido, como una explicación de esta inavasallable tendencia. Y, al mismo tiempo, la necesidad -digamos, más ortodoxamente, la capacidad obediencial, para recibir la visión beatífica y del lumen gloriae. En todo caso, la abstinencia de la vida presente es, para mí, la condición de la penetración eterna de la Luz. Pero de todas formas, comprendo muy bien a Menéndez y Pelayo, tal como le retrata la frase

(probablemente falsa) "morir cuando quedaba tanto que leer", o a aquel personaje joven de Mauriac: "por fin voy a saber!"- que a D. Juan Tenorio.

No veo la necesidad, ni siquiera el gusto, de conocer a muchas mujeres en el puro sentido material de D. Juan, ni, en resumidas cuentas, creo que eso sea conocer nada; pues el contacto sexual -el "conocimiento" que Adán tuvo de Eva, según la Biblia- sólo me parece un medio para conocer de verdad mejor a una persona, para llegar a su intimidad personal, interior. Y de lo contrario, no veo el atractivo de toda esa cuestión sexual en rededor, de la cual se hace tanto ruido. Uno de los indicios de la incapacidad de nuestra teología actual, me lo presta, precisamente, su postura en materia de matrimonio, con esa defensa a ultranza de la reiteración del acto conyugal. Bien que exalten su valor de signo; pero es un valor muy relativo, y no tiene sentido signifiicante, proporcionalmente a lo puramente numérico. La reiteración no añade gran cosa al conocimiento personal, sino que más bien lo obsta. Y si los teólogos no entienden esto, es que son muy poco teólogos, aunque quizás tengan, ante todo, muy poca fe, y sus elucubraciones tiendan a justificar actos, que consideran irremediables. Una solución para pensar que la gente vive en gracia es negar la cualidad pecaminosa, del mayor número posible de actos. Pero estamos llegando a una vida de gracia, casi puramente negativa: no es que el hombre ame a Dios, es que no tiene ocasión de ofenderle. Parecería, por la lectura de la Biblia y de los Padres, que Dios busca más bien, un reducido número de grandes santos, que una gran multitud de cristianos infantiles. Pero los teólogos no son Dios, y tienen sus propias apetencias. Y una de ellas es pensar que el hombre es un ser lleno de grandeza, y casi imposibilitado para pecar. Tal como van presentando la vida espiritual, la encontramos cada vez más fácil, menos peligrosa. Únicamente que no es espiritual, ni apenas vida, y que, desde luego, no vale la pena de vivirla.

## **Día 6 de Octubre ´66 (Estudios sobre Eliot)**

(...)

Lo mismo sucede en el matrimonio, en la familia. No se ha pensado que lo sensible es signo, expresión, y que una superabundancia de expresión deja de ser expresiva. Los casados pueden permitirse todo, y eso creen que fomenta el amor; pero la lujuria -se la llame con el nombre que se quiera- no fomenta el amor. El mismo sentimiento amoroso, cuando es excesivo, destruye el amor espiritual. Esta insistencia en el amor mutuo, es altamente perjudicial para el amor. "Amar es mirar en la misma dirección." Y los casados no tienen ya más dirección que la comodidad. La verdad es que los cristianos, en cuanto

tales, se sienten impotentes, y comienzan a justificar la impotencia física y sexual. Es puro reflejo. Ahora, ¿qué amor podrá tener el hijo a la línea de ascendientes que no pensaban en él? ¿Qué tarea puede entregar el padre al hijo, como no sea buscarle una mujer para que desahogue sus energías físicas, y proporcionarle una cómoda instalación en la sociedad? Y unos cuantos slogans que le tranquilicen...

### **Día 9 de Abril `67 (Estudios sobre Eliot).**

(...)

#### **El tema del pecado.-**

Propiamente sólo hay una frase que se refiera expresamente a él.

*Agatha: Lo que nosotros hemos escrito no es una historia de detección*

*De crimen y castigo, sino de pecado y expiación.*

*Es posible que tú no hayas conocido qué pecado*

*Tienes que expiar, o de quiénes, o por qué. Es cierto*

*Es que el conocimiento debe preceder a la expiación.*

*Es posible que el pecado pueda esforzarse violentamente y lidiar*

*En su oscuro nacimiento instintivo, por venir a la conciencia*

*Y encontrar así su purificación. Es posible*

*Que tú seas la conciencia de nuestra desgraciada familia*

*Su pájaro, enviado a volar a través de la llama purificadora.*

*Ciertamente es posible. Tú puedes contemplarte en adelante,*

*Moviéndote solo a través de las llamas del hielo, elegido*

*Para romper el encantamiento bajo el cual sufrimos nosotros.*

Así pues, las realidades humanas -crimen y castigo- no cuentan, sino la realidad sobrenatural: pecado-expiación. Y unos expiamos por otros, y uno solo puede ser enviado como un pájaro, para purificar los pecados de los suyos. Y el pecado de la familia es esa serie de crímenes: el del padre de Harry, que mató en su voluntad a su mujer, que rompió la unión con ella, el de Harry mismo, el de todos, que se mantienen separados, fuera del Espíritu, y todo ello resumido, en parte causado, por la actitud, esencialmente pecaminosa, de la madre de Harry, de esa pobre Amy, que hasta el final de su vida se ha mantenido en la exacta postura del "seréis como dioses"; creando hijos, aun contra la voluntad del esposo, señalando inexorablemente el rumbo y el bagaje de cada uno... Disponiendo de los hombres como si fuera Dios. Gravedad de este pecado;

gravedad de las posturas paternas en muchas circunstancias. Observo de paso, que casi siempre que se quiere exaltar la gravedad de una cosa es ejecutando la insensata faena de rebajar la gravedad de otra. Digo grave, en sentido de importancia, de peso. Exaltación del matrimonio: produce notoriamente desestima de la virginidad. Lo cual significa que el ensalzamiento está mal enfocado. No hay posible aprecio del matrimonio que no desemboque en un super-aprecio del celibato, puesto que, el primero no es más que participación del segundo. Probablemente, esto nos alumbraba, de golpe, el método único normal de exponer el matrimonio: Dios amor (Cristo-Espíritu Santo...) nos quiere unir consigo: unión perfecta inmediata: cielo; unión inmediata -pero menos perfectamente realizada, porque aunque de la misma especie, no es plena- virginidad; unión imperfecta-mediata: matrimonio: exposición de la manera de unión y de las actividades unitivas: comunes al celibato - específicas del matrimonio. El embotamiento y la estolidez de nuestros "maestros", ante los seres sobrenaturales, y ante los aspectos sobrenaturales de todos los seres, imposibilita de raíz, la existencia de una "espiritualidad" matrimonial real -en cuanto la palabra tiene sentido-.

### **Día 8 de Junio '67 (Estudios sobre Catulo)**

(...)

Pensaban los antiguos que la concupiscencia enfangaba, en cierto modo, los actos sexuales legítimos, de modo que prohibían comulgar al casado que hubiera ejecutado el coito con la esposa, la noche anterior. Podría haber exageración -aunque tal vez hubiera hondo conocimiento de lo usual humano- en pareja sentencia; pero los modernos, en su afán por suponer santificadas las realidades naturales, han pasado a sublimar el ejercicio conyugal de tal manera, que suponen que, ordinariamente, existe un amor, profundo y verdadero. La verdad es que el hombre posee alma y cuerpo, y por muy doloroso que sea, esta dualidad se manifiesta en la mayoría de las acciones. Y los movimientos corporales rara vez se realizan en la perfecta unificación, que es el *desideratum* solo alcanzado por los santos, como un don divino. Así, sin dejar de proponer continuamente el ideal, cuya prosecución es estrictamente obligatoria, hay que sufrir el hecho inexpugnable, de la incapacidad habitual del hombre medio, para obrar como unidad perfecta, y hay que regresar, si se quiere ser realista, humilde y confiadamente realista (de lo cual están tan apartados los que nos hablan a troche y moche de la realidad), a la doctrina de los tres fines del matrimonio, entre los cuales figura, con no parvo papel, la *sedatio concupiscentiae*. Por eso, entre los cónyuges, un acto que no va contra la procreación es siempre lícito, aunque no tenga por fin procrear, y un acto que

no se orienta contra el amor, es siempre lícito, aunque no tenga por motivo ni objeto el amor, sino la humilde e ingrata finalidad de pacificar el deseo. Como es perfectamente justo un gasto común, que proceda del esposo o de la esposa, que no vaya contra el amor, aunque tampoco brote de él. Ciertamente el humilde cristiano deberá procurar superar cuanto antes esta situación, pero en la misma superación, o mejor en su camino, entra como ingrediente, el que uno ayude al otro a vivir en paz con sus tendencias sexuales desbarajustadas.

### **Día 7 de Febrero '77**

(...)

La resurrección de los muertos: los saduceos se apoyaban sólo en el Pentateuco, que no habla de la resurrección. La exposición de los saduceos lleva al absurdo, la concepción materialista de la resurrección, que sostenían sus adversarios. Un poco, parece, a la manera de los mahometanos. Se concebía en analogía con el mundo presente. Y la contestación de Jesús es que no entienden la Escritura ni la resurrección. Que Dios actúa de otro modo, de lo que ellos conciben. La corporeidad será diversa de la terrena. Pero habrá cuerpo, la integridad humana. (La semejanza con los ángeles -cuya existencia parece negaban los saduceos-, según Act. 23, 8, no incluye la no corporeidad). Aquí Schnackenburg suelta una perorata, que puede entenderse, en sentido aceptable, contra los daños causados en la espiritualidad cristiana, por la torcida inteligencia de esta frase de Jesús. Y sin embargo... Los santos han sido hombres y mujeres, pero ciertamente han superado la idea de sexualidad material corriente. ¡Qué estudio interesante cabría sobre el tema!. Se niega la prioridad de la fecundidad -se habla de las complementariedad personal- se exalta la igualdad de los sexos (¿y entonces, qué diablos de complemento puede haber?) y se remata en la homosexualidad, el amor libre y el divorcio, y la necesidad de los placeres sexuales, como tales. Mientras que, en el recto sentido de las cosas, una persona va dando cada vez más su talla personal, siendo más ella misma y, consiguientemente, el hombre va siendo más varón y la mujer más hembra, psicológicamente. Va dando más importancia a la fecundidad, que le asemeja a Dios, y va necesitando menos complemento, pero va siendo más capaz de complementar a otros. Y va integrando más los impulsos físicos en su ser de espíritu, va espiritualizando el cuerpo y, lógicamente, va siendo mucho más atraído por el gusto de la fecundidad espiritual, y la complementación espiritual: que encuentra en Cristo Esposo. Un amor, que no se complace en la fecundidad, no es amor sin más. El gusto en el niño es

el aliciente, en el hombre maduro es la añadidura. Eso incluso en cuanto a la manía del complemento. Y sólo así, por añadidura, se encuentran complementos. ¿Qué será lo que suceda en el cielo, con quienes se hayan ayudado a ser santos, evidentemente también con los esposos que realmente se han ayudado?. Sería interesante releer el «banquete» de Platón, a la luz de estas ideas.

Dios de vivos: la fidelidad del amor de Dios a Abraham, etc., exige que los resucite. Las dificultades acerca de la resurrección, hoy tan en boga, nacen de una concepción saducea, materialista. No se trata de trasladar este mundo nuevo, de prolongarlo tal cual es, simplemente mejorado; sino de un mundo nuevo, en el cual estaremos como somos, espíritus encarnados, pero de una manera inimaginable para quienes viven aún en este régimen y tienen el espíritu encarnado, en lugar de tener -como será el caso después- la carne espiritualizada.

Una vez más, se manifiesta la novedad del evangelio, como novedad, no frente a su tiempo primero, sino frente al tiempo del hombre viejo, no acogido al régimen del Espíritu Santo, al menos de modo personal, consciente y voluntario. Pues Jesús se enfrenta con todo, con quienes negaban la resurrección y con quienes la admitían, pero concibiéndola a modo natural, de naturaleza caída para más inri...

### **Día 7 de Mayo '85**

Oración de 5,30 a 7,15. Después de media hora larga de vocabulario del libro de von Balthasar.

Señorío de Cristo: total en cada hombre, «el Redentor, dueño de la creación, que ha marcado con su sello soberano, la esencia más íntima de sus criaturas». En la humanidad, y aun en el mundo entero (incluidos, desde luego, los «mundos» ignotos) porque lo crea y lo redime todo. Señor de los suyos y de los rebeldes, hasta de los demonios... Por ello puede entregar, a los personalmente suyos, en manos de los enemigos, pues éstos no les dañarán jamás en cuanto personas. Entrega a los miembros de su Cuerpo Místico, exactamente igual que entregó los miembros físicos de su cuerpo mortal. Con pleno dominio.

Realidad de nuestra potencia simultánea, con ejercicio alternativo, para el bien y para el mal: «cada uno de nosotros -¡ah!, si guardaseis estas palabras de un viejo amigo- es alternativamente, en cierta manera, un santo o un criminal» (Bernanos: bajo el sol...). Experiencia personal, sobremanera intensa y reiterada. Probablemente por mi vigor -jamás hasta ahora

desmentido- biológico, y mi tendencia fortísima hacia la integración, que me hace sufrir la desintegración permanente desde «siempre». Todos son como yo; pero muchos no lo experimentan. Porque su energía interior, anímica, no basta para experimentar, y porque su robustez biológica, no basta para sentirlo. En cuanto a mí, no se ha tratado nunca de un paulatino embotamiento, sino que, de súbito, las potencias inferiores crecen de nivel y se imponen en las superiores arrastrándolas. Y luego, a veces con intervalos imperceptibles, se realiza el movimiento contrario. De manera que la necesidad absoluta de la acción del Espíritu, ordenadora, es sentida en todos los aspectos, con realismo inconcebible para casi todos. Mis alusiones a la fortaleza biológica, deben de resultar un tanto cómicas y exageradas para muchos, y sin embargo, me parecen más y más exactas, y como alusivas a una realidad fundamental. Pues la percepción de la unidad del hombre, de la coexistencia de los muchos niveles, intelectuales, espirituales y biológicos, con tendencia a la integración bajo el movimiento del Espíritu Santo.

A muchos les complica la aceptación del influjo de la biología; mientras a mí me esclarece más y más mi conocimiento de la unidad y de la realidad espiritual, eterna, de la persona humana. Precisamente porque, como obra divina, es tan fuerte, incluso tan capaz de violencia, estimo su calidad de signo. El cuerpo procede de Dios, la unión física, sexual, es precisa para la construcción del reino eterno de Dios. Verdad que ha sido precisa una intervención absolutamente particular, milagrosa, del Espíritu, para moderar todo esto: la concepción inmaculada de María, la concepción milagrosa de Jesús. Pero partiendo de ambas realidades (subordinada la primera a la segunda, como es claro), hacia atrás y hacia delante, la humanidad crece por la fuerza de las pasiones corporales, y la moderación no consiste en rebajarlas, sino en orientarlas, por una confortación proporcionada del vigor anímico, que, a su vez, sólo es posible por la vigorización sobrenatural espiritual. ¡Sólo el Espíritu Santo puede crear en perfección a su creatura!. Crearnos en trance perpetuo -aquí en la tierra- de organización del caos. Y eso en lucha con los poderes demoníacos. Y nos levanta paulatinamente y en combate, somos glorificados continuamente en tanto que victoriosos. Victorias que no podemos alcanzar nosotros solos, pero que no pueden alcanzarse sin nosotros, ni siquiera por Dios mismo.

El gusto del mal, el gusto de la muerte. Los dinamismos de la soberbia. Experiencia casi infantil de todo esto, que le ha sido ahorrada a la mayoría de las gentes, pero de la cual he sorbido dosis muy abundantes. Desgraciadamente (en sentido estricto: por carencia de gracia) muchísimos no alcanzan en la tierra tal experiencia como donación espiritual, y mueren sin «conocer» la naturaleza humana, ni la humana personalidad...

## EL DIVORCIO

### Día 23 de Febrero '90.

Oración de 5 a 7. Del evangelio de la Misa: la dureza de corazón. Notar que la arterioesclerosis es una enfermedad... Lo mismo esta sklerokardía. Notar que se trata de enfermedad del pueblo, que provoca una ley para el pueblo. Y notar que así estamos ahora...

Enfermedad, porque el hombre es amor, y por tanto la dureza no le corresponde. Constitutivamente la persona humana no es rígida, sino plegadiza, flexible, ágil... y a la vez fuerte, resistente y agresiva...

Ya es curioso, que solamente en dos autores católicos, pero laicos, he hallado esta exposición, esta inteligencia del ser humano, y precisamente en J. Marías, como consecuencia del Dios es amor - el hombre imagen, tal como yo lo he encontrado hace años, y lo expongo sólitamente. (El otro autor es Laín Entralgo).

Pero si se trata de enfermedad social, ello abre las puertas a la esperanza de curación, pues cabalmente el objetivo de la redención es sanar al hombre como miembro de la humanidad, salvar al mundo de los hombres.

Y por ello hay que recurrir continuamente al Espíritu Santo, vivir en actitud permanente de conversión: dejarse animar por el Espíritu, en vivencia del instinto sobrenaturalizado, de conservación-perfección...

Es inútil discutir la ley sobre el divorcio: hay que acudir a sanar las raíces. La autenticidad humana, pero la real. La dureza de corazón -de la personalidad, su anquilosamiento- sólo puede ser agilizada por el Espíritu, pues el hombre está ahora irremediamente, bajo el influjo de Satanás, que enferma anquilosándonos, reduciéndonos... Y como un aspecto de la totalidad del endurecimiento, oscureciendo la mirada, incapacitándola para conocer la realidad. Pero por ello, todo lo que contribuye a la dureza, antes o después lleva al divorcio, al ansia de cambiar de mujer. Como si el ministerio de sanidad diera un decreto prohibiendo la arterioesclerosis... Todo paso en la conversión, en la apertura al amor divino, al amor de caridad al hombre, tiende a liquidar el divorcio...

La consideración de la ley del divorcio -que se encamina al aborto- induce, connaturalmente, a la contemplación de la misericordia del Padre, de Cristo, que nos envían al Espíritu Santo: el amor personal.

Recuerdo de los versos de Bernárdez, que cito de memoria:

*y el tiempo que discurre hacia la muerte  
no cuenta por el tiempo que ha pasado,  
sino por el que falta para verte.*

La tendencia del amor humano, a la unión con personas amadas, sólo se cumple en la resurrección...

La observación de J. Marías: la felicidad como cumplimiento ultraterreno de los deseos genuinamente correspondientes al ser de la personalidad humana, es un punto de vista de Sto. Tomás.

Volviendo a lo anterior: ¿cómo sabemos que debemos esperar? La obligación es evidente, puesto que hay un mandato, una palabra creadora de Cristo, una comunicación del Espíritu Santo...

Claro está que el martirio con su significado total: testimonio, pero sobre todo cumplido, con la muerte misma, se impone al cristiano, porque la sociedad nunca estará, simultáneamente toda, en estado de conversión. Los cristianos o sucumben a los paganos, que los matan, o son vejados por otros cristianos, que entienden paganamente el modo cristiano de la sociedad. Curioso: si hemos sido hechos pescadores de hombres, quiere decir, como entiende S. Jerónimo (cfr. Ratzinger) que tenemos que sacar al hombre de su ambiente, del que siente como suyo, a otro ambiente en que sabe que muere... Y eso es el bautismo..

## CASTIDAD

### Día 31 de Agosto '67 (Estudios sobre Plauto)

(...)

Aquí termina esta exposición, sumaria, descabalada, y probablemente, en cuanto a ciertos rasgos, inexacta, de la moral plautina. Podría preguntarse: ¿qué sería un hombre educado en parejo ambiente ético y religioso?. No cabe duda que poseería ciertas, y aun muchas, virtudes; pero innegablemente desconocería a Dios, no le amaría, y en cuanto a la castidad, tendría en poco la fornicación pasajera, o establecida como forma de vida. Si tenemos en cuenta, que este es el medio con que, poco más o menos, va a encontrarse el cristianismo, nos podemos dar cuenta del enorme valor expresivo, significativo, de la castidad. En realidad, hace el efecto de que el adulterio es algo condenable como falta a un compromiso, como perjurio, más que como actividad lujuriosa. El sentido de la justicia es algo mucho menos específicamente cristiano que la castidad. La castidad insacula un concepto del cuerpo, que el paganismo no ha podido llegar a descubrir, y un sentido de la relación del hombre con Dios, de lo sagrado cristiano en el hombre, que estaba, lógicamente, fuera del alcance de la mentalidad precristiana -excepto, en cierto sentido, de anuncio penumbroso en el judaísmo-.

(...)

Tampoco me parece que justifica, en absoluto, la afirmación de Moeller de que el amor entre esposo y esposa es una invención cristiana, y que los clásicos miraban el matrimonio como puro medio de prolongar el linaje.

No se ha adelantado nada en la viveza, el ardor, la expresividad del amor entre hombre y mujer, aun prescindiendo de los hijos. Es más, vamos a contemplar en Terencio, cómo el fruto del amor es considerado como algo, cuya aceptación o repulsa es libre. En Plauto encontramos amores pasionales, juveniles, pero verdaderos, al menos en cuanto a la tendencia a lo exclusivo y perpetuo; pero tropezamos además, como en Anftruo, con el amor conyugal más maduro, vehemente y continuado. No puede asegurarse un solo paso hacia delante. Todo estaba ya vivido en este terreno, cuando el cristianismo llegó a Roma. Me refiero, naturalmente, al campo de lo puramente humano, y no niego que un matrimonio actual pueda vivir esto con más intensidad y más profundamente. Lo que repelo es la relumbrante afirmación. Entonces como ahora, unos pocos matrimonios unían -y es que no pueden estar separados- el amor mutuo de los esposos, con el interés por

las generaciones antecesoras y por los descendientes. Y entonces, como ahora, la muchedumbre pensaba más en lo material. Únicamente puede decirse que hemos descendido en amplitud, que el amor actual es mucho más estrecho; porque la descristianización conduce, necesariamente, a horrores mayores, que la mera carencia de Cristo.

### **Día 10 de Septiembre '67 (Estudios sobre Lucrecio)**

(...)

Lo mismo niega toda influencia divina en la atracción de los sexos. Son las correspondencias materiales, y la falta de dominio del espíritu, lo único que interviene en el amor. No imposibles intromisiones de Venus.

Sobre el amor. El origen de la atracción sentida hacia la mujer -o hacia el hombre en el caso del amor femenino (pues no alude siquiera a la pasión homosexual)- es simplemente la elaboración del semen que tiende a verterse en su propio recipiente. (Por tanto tampoco hay consideración de la masturbación, que en pura doctrina epicúrea, tal como Lucrecio la expone, resulta antinatural, efecto de un rebuscamiento artificialmente extraviado del hombre). El deseo de verterlo es excitado por tal mujer -o en el caso inverso por tal hombre- y así la semilla se lanza hacia el mismo objeto que la excita. Pues el mismo deseo presta un pregusto de la voluptuosidad.

Ahora, esta tendencia es insaciable. Pues la inclinación al alimento o la bebida es saciada comiendo o bebiendo, por la incorporación, la asimilación de las materias correspondientes; pero en el amor no sucede nada igual. Imposible es la conversión del amado en el propio ser, y de ahí que, apenas emitida la semilla, disfrutado el placer, vuelve el ansia de la posesión. Literalmente no se puede satisfacer esta tendencia. No se hace lo bastante para llenarla. Y así, nunca se encuentra henchida, ni por tanto jamás está en paz el alma enamorada. Lucrecio no se arredra ante plásticas y vivas descripciones del acto sexual. Y como la inquietud es algo diametralmente opuesto a su doctrina, encontramos a este sapientísimo varón repeliendo enérgicamente el amor, y recomendando la fornicación. Pues, para no ser subyugado por el amor, el mejor remedio hallado por él es saciar el deseo recién despierto, dirigiéndole hacia otro objeto. Y no se trata de ninguna sublimación intelectual, persiguiendo levantados objetivos ideales, sino llanamente de buscar el deleite, derramando el líquido seminal en la primera mujer que se encuentre dispuesta a recibirlo. Y aún añade, previniendo posibles objeciones, que así el placer es mayor. Pues en la unión con la mujer amada, se espera de ella más de lo que puede conceder, y, por consiguiente, el deleite físico no es puro. Y luego el trato enciende más la

pasión, el anhelo de unión se enciende más, y la llama quema atormentadora. Se producen mil cuidados, las solicitudes son torturantes. Hay que apartarse de todo eso. Difícil es escapar de las trampas de Venus, una vez caído en ellas. Y con todo no sería imposible, si el hombre fuera sensato, y supiera abrir los ojos a los defectos de la amada.

El placer aumenta cuando la mujer contribuye, con sus propios movimientos, al acto sexual. Es más intenso, a la vez, para ella y para el hombre. En cambio, dificulta la posibilidad de la concepción. Por eso, afirma, en el coito la ramera se contonea, mientras la esposa permanece en reposo.

La visión del amor no puede ser más repugnante. Los mismos hijos se consideran, en la única frase alusiva a ellos, como un futuro apoyo del padre (1225-26). Es, sin embargo, la consecuencia de sus pensamientos esencialmente materialistas; aunque muy poco consonantes con su amor a la verdad, resplandeciente a lo largo de toda la obra.

Todo esto parece muy significativo en cuanto a la concepción pagana de la vida, y la revolución causada por el cristianismo. Pues no estamos, leyendo este poema, en el lúbrico terreno de la picaresca por donde nos conduce, v.gr., Ovidio. Sino en una de las cumbres intelectuales, en una, por otra parte felicísima, conjunción de la poesía y la filosofía; los dos más levantados menesteres humanos.

### **Día 6 de Octubre '67 (Estudios sobre Cornelio Nepote)**

Creo que si adiciono a lo registrado, la ponderación de la igualdad de ánimo en las adversidades promovidas por los hombres, y en las enfermedades, he presentado con bastante relieve, la figura ideal del hombre, para Nepote.

Ahora, sin titubeos, puede afirmarse que, tal como se desprende de la lectura atenta, sin ulteriores exámenes, las narraciones de Nepote brindan la convicción de la mediocridad, la debilidad humana. Son los personajes retratados tipos de excepción, y aun entre ellos los hay heridos por muchos vicios, en medio de un flujo continuo de pasiones desatadas en su rededor. Sus virtudes son excepcionales, y mucho más excepcional aún, la conjunción de todas en una sola persona. Ya el autor nota, muchas veces, las cualidades de sus héroes, como contraste con los defectos del contorno. No es ciertamente una pintura optimista, la que podemos contemplar en estas noticias históricas. Yo no creo que, a su luz, pueda parecer exagerada la célebre descripción de San Pablo sobre el mundo pagano. Hay virtudes bastantes, para hacernos rastrear la posibilidad humana del bien, la acción de

la gracia que salva al hombre, y le dispone a recibir al Salvador. Hay rectas valoraciones morales, y hay un tipo humano, generalmente aprobado, plausible desde un punto de vista cristiano. Es el tipo de los humildes, que atribuyen todo a la acción de los dioses. Pero no suministra Nepote ingredientes para componer una visión optimista, un pensamiento generalizador, en cuanto a esta humildad.

Un sentido de jerarquía, pese a las tendencias democráticas del escritor, cunde por doquiera.

Y ahora ¿qué significa todo esto para un criterio cristiano?. Por lo pronto, que el cristiano ha de poseer, necesariamente, todas estas reales virtudes, que ya los paganos conocían y practicaban. Que una Iglesia floreciente es, inexcusablemente, una Iglesia que las produce, y que lo que entre paganos se daba a las veces, como algo de difícil y admirable logro, debería ser ordinario en una sociedad cristiana. Ordinario no quiere decir, en mi lenguaje del momento, común a todos; sí, al menos, no raro. No chocante. Y en ambientes mixtos, de cristianos y no cristianos, de cristianos conscientes y cristianos no conscientes, debería ser algo chocante, pero no como cualidad personal, sino como cualidad común del grupo cristiano. Lo que sucedía, por ejemplo, con el martirio en los primeros siglos: era chocante que los cristianos se dejaran matar, no era chocante que tal persona sufriera la muerte, una vez conocido su cristianismo. Así, una mujer cristiana debería vestir de tal manera, que se distinguiera de las demás, pero tan sólo de las demás no cristianas. Pero esto claramente no lo aguantan las mujeres, por la muy aparente razón, de que no se sienten demasíadamente cristianas. Y entonces, la sola que sería capaz de hacerlo ofrece aspecto forastero, no ya como cristiana, sino como personalmente extravagante, o en el mejor de los casos, a los ojos de unos pocos, como peculiarmente admirable.

Insisto en el singular precio de la castidad en la concepción religiosa revelada, y, por tanto, en su valor significante. Si lográramos que las gentes alcanzaran una cierta penetración de la genuina entidad, del verdadero ser de una persona, de lo que es la unión del alma y del cuerpo, conseguiríamos de golpe, la difusión del legítimo y total sentido de la castidad. La comprensión del cuerpo como símbolo del alma -idea que establece definitivamente la importancia, la sujeción y la intimidad inefable, misteriosa, del cuerpo y alma- llevaría inmediata e inevitablemente, a la visión perspicua de la castidad, como virtud del hombre entero, y con su raíz precisamente en la afectividad. Se entendería, sin más, que la lujuria, en cuanto mero ímpetu físico, corporal, hacia sí mismo o hacia una mujer -o un hombre en su caso- es antes que un pecado, una deficiencia moral, un defecto ontológico, un defecto del ser, de la personalidad, que no se ha realizado, es decir, que no

ha llegado a ser. Puesto que su ser es simbólico, la tendencia física sólo tiene sentido respecto de una persona -que naturalmente no puedo ser yo mismo- hacia quien tiende la afectividad. La caricia sólo es caricia humana, cuando expresa el afecto interior; la unión corporal suprema, que es, sin duda, tras la primera unión con la madre, la unión sexual plena, sólo es humana, cuando expresa, cuando realiza en la totalidad del hombre, que es alma y cuerpo, la unión plenísima, intelectual y afectiva, de tal hombre con tal mujer. Y como es evidente, al realizarla la perfecciona.

Supuesto todo esto, la inmodestia -que es literalmente la inmoderación, la inadecuación- en los estilos del vestir, está proclamando la fabulosa inmadurez, impersonalidad de las mujeres que la emplean, y de los hombres que las atienden. Una exhibición carnal es en sí misma, una entrega espiritual. Ahora, es claro que una persona no puede entregar su intimidad a todos. Así, en cuanto el hombre se une a Dios, y por consecuencia necesaria, se construye en cuanto persona, siente la repugnancia a esta dualidad, siente su cuerpo como símbolo, y, por consiguiente, el asco de mostrarlo. Y viene el recato, la vergüenza. Y al mismo tiempo, se aviva el deseo de la entrega entera, corporal también por tanto, a esa determinada persona, a quien se siente y se sabe -se conoce y se saborea- humanamente conjugada. Y si, por una peculiar, singular vocación, su personalidad humana ha de realizarse exclusivamente en la unión inmediata con Dios, siente el ansia imperiosa de la comunión, que es la unión corporal suma con Cristo, con el cuerpo del Verbo.

Yo no pienso que los primeros cristianos analizaban tanto, según las líneas indicadas en estos párrafos; pero sí conozco perfectamente, gracias a mis lecturas de hace dos años, que ellos sentían primordialmente, como algo singular del cristiano, que muy pocos paganos habían intuido, la enorme -es decir, fuera de toda posible medida- importancia de la castidad en la vida cristiana. Y la falta de ponderación de esta virtud, que ha irrumpido en el pensamiento actual, no es más que la demostración palmaria, de la disolución del pensamiento cristiano, en amplísimos sectores eclesiásticos. Una sola atenuación encuentro, a la culpa de sus cultivadores: la explicable reacción contra los someros y estrechos conceptos de la castidad, que solían prestársenos en la predicación habitual. Pero un teólogo no tiene derecho a tales reacciones.

En conclusión: la castidad es la virtud que pone al hombre íntegro, como tal, en cuanto corporal, en relación afectiva con Dios. Por eso no puede existir sin el conocimiento de Dios personal, sin el amor a este Dios, y sin la conciencia intensísima de su amor hacia nosotros. Y esta es la radical explicación de su ausencia, casi absoluta, en la sociedad pagana, donde en

cambio se condena el adulterio, que es ya una falta a la palabra dada, una ofensa a una persona, a quien se ha prometido uno en exclusividad. Pero no puede ser condenada la fornicación, en que no hay injusticia alguna.

No es, pues, la justicia social -sino desde el punto de vista de una exigencia de la caridad- lo específicamente cristiano. Está todavía en los terrenos periféricos de lo cristiano; en el campo de las consecuencias. Mientras la castidad se hunde en la misma esencia de la revelación, puesto que, en cuanto Dios se revela es conocido como amor, como amable y amante, y, por lo mismo, en un solo acto, el hombre se siente arrebatado hacia El, y recibe de golpe, el sentido de la castidad. Y sólo luego -aunque necesariamente- vendrá la relación con los demás hijos de Dios, la caridad fraterna y la justicia.

## PATERNIDAD RESPONSABLE

### Día 23 de Mayo '66 (Estudios)

(...)

En cuanto a la madurez de costumbres, a esa delicadeza -que se manifiesta especialmente entre los sexos- no creo necesario comentario alguno. La tosquedad ha alcanzado quizás el punto culminante, porque ha llegado a descubrir las artes más sutiles, para la justificación y el disimulo. Las altas verdades que lanza la Iglesia como tal, o que sugieren los insignes, los espirituales o teólogos, sirven para que el hombre-masa las tome como bandera, la extienda y envuelva con ella las posturas más repugnantes al Espíritu que las ha inspirado. Basta el ejemplo del matrimonio: la maravillosa frase del Concilio, acerca de la paternidad responsable, que es para hacer llorar de amor ante el Padre, que nos descubre los abismos del amor paternal de Dios, puesto que está significando que El quiere hacer participar de su paternidad, no en el orden puramente físico, no con una intención que le ve como una barrera -esto es pecado- sino con una unión perfecta de voluntad y de sensibilidad ¿no se está convirtiendo, en manos de nuestros encantadores y apostólicos, celosísimos y omnicomprensivos curas, más o menos progresistas, en una pulquérrima y tranquilizadora organización de la prostitución doméstica? Una prostitución algo monótona, hay que concederlo -pero todo se andará, y cualquier día nos podremos sacudir la monogamia, como nos estamos sacudiendo el celibato- pero prostitución al cabo cómoda y barata, y por añadidura enaltecedora, porque el cristiano tiene la clara conciencia, de que seguir sus instintos es siempre, por muy comunes que le sean con la otra clase de reses, una altísima operación humana, que el introduce, sin saber cómo, en las profundidades de la vida espiritual? ¿Y no está siendo obstada por el otro rebaño, el de los conservadores, que se asustan de las palabras de la Iglesia, y andan enfermos de preocupación por ver si pueden salvar algo en esta gigantesca equivocación de Dios?

### Día 3 de Junio '66 (Estudios sobre Eliot)

(...)

"La galera griega se describe desde el punto de vista del galeote". Salvo que el lector sea muy capaz, no veo que tenga ningún valor otra manera de describir. La naturaleza y los artefactos reciben su sentido del hombre -inmediatamente- en último término de Dios. Una descripción que

abandone estos puntos de vista es, generalmente, inútil, pues el lector no es capaz, en la mayoría de los casos, de inventarlos él. Verdad, que quiera o no, el autor siempre pone algún punto de vista humano, aunque no sea más que por la selección de datos, que necesariamente ha de realizar. En este sentido, una simple fotografía ya posee algún valor humano.

"Sugeriría también que, con harta facilidad, suponemos que lo más raro es lo más valioso, y viceversa". Creo que la frase precisa sobre el asunto, sería distinta entre la obra de Dios solo y la del hombre. Dios produce las obras más valiosas con mayor profusión: v.gr. todo hombre está dotado de la capacidad de procrear, que es mucho más valiosa que la de descubrir un nuevo medio para la vida; pero en cuanto interviene el hombre, y tienen que colaborar a esa impulsión divina, realmente las obras más valiosas suelen ser más raras. No creo, de ningún modo, que porque, en sí, sean más costosas, sino porque inicialmente suponen un mayor esfuerzo, y el hombre no cree bastante en el amor de Dios, para pensar que es indudable, que el conjunto de una obra importante no puede ser difícil, es decir, imposible. Desde luego improbable, pues ello no concuerda con la revelación del Amor de Dios que hemos recibido.

Esta idea me parece muy importante, pues manifiesta, muy claramente, el amor Paternal divino. (Educar a un hijo es más valioso que escribir un libro de pedagogía; lo primero está al alcance de cualquiera que quiera molestarse un poco, lo segundo ciertamente no. Sin embargo, lo primero es todavía más raro que lo segundo...).

### **Día 10 de Junio '67 (Estudios)**

Diana a las 4,30, tocada por los ángeles, pues el despertador había llamado antes, vanamente. Parece ser que me he levantado mejor, por lo menos en cuanto al dolor de cabeza. Sigo aún vagamente molesto, por motivo del estómago, el vientre o lo que sea; pero también es más liviano el malestar. Todo esto significa la probabilidad de un aprovechamiento más intenso en las tareas prefijadas. Ayer, visita a mis amigos de Ciudad Real. Evidencia de la absoluta necesidad de intensísima fe, para vivir una vida de paternidad humana; los 7 niños, deliciosos para un rato, deben resultar mareantes para sus padres. La genialidad infantil es ilimitada. Continuas ocurrencias y movimiento imparables. Imposible hablar en serio con los padres, y eso que al final sólo quedaban en casa los tres pequeños. Pero es que la misma Maria-Paz es fértil en recursos, como el propio Ulises. Cada uno a su estilo graciosísimos, pero todo el día, todos los días... Un ejercicio de caridad, una visión perspicaz y

espontánea de los niños como hijos de Dios, un sentimiento de colaboración con las Personas Divinas, deben tornar la tarea realmente gozosa, de lo contrario, creo que aun mi notable inclinación a los críos no resistiría, sin enfado, una semana de convivencia sin irritaciones frecuentes. Y los padres tienen precisamente gracia, para poseer esa fe y ese sentimiento sobrenatural; me parece, no obstante, que no suelen recurrir demasiado a ella, y que, de hecho, ceden hartos a la fatiga y al malestar. XX no puede dormir, y junto a las suyas, las mías resultan vigiliadas ridículas. Un camino de santificación hermosísimo. La faena de educar hijos, pulcramente ejecutada, es, sin duda, de las más bellas que pueden darse en la tierra, y que pueden gozarse en el cielo. Representación del infinitamente profundo y delectable amor del Padre al Hijo. Pero es insustituible la contemplación de este misterio, que tan pocos padres humanos disfrutan. La exigencia de cariño, de manifestación incesante de atención, que desarrollan los niños reclama imperiosamente un desapego absoluto de cualquier proyecto, el arrumbamiento de todo propósito decisivo de realización concreta. Los cinco mayores arracimados sobre mí, me parece que constituían un placentero espectáculo; pero es que yo no quería hacer ninguna otra cosa; ni siquiera conservar mis fuerzas físicas, pues un rato de juego con ellos proporciona una no floja sensación de cansancio. ¡Y cómo se comprende la ejemplaridad infantil propuesta por Cristo! ¡Qué entrega al cariño del adulto apenas manifestado! ¡Qué convicción tan absoluta de que yo estaba allí para divertirlos! ¡Y qué fácil parece la santidad contemplando a estas criaturas tan confiadas!. Porque es de suponer -claro está- que Dios tiene una capacidad de cariño infinitamente más ancha y más honda que la mía.

Pese a todo, los menesteres proyectados caminan. Voy a intentar dar cima antes de la Misa, a la transcripción de los textos sacramentarios referentes al Espíritu Santo.

### **Día 27 de Septiembre '89. San Vicente de Paul.**

(...)

Debo cultivar, pero mejorándola, mejorando su funcionamiento, la tendencia innata en mí, de atención a las personalidades excelentes. Y en primer lugar, a los santos. Mejorar el funcionamiento, significa fijarme más en la palabra de Dios que constituyen para mí -individualmente y eclesialmente-; por tanto en el momento de la vida de la Iglesia en que nos hallamos. Por supuesto, cualquier persona insigne, por cualquier capítulo, manifiesta de modo singular y sobresaliente la sublimidad divina. Pero, claro está, no puedo coincidir plenamente, exactamente con las apreciaciones generales: a veces, tales personalidades aludidas son nada a los ojos del

mundo, incluidas las gentes de Iglesia. V.gr., como es sabido, estimo particularmente a las madres de familia numerosa, que no están precisamente de moda... Y que sin embargo -o más bien, eso mismo es signo de su importancia- participan del poder divino, de la grandeza divina, de manera excelente. Concebir, parir, criar, intentar educar muchos hijos, es participación del Amor infinito, mucho mayor que encerrarse en un convento. Naturalmente hablo de la "realidad en sí". Y no hay más que observar que ciertas virtudes capitales: humildad, pobreza, confianza en Dios, esperanza, caridad... tienen desenvolvimiento necesario para llevar a cabo la obra en sus terrenos naturales.

Es un sacrificio de incalculable valor.

## ABORTO

**Día 28 de Mayo '83**

(...)

Quizás semeje pueril, o senilmente maniático, pero pienso que mientras un número bastante de personas, no vivan persuadidas -y ello significa que sus operaciones espontáneas responden, casi sin excepciones, a tal persuasión- de que su formación personal es primordial respecto de cualquier tarea, y por consiguiente, que su santificación marcha por ahí, será vano el lenguaje «personalista» usual. No pasará de un bla-bla-bla de tebeo... y las consecuencias se prolongarán en abortos, infanticidios, eutanasias...

Es preciso, y acuciantemente preciso, vivir de modo que los menesteres en totalidad, queden enmarcados en su departamento correspondiente: «abastos»: son los alimentos de las personas... Y para ello hay que promover incansablemente la conciencia de que los actos en que se expresan -y realizan- las relaciones personales, no tienen otro valor que el de contribuir a las promociones personales, en su realidad intrínseca... Sólo así podemos aceptar las predicaciones cristianas, con su llamada a la santidad personal como lo «ante todo», y su impulso a construir la Iglesia... comunidad de personas...

Prosigo estos días leyendo, meditando, acerca del Espíritu. Mientras tanto ha sido aprobada -según me han dicho- la ley permisiva, despenalizadora, del aborto. Es cierto que lo estimo como el máximo de corrupción. Asesinato -por parte de la propia madre- y encima extremadamente cobarde. La cobardía es también pecado. Ciertamente un terrorista de la ETA, con su ideal político-patriótico, y su exposición personal, es una figura mucho menos repugnante que la de estos señores que promueven -¡no sólo permiten!- el aborto, y que por contera, en muchos casos, practican a sabiendas, y escandalosamente, el sacrilegio y la profanación de la Iglesia y de sus sacramentos, puesto que se declaran católicos...

Ello, evidentemente, nada obsta a la caridad respecto de ellos. Aunque sí debo revisar la forma de trato con tales personas... Desde luego, pienso, no pueden ser absueltos...

Aquí debo sentirme más y más incitado a los quehaceres de la «sustitución»: sufrir los castigos que merecen ellos... Dejar que Cristo haga presente en mí los sufrimientos redentores que han de convertirlos...

**Día 16 de Junio ´88**

(...)

No es casualidad que la época se desarrolle con influjos desmesurados de Freud y Marx: dos individuos mediocrementemente constituidos, y enraizados con todo el poder asequible, en su mediocridad. Y por lo mismo, y con particular peligro, con pretensiones de totalidad y hondura... Nunca, en el nivel del pensamiento y la voluntad de los occidentales, se ha presentado tan alta y universal marea de egoísmo y de empequeñecimiento. Tal repulsa de la personalidad como tal. La separación del placer, el amor y la fecundidad; el aborto, la eutanasia y el deseo proclamado de eliminación de personas, por los métodos anticonceptivos, y aun por los métodos "naturales" de elusión de las personas, de regulación de la natalidad humana, son las actividades más significativas del odio a la vida humana. De la separación de Dios, en suma. De Dios, Amigo de la vida...

La relación cierta felicidad-fecundidad... Naturalmente, la única fecundidad que produce experiencia de felicidad es la fecundidad personal inmediata. (En las zonas en que nos movemos psicológicamente, de un niño no podemos decir que es feliz...). Todo acto infecundo personal - medianamente siquiera personal- es destructor; todo acto no producido, y que debiera haberse producido, es privativamente destructor: antes o después, el hombre experimenta, de una u otra manera, la carencia de lo que le corresponde tener...

**Día 30 de Abril ´90**

(...)

Newman, tras duraderos contactos con los Padres, en el modo posible para un viator, se encomienda, en su testamento, a ellos... a quienes espera -teológicamente- encontrar ya muy pronto. Identidad de sentimiento: encontraré a una multitud de personas, a quienes he tratado aquí por sus escritos; encontraré a otras, a quienes aquí no he podido jamás tratar a medida del deseo. Las famosas líneas, por otra parte. Pues, sin duda, no es la misma preciosa cinta la que me anuda con PM, que la que me ata al Cura de Ars, o a Sta. Teresa, o a Pascal... Pero es de la misma materia...

Y es que yo soy eterno, y lo que comienza personalmente en condición inevitablemente terrena, se prosigue y florece, eternamente, en la perfecta eterna condición...

Un día como el de ayer muestra, una vez más, la importancia de la flexibilidad de nuestras disposiciones. Ignoro el fruto de la conversación con

X. En todo caso mantuvimos la conversación. Pero mantener una conversación, realmente personal, es crecer dos personas. ¿Habré salvado la vida temporal de ese niño -esa persona- por quien ciertamente ha muerto también Cristo?. Y si no he logrado salvar lo temporal de esa vida, ¿qué unión no tendremos, si asesinado por sus padres y sus médicos, es llevado, como pienso con certeza, al cielo, también él, desconocido por mí en este mundo, en esta condición del mundo, del envejecido y saturado de suciedad mundo terreno, «fuera del tiempo y del espacio fuera»?.

Seguir como vivo... la flexibilidad de que hablo, sólo tiene en mí un adversario: mi propia carne, su enervamiento y sus exasperaciones... Insistir en la mortificación.

## EL VALOR DE TODA VIDA

### Día 2 de Enero '85

(...)

La belleza e importancia del nacimiento. Peguy: hacerse como niños: volver a ser el niño que se era: recibir, por perdón, la belleza del recién nacido -recién concebido- que no ha manchado nada... La sabiduría infantil. (La importancia de la educación: los errores del racionalismo). La belleza de la «originalidad».

Muerte del niño de X: en Navidad. Inconcebible que Cristo, que nace por todos, para morir por todos, excluya de su amor eficaz a un niño que jamás le ha rechazado. No creo en el limbo... Si la creación material va a ser renovada, beneficiándose de la gracia del hombre santificado, ¿va a fallar esto en una persona, creada por Dios, redimida por Cristo, fruto de la fidelidad de sus padres a los impulsos divinos?. Al menos tiene que haber, sin duda, muchos niños non-natos en el cielo.

El avance en la vida terrena es fructuoso, cuando es avance; pero muchos pierden el candor irremisiblemente, puesto que no alcanzan siquiera conciencia de suciedad...

La importancia de cada instante como posible comienzo: siempre lo es... Acto de Cristo en mí... Y los kairòs... Ahora, cada momento puede ser un kairòs. Y tener en cuenta: donde abunda el pecado sobreabunda la gracia...

No dejarme turbar por las derrotas que me inflige la impulsividad: sino agradecer las victorias del Espíritu, fuente siempre de una corriente de victorias...

La grandeza de la persona -el sentido de responsabilidad- Está en la línea de la gracia amorosa, la salvación (santificación) de una persona que no ha rechazado nunca a Dios; está, en la misma línea, la posibilidad de condenación responsable por quien rechaza libremente a Cristo. En ambos casos ignoramos la manera. También en la línea del amor infinito. Necesariamente misterioso para el hombre limitado.

### **Día 19 de Enero '85**

Oración de 4,45 a 6,45. Tonalidad mediocre... No llego a las modestas realizaciones deseadas, ni en la tolerancia del frío, ni en la comida, ni en el tabaco, ni menos en la lucha contra la impulsividad. Mediocridad, ya que el fervor me llevaría a una atención mucho más intensa y perspicaz, respecto de las muchas ocasiones de mortificar mis tendencias carnales, en todos esos campos.

El nacimiento de Jesús se hace presente de verdad, en la concepción y en el nacimiento de cada niño concebido y nacido. La acción del Espíritu creador y santificador: concepción - nacimiento - bautismo.

Contemplar el misterio, continuamente realizado, en absorbente reverencia. Tal contemplación nos sumiría, desde luego, en la esperanza y el temor: cada niño puede ser un día un condenado... cada niño puede ser, y debe ser, un santo. En todo caso será una persona, y si no existiera faltaría algo a la belleza del universo, que contemplaremos eternamente. Verdad que tal expectación incierta -no sabemos lo que será de hecho- nos levanta a cimas de respeto y posiblemente de angustia. Mas quien nos hace participar incesantemente del misterio de la Navidad, en el ininterrumpido fluir de las concepciones y nacimientos, nos otorga la capacidad de admirar el misterio con la esperanza pertinente.

Para la gente hay diferencia esencial entre existir y no existir: advierto que yo no lo experimento así: el «deseo» divino de que exista tal persona, me parece constituir la ya en cierta realidad fundamental: de ahí mi repugnancia por el temor a engendrar y concebir. Si yo planease una novela con personajes maravillosos, y nadie quisiera colaborar para imprimirla, copiarla de alguna manera... Mis personajes quedarían en su realidad más capital, y no obstante, sin la existencia literaria debida, por culpa de los colaboradores necesarios en mi plan... Horrendo.

Rodeados de misterio, hundidos en él. Grandeza. Suelen preferir vivir en lo perceptible sensiblemente; en lo constatable y dominable... Mezquindad. Por ello la búsqueda continua de la ilusión: planes para el

futuro, ensoñaciones, bebidas, drogas... Encerrados en el signo, o se dejan llevar al significado, a la realidad significada, o se asfixian, o se evaden con la imaginación -pero la persona no puede evadirse-... No tienen que ir afuera, sino dejarse encontrar por la realidad que vive en el tiempo y en el espacio, de suyo confinantes, porque es personal...

Al introducir en la tierra la Vida eterna, Jesús introduce todos sus aspectos: también la capacidad de entenderla y disfrutarla... Si co-nacemos con Cristo, también, participes de su vida, co-nocemos con Cristo... pues en el nacer se nos da el noscere, con El. (el francés lo expresa mejor: naissance - co-naissance... naître -co-naître... Pero la realidad expresada no depende de la expresión idiomática).

### **Día 22 de Mayo '87.**

(...)

Cuando las reacciones defensivas egoístas se hayan tornado en reacciones de puro dolor por las imperfecciones ajenas, que ya no se sienten de ninguna manera como ajenas, sino más propias que las mismas sensaciones corporales, puesto que el alma del "otro" me es más próxima a mi propio espíritu, que el cuerpo que me reviste en su condición terrena. Ya experimento que me dirijo allá; pero todavía falta camino, y todavía la andadura es lenta, muy lenta, demasiado lenta sin duda... Necesidad apremiante de acelerar el paso... y ello mismo es fruto solamente posible al Espíritu...

La consideración del género humano, que me ronda de hace tiempo... ¿Qué justificación tienen las existencias humanas, para quien carece de fe, y aun de fe muy viva? No digamos ya todas estas vidas de gitanos, quinquis, pobres de solemnidad, borrachos, drogadictos... pero aun los enfermos, locos, tarados... que abundan sobremanera, tantas gentes enfermizas, desequilibradas, que cumplen incluso su tarea, pero que sufren espantosamente -ya dan su proporción de suicidas- mis hermanas mismas... Y luego tantos que han hecho sus aportaciones honorables a la humanidad... un Sartre, un Aleixandre... y tantos y tantos...

Cuando las cosas alcanzan sus extremos y dominan personajes de una mentalidad -Stalin - Hitler, v.gr.- se cargan a quienes estiman innecesarios. Son "criminales", pero son lógicos, y tienen sus hermanos menores en los abortistas por ejemplo. Pues no tiene sentido abortar un niño subnormal y mantener a quienes ya han nacido... Si admitimos que el enfermo es una carga para la sociedad, tenemos que admitir que la sociedad tiene derecho -y obligación- de descargarse... y no hay otra solución sino matarlos...

Quien cree en la eternidad personal deberá investigar las fuentes de la revelación, hasta llegar a entender y "saber" cuál es el modo de cooperación con Dios, para que se desarrollen tales personalidades...

La vida en la tierra, como etapa, y breve, de vida eterna de una persona eterna, tiene pleno sentido y es fácilmente inteligible.

### **Día 22 de Mayo '89.**

(...)

Veo más y más, siento más y más, la estrechez mental que nos rodea. Y mi propia incoherencia entre pensamientos, ¡tan claros, tan ardientes! y mis realizaciones, ¡tan oscuras, tan dispersas, tan infecundas!

Relectura de los párrafos de Juliana de Norwich, sobre el pecado y la misericordia divina. Bellísimos. El pecado es ocasión de perdón, que lleva consigo crecimiento de gloria -muy concorde con la célebre frase de S. Pablo-: en proporción al arrepentimiento, vergüenza, etc. el pecado será recordado como glorificación en el cielo. Algo así como una cicatriz, que heroseara por la habilidad de la cura... Que resultara, al tiempo de sanación de la herida, cirugía estética...

La idea de que en el cielo resplandecerán nuestros pecados, es idea resplandeciente en sí. Y muy coherente con toda la revelación. No a pesar de nuestros pecados, sino por nuestros pecados brillaremos... Magnificencia del aspecto sanante de la gracia. Claro, que la obra comienza ya en la tierra. La permisión del pecado más esclarecidamente justificada. Y la exaltación del humillado. ¡Los drogadictos, borrachos, homosexuales, adúlteros... -arrepentidos, claro- brillando por sus vilezas, por sus humillaciones!. El inicio es aceptarlas aquí como humillantes...

Desde aquí, revisar mis modos de entender los vicios, las consecuencias de los pecados: también las inculpables. Y las expiaciones voluntarias por el pecado ajeno, por el pecado en general. Dios, Cristo, devuelve bien por mal, por tanto: misericordia, gloria, por pecado..

## ANCIANIDAD

### **Día 12 de Marzo '67 (Estudios sobre Eliot)**

(...)

Así la soberbia, que nos hace apartar los ojos de nuestro mismo ser, recibido de Dios, nos pega a un papel, que nos convierte en incomprensivos, envidiosos, seres falsos, falseadores, nocivos a quienes intentan tratarnos. Y llega un momento -en que se encuentra el anciano- en que la soledad se hace innegable; porque ya no hay actividad posible, en que divertirnos de nuestro yo real. Entonces sólo es posible la amargura o la conversión.

### **Día 6 de Abril '67 (Estudios sobre Eliot)**

(...)

Amy declara que ahora acaba de aprender la verdad -es decir de comprender- la verdad acerca de cosas que ya no puede enmendar:

Y eso es ser anciana.

Magnífica declaración. Idea de escribir -al menos de construir cogitativamente- una teología de la ancianidad. Enuncio raudamente algunos temas, pues muy posiblemente se me olvidarán, y acaso algún día, releiendo estas glosas, me acuerde de un propósito -probablemente frustrado como tantos otros, como tantos otros- de una noche de muy buen humor. (Son las 3,20 y la orquesta sinfónica Columbia interpreta para mí solito la 6ª Sinfonía de Beethoven, que no me canso de disfrutar, aunque sigo sin saber por qué me complace tanto.) Una cierta humildad - la mayoría de los ancianos se sienten fracasados; una evidente debilidad, cualquier anciano puede contarse entre los pobres de Yavé - un cierto abandono - una disposición, al menos externa - para la contemplación - una huída de mucha vanidades... Una cierta sensación de ingratitud... La ancianidad llega a reconocer, dentro de la medida asequible a cada cual, ciertas verdades, nunca desconocidas, como un preludio de la próxima contemplación de la Verdad. Los ancianos- comenzando por papá y mamá- con quienes no poseo fácil comercio, no sospecharán nunca el inmenso aprecio, el desmedido cariño que les tengo...

### **Día 21 de Octubre '67 (Estudios sobre Cicerón)**

(...)

La vejez es un todo con la vida; no puede pensarse en ella como algo aislado. Por eso Catón, en sus discursos, insiste en la necesidad de una vida anterior sabiamente transcurrida, para que se produzcan las ventajas que él

encuentra en la ancianidad. El ejercicio de las virtudes, las artes, las buenas obras, a lo largo de la juventud y la edad adulta, se prolongan en la senectud y la deleitan con sus amables recuerdos. (C. III)

La primera desgracia de la vejez es que aparta de los negocios. ¿De cuáles?, se pregunta Catón. No de aquellos, responde, que le corresponden precisamente a ella, y son los que pueden administrarse con el ánimo, y son cabalmente los de más gravedad y más consecuencias. Los que reclaman autoridad, prudencia y consejo. Ni se merma la memoria o el ingenio, si perduran el cuidado y la industria y la práctica.

No obstante, la sociedad actual parece haber llegado al perfecto acuerdo con los fautores de la idea rechazada. Así atestiguan los retiros, universalmente establecidos, y recientemente introducidos por la Iglesia. Universal concordancia, a la que encuentro una razón y un irrazonable e inentendible motivo. La razón es que, en las leyes generales, hay que actuar según lo que suele suceder, y según las necesidades atendibles. Y lo que de ordinario acontece, es que los ancianos no han ejercitado cosa mayor el entendimiento durante su vida, y por eso realmente fallan en muchas cosas. Y por eso, sin duda, se admiten de buena gana las excepciones. Pues, puestos de altísima responsabilidad están hoy mismo, o acaban de estar ocupados por ancianos. De Gaulle, Adenauer, Churchill, Pío XII, Juan XXIII, y aun no pocos de los Cardenales u Obispos que al dejar su puesto, siguiendo las normas comunes, han sido promovidos a otros de mayor responsabilidad y exigencia, no son lo que se llama jóvenes. Y ha de observarse que los regímenes de vida habituales no favorecen, desde luego, la llegada en estado de salud, a edades avanzadas.

La motivación indisculpable es la desmesurada importancia concedida a la eficiencia, al movimiento, a la actividad física. De modo que, aun faenas intelectuales, plenamente realizables de suyo, en cualquier edad adulta, no lo son hoy, porque la moda impone unos estilos de actuación excesivamente barullera. No es fácil para un Menéndez Pidal asistir a congresos en cualquier parte del mundo, aunque hasta hace poco -ignoro si aún ahora- le sea fácil proseguir sus trabajos investigadores. Las equívocas estimaciones son otros, casi insalvable, obstáculo; me refiero, ante todo, al gusto por la novedad, que no es accesible al prudente, ni por tanto al anciano capaz de trabajo, cuya característica es la prudencia.

El género de vida en boga no madura a la gente; la golpea, la lanza de una arista a otra, la excita, la enerva por consiguiente, y la deja, literalmente, pocha y no madura, al alcanzar edades en sí propias para las tareas más humanas. Las desaforadas complicaciones organizativas no son accesibles a la serenidad de la vejez; pero ello no es defecto de la edad senil,

sino de las organizaciones. Su dirección no requiere prudencia, sino nerviosismo, agilidad mental en superficie, todo lo cual o no es cualidad, o lo es de muy baja estofa.

Los viejos no son enfadosos. No por cierto, cuando son hombres viejos. Y en cuanto a los no hombres, es decir, en cuanto a casi todos, son harto enfadosos a cualquier edad. Soy testigo. Que muchos ancianos repiten incansablemente las mismas cosas, ni es defecto exclusivo -muchos jóvenes hacen lo mismo- ni se debe a otra cosa que a la falta de cultivo anterior y actual. Pero hay buena runfla de cosas que sólo ellos pueden contarnos, prestándonos ingredientes para el ejercicio de nuestra prudencia. (C. VIII) La penuria de fuerzas. No escasean, en grado que dificulten la educación de los jóvenes, empresa cardinal de los ancianos. Verdad; solamente que los jóvenes no están en ánimo de dejarse enseñar de nadie (C. IX-XI).

Carencia de deleites: los carnales no los echan de menos, ni les duele, consecuentemente, su ausencia. Pero hay no pocas delicias naturales, sanas, aun corporales -y entre ellas señala con insistencia, las que provienen del gozo de la naturaleza- como son la comida sencilla y saludable, y sobre todo los placeres de la sociedad y del entendimiento: la conversación y el estudio, que de ninguna manera están fuera de su alcance. Cicerón truena aquí contra la fuerza de los gustos venéreos, causa de muchedumbre de males. (C. XII-XVIII).

Cercanía de la muerte. También el joven anda cerca de ella; y esta respuesta es muy acertada. Mas el viejo no puede menos de tenerla a un paso, y el joven puede esperar vivir largamente: necia esperanza, la esperanza de lo incierto. Esta respuesta, verdadera y todo, no es la principal, ni destruye completamente la dificultad opuesta. Pero Cicerón ahonda más, y responde: "¡miserable de aquel viejo que, en el tiempo de su larga vida, no ha conocido que es despreciable la muerte!". Con la cual se coloca, sin más, fuera de los tiros del objetante, ya que el viejo que teme la muerte no es, sino el que ha vivido mal sus anteriores edades.

Lo curioso es la contestación dilemática: o nada espera, o espera la dicha. Y se consagra a probar la inmortalidad del alma. Curioso, por el desenfadado descarte de la tercera posibilidad: la inmortalidad dolorosa. Cicerón aporta el pertinente discurso de Sócrates, de idéntico tenor.

"A mí nada me parece duradero que haya de tener algún fin, porque cuando éste llega, aquello que ha pasado se desvaneció, y ya sólo nos queda lo que con la virtud y buenas obras hayamos alcanzado. Se pasan las horas, los días, los meses y los años, y el tiempo pasado nunca vuelve, ni se sabe el que vendrá". Añejo tema, que ése sí, perdurará mientras medite el hombre. Cicerón condena el suicidio; el hombre ha de caer en la muerte, como cae la

fruta madura del árbol. La muerte es, para el mismo Catón, cual arribada de larga navegación. Y luego, las buenas obras granjean inmortalidad; pero Cicerón difiere -o es simplemente que se explica más- de otros autores ya leídos, en que basa este deseo de gloria en la inmortalidad real; el justo, el sabio, gozará de la fama entre los hombres de la tierra, pero gozará realmente, puesto que él, desde ignorado lugar, la conocerá. Y es forzoso pensar esto frecuentemente, pues sólo con tal condición se puede gozar de sosiego en la vida, ya que, de lo contrario, nos amenaza inminente, a cada paso, la posibilidad de la muerte temida. Y por lo mismo, ya en la tierra, gozamos en esperanza la compañía de los grandes que antes fueron, ni nos desconsolamos desmesuradamente por la marcha prematura de los amados: sabemos que no muy largo trecho de tiempo nos aleja de ellos.

Son todos, como se comprende, pensamientos muy fáciles de elevar. Es la llegada al confín del natural razonamiento, apoyado por el deseo, por la necesidad de perpetuidad. Conforme a lo que sentía -aunque lo expresara malamente- el Unamuno que sentía con menos terror la posibilidad del sufrimiento infernal, que la aniquilación. "Y si yerro en pensar que las almas de los hombres son inmortales, yerro con toda mi voluntad, y no quiero que me saquen de este error mientras vivo, porque en él me gozo". Estamos muy distanciados del Lucrecio que afirma, machaconamente, que la creencia en los dioses nace del temor y la ignorancia. Estamos en un terreno que puede sin más iluminarse, mostrando el panorama mucho más bello de lo que el pagano piensa; pero incluyendo cuanto piensa y confirmándolo. Rompiendo en mil fragmentos inencontrables la sombra de la duda, que al prudente Catón le hace citar todavía la opinión de los que dicen que tras de la muerte no hay ya sentido. Y que apoya sus juicios acerca de la inmortalidad en el ansia de gloria de los buenos, y en los divinos orígenes del alma, que, de no ser celeste, no podría conocer tantas cosas con tanta rapidez. Hay, sin insistencia mayor, un cierto concepto condenatorio del cuerpo como cárcel. Pese a su aprobación de ciertos sanos deleites físicos.

## **Día 1 de Julio '88**

(...)

La verdad es que observo que algunas personas, ya pasada su infancia, (pienso precisamente en X) progresan manifiestamente de modo rauda. He pensado siempre que la vida de los seglares, incluidos aquellos que interiormente viven más inmediatamente consagrados, experimenta por norma -por plan divino- incremento muy notable, al cesar en sus actividades "seculares". La jubilación, que más o menos secretamente, viene a ser

estimada un reconocimiento de merma deplorable, es el júbilo de la exuberancia vital personal, en relación más inmediata, exclusiva, explícita, intensa, con Cristo Esposo. Será el vivir la dedicación al gozo de la contemplación -con las dosis consecuentes connaturales- dejando lo impuesto en el trabajo de la actividad. Momento de recoger el fruto, hasta ahora invisible, inexcusablemente oculto, de la contemplación ya vivida -por lo común mediocrementemente en las realizaciones constatables- y del ejercicio de las virtudes, con fruto igualmente mediocre en lo ostensible...

Claro está que todo esto cuelga de mi concepto -absolutamente cierto y acertado- del desarrollo de la personalidad humana bajo la acción del Espíritu Santo, creador y santificador, y, por tanto, de la eliminación del concepto y sentimiento de la vejez, tal como suele estar vigente en la sociedad envejecida e inveterada, en el pecado en que la gente suele moverse.

Esto supone la ruptura definitiva de conexiones naturales... familia, tareas, etc. Supone, por lo general, merma de actividad exterior, aun apostólica. Merma, no extinción. Contiene fecundidad incomparable. Y emplea la humillación, puesto que ante el "mundo" la situación es de rebajamiento.

Y esto alcanza su cima en los estados totalmente humillantes. De "chochera", de pérdida del uso de razón... ¿Qué es no tener uso de razón? y ¿qué es perderlo? Si sabemos que el dueño es Cristo, SEÑOR sin más, no hay más pérdida que el pecado. Si el hombre es miembro de Cristo y no se opone a El, Cristo puede usar -y usa sin duda- amorosamente de la "razón" de sus miembros. Razón, claro está, en el significado más alto: inteligencia, capacidad de conocer lo no sensible y el sentido de lo sensible. Curioso, de verdad curioso; superlativamente curioso. Aunque muy lógico. Me hechiza contemplar las conexiones de las cosas y de las ideas...

Si admitimos que la personalidad y su ejercicio -los actos personales- se reducen a las realizaciones conscientes, deliberadas, "racionales", tenemos: el hombre no vive los primeros años, que son de mera preparación animal; no vive los últimos años -o apenas vive-; no vive durante el sueño; no vive en muchísimos momentos de su "vida". No vive sino cuando hace, cuando produce algo que la sociedad estima valioso. La sociedad: el mundo en la acepción peyorativa evangélica.

Las confusiones de la oración con las meditaciones... productivas en lo constatable... Los mismos cristianos suelen pensar que esas "personas", en tales situaciones -que abarcan la mayor parte del tiempo de la existencia en la condición terrena- son meros pretextos para el ejercicio personal de otros. Degradación tremenda de la personalidad humana; incompreensión absoluta,

o cuasi absoluta, del amor divino. Expresión cuasi perfecta de la mediocridad. Pues entonces la persona ni es valiosa, sino en dependencia de la sociedad humana total -y volvemos, en el mejor de los casos al AT.- o ni siquiera puede considerarse persona: estamos en la aceptación lógica del aborto, la eutanasia y la eliminación de los enfermos psicológicos, y a un paso de la extinción de cualquier inválido. Estimar a una persona como mera ocasión para el ejercicio de mi paciencia, es degradarla, pasarla al nivel animal u objetivo: "cosificarla".

La vejez, para quien la alcanza, sólo es infancia, en el sentido nobilísimo que brota de la epístola de San Juan: que en la condición terrena somos niños respecto del estado celeste, glorioso. Y, claro está, el anciano manifiesta esa situación como nadie. Aunque tenga la cabeza muy bien, aunque discurra que es un primor...

Lo que sucede es que todo esto nos deja en manos de Dios, rompe nuestra bienamada sensación de seguridad, nuestra soberbia... Pues ciertamente no sabemos cómo hemos de tratar a tales personas, cómo podemos ayudarlas. Y esto, seamos sinceros, nos revienta...

Necesidad de estudiar los signos de la caridad, signos cuasi-sacramentales, para santificar a tales personas. Si la Unción sagrada santifica a un enfermo que tiene perdida la cabeza, "inconsciente", ¿por qué no le va a santificar -de otra manera, desde luego; pero acaso más- una expresión de amor verdadero, que comunica el amor divino, que le pone en relación interior, allá en las moradas últimas, donde habita la Trinidad Santísima y superlativamente santificadora?

Lo complicado, y penoso, y latoso, y dificultoso es, viceversa, ayudar a quienes están seguros de que poseen, como señores, uso de razón... Siendo la verdad que la tal razón, la tal cabeza, apenas les sirve más que para embestir... Ante todo contra quienes quieren ayudarles...

Es triste que las gentes obren sin razón, cuando la pueden emplear un poco; pero anda que cuando obran razonablemente. Entonces sí que estamos perdidos...

Toda la discusión acerca de la necesidad de la mística para la santificación; de la existencia, o no existencia, de una doble vía, está fundada en estas consideraciones. Pero como acabo de pensar: la repulsa de la necesidad de la acción divina sobre la razón humana, como algo normal y normalmente necesario, conduce antes o después, al asesinato. O al suicidio.

No digo que no haya que utilizar los razonamientos -¡lo estoy haciendo ahora mismo!- digo que no son el fundamento último de nada, ni son el ingrediente principal, ni en cuanto a importancia, ni en cuanto a dosis, ni en cuanto al tiempo dedicado, de la formación de las...

### **Día 6 de Julio '88.**

Oración de 5,30 a 7,30. 1/2 hora de lectura con la biografía de Claret, por Pío Zabala.

Probablemente la causa de mis cansancios, en esta época, venga a ser el hiato, mayor que nunca, entre los deseos y las realizaciones. Deseos avivados sin pausa en meditaciones y lecturas raramente omitidas, sinceramente llevadas a término, con todas sus imperfecciones, desde luego. Y la fragilidad tan comprobada, y el modo tan desproporcionado de ejercicio de menesteres...

Pienso que el celo pastoral ha crecido sobremanera durante los años últimos; pero no ha crecido parejamente la capacidad de realización pastoral.

Verosímilmente haya aumentado la humildad. Y el conjunto origina estados más o menos duraderos, parcialmente nuevos. Cierta nerviosismo, que multiplica las respuestas airadas; el aludido cansancio; la desaparición de las jaquecas... la persistencia del buen humor, con espontáneas visiones gozosas, y aun letificantes, de los sucesos.

Cuando echo un vistazo al curso de mi personalidad a través del tiempo, en estos años postreros, recibo la impresión de una guerra llevada en conjunto victoriosamente, en frentes múltiples y con no pocas derrotas, muy graves a las veces... Y me ocurre algo importante: en el transcurso normal de la persona por la tierra, ahora que la duración de la vida se prolonga, y el mal tiene raíces y extensión y medios de difusión más perfectos, ¿no habrá que situar el momento del inicio de la madurez espiritual, el momento en que se puede comenzar a decir de una persona humana que es santa, en edad más bien avanzada? No que no sigan viviendo santos que alcanzan la santidad muy jóvenes. Hoy celebramos a María Goretti... Pero por lo general, los que han de cumplir sus tareas fecundísimas en la Iglesia ¿no habrán de ser bastante más mayores que hace 30 ó 40 años?.

Por supuesto, jamás se podrá establecer relación exacta entre la edad cronológica y la santificación; pero eso no obsta a la probable rectitud del pensamiento que relaciona ambas, y encuentra normas acerca de tal relación.

Problema de altísimo bordo. De incidencias pastorales muy gruesas. Pues la sociedad parece funcionar con criterios contrarios -y ello es, para mí, señal de la probabilidad del acierto de mis ideas-; apartando a los "mayores" de las tareas sociales, al mismo tiempo que les ofrece grotescas consolaciones... Comienzo de faenas intelectuales; diversiones de viajes y turismos; seguridades de que todavía pueden gozar de placeres sexuales... Y en penúltimo término, cárceles encantadoras donde se les agrupa junto a otras residencias parejas: aquí está la cárcel de niños, aquí la de enfermos,

aquí la de criminales, aquí la de enfermos mentales, aquí la de viejos... Y el último, insuperable hallazgo del amor y el respeto a la persona humana: la inefable y magnificente eutanasia...

Las adivinaciones de muchos primitivos, que pueden rastrearse en la literatura latina y griega... el carácter divino de la locura, y la dignidad de la ancianidad. El anciano Néstor, juicio de tantas empresas de la Ilíada...

¡Qué materia de estudio tan urgente! Cuando un sacerdote joven llega a la parroquia, se siente inútil porque no tiene jóvenes entre sus feligreses, y con los mayores no hay nada que hacer... Mientras habría que pensar, aunque exagerando la expresión, que con los que apenas se puede hacer nada es con los jóvenes...

La prevalencia de los datos humanos, y por tanto de los humanos criterios. Las categorías meramente humanas: edad, posición social, etc. orientando los menesteres pastorales, con omisión y descuido total de las categorías evangélicas.

Los ministerios pastorales de Claret en Cuba... Ejemplares... y alabados verbalmente por quien se acerca al tema. Absolutamente preteridos, en cuanto palabra de Dios dirigida a los pastores de hoy. Comenzando por el conjunto de mediocridades, que suelen constituir los episcopados de todas las naciones católicas... Que por lo mismo, en magna parte, ya no son católicas, no pueden llamarse así, sino por abuso del lenguaje...

La entrevista de X, que me enseñó ayer tarde XX. Condenación absoluta, sin apelación posible -salvo a la misericordia divina- del Obispo de la diócesis...

Un sentimiento con su idea, muy acuciante: es preciso correr. Y acaso, ante todo, correr en la práctica de la abnegación; salvo manifiesta tensión, contradecir mi impulso, mi voluntad misma, lo más posible. Aplicar, más literalmente que nunca, los principios de San Juan de la Cruz, presumiendo la prudencia del cumplimiento... Los cansancios aludidos arriba, proceden, como creo haber anotado, de aguantar la pesadumbre de mi contradicción real, personal. Los actos cuasi-compulsivos, o compulsivos sin más, son pesados, y a la vez me debilitan, dejándome más sensible al peso de los siguientes. Viceversa sucede, y sucederá más si la practico, con las operaciones personales de la abnegación. Comenzar ahora mismo... y no olvidar jamás que obra buena, sacrificio hecho, libera la acción del Espíritu vivificante, confortante, consolador...

Tengo ante los ojos varios ejemplos de actividades posiblemente más espirituales. Hacerlas. Y hacerlas reconociendo su eficacia para la alegría. Mía y "ajena". Todo acto egoísta produce tristeza, hasta la angustia

experimentada, sentida. Porque "no hay más que una tristeza, y es la de no ser santo".

El salmo 76 de Laudes. Las maravillas divinas no solamente no se desvanecen, sino que se multiplican. Mas la condición única, real, es la esperanza. La contemplación incesante, por lo pronto reiterada, excluyente de otras muchas visiones y delectaciones, de tales maravillas, nos arrebatada hacia el Salvador que las realiza, y nutre la esperanza, que permite a Dios deleitarse con los hombres, deleitándose a ellos con sus operaciones sublimes, en todas las dimensiones imaginables. Pero apenas las contemplamos... Las empresas suyas...

La esperanza es ya maravilla en sí misma. Notar, como de costumbre, que la acción sobrenatural levanta la naturaleza humana que Dios está creando. Y la purifica. Ahí está el busilis, la causa de la confusión. Un niño, contemplado en abstracto, es simplemente repugnante. Absolutamente egoísta, sucio, maleducado, cagoncito, meoncito, baboso, impertinente, sin atención ninguna a los cansancios o intereses de las personas que le rodean. Jamás piensa en el bien ajeno... Y sin embargo de todo ello, apenas hay nada más aliciente que un niño. Es apenas lo bastante para engendrar esperanza; pura esperanza. Incierta en cuanto a las futuras concreciones, siempre en posibilidad de malogro; pero esperanza. Y para un cristiano esperanza inefable en su objeto...

¡Si quisiéramos vivir como niños! ¡Si conociéramos el don de Dios, que incluye ciertamente este modo de vida filial! Personalmente infantil.

Sabiendo, queriendo, gozando, tal infantilismo, la calidad de parlucheo de nuestras expresiones mentales y corporales, en todos los aspectos...

Y este afán del sábelotodo, del sabihondo, que es casi cualquier hombre...

Nada importaría contemplar la necesidad de cada adulto, desde el punto de vista de los años, la inevitable calidad de tarado, de débil, frágil, incipiente, enfermo... Cada persona es apenas lo bastante para fundamentar esperanza. Y por ello, resplandece de la hermosura misma de la esperanza, del amor divino que obra ya secretamente. Y que a nosotros nos ha sido dado adivinar, vislumbrar, y por ello gozar.

Nada importa que el niño se las dé de hombrecito; nada importa que el mal llamado adulto, se las eche de adulto... Quien tiene ojos para ver contempla la inefable belleza del niño...

Porque "ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es" (1ªJn. 3, 2).

Y la comparación de 1ªCor 13, 9-12, en que claramente compara la situación terrena del cristiano respecto del cielo, con la niñez y la madurez humana, naturales en la tierra.

### **Día 7 de Abril '90.**

(...)

La sensación de vejez, de anquilosamiento, que yo ciertamente no siento. Todo lo contrario: salvo algunos aspectos meramente corporales -que se reducen a la progresiva pereza para andar y subir cuestas, y a la disminución de la capacidad de comer- me encuentro mucho más enérgico y entusiasmado que nunca. Pero es plausible la observación de Newman, aunque no sea acertada, parece, la aplicación individual a sí mismo (precisamente por la excepción que admite): «Los ancianos son tan poco flexibles, tan enjutos, tan anémicos en sus almas como en sus cuerpos, excepto en la medida en que la gracia de Dios penetra en ellos y los ablanda. Cada vez admiro más a los santos ancianos... ¡Oh Felipe, consígueme una pequeña porción de tu fervor!. «Cuando era joven era atrevido, porque era ignorante; ahora he perdido en atrevimiento porque he ganado en experiencia». Bueno, me sucede exactamente al revés. La experiencia real, experiencia con Cristo y de Cristo, confiere fortaleza, audacia por tanto. Y eso creo que le pasó también a Newman.

## LA INUTILIDAD

*(Palabras grabadas por D. José para ser escuchadas por su madre cuando ésta comenzaba a quedarse ciega. El estilo, sencillo y didáctico, corresponde a un texto no escrito sino hablado y con la “informalidad” propia de una relación muy personal)*

(Leed la II Epístola de San Pablo a los Corintios)

Hay dos principios de conocimiento. Uno es el de los sentidos y la razón que interpreta los datos de los sentidos; otro es de la fe.

Y nosotros, aquí en la tierra, una vez que tenemos fe, solemos hacer una especie de mezcla, y entonces, a lo más que llegamos es a interpretar un poco las cosas que nos van diciendo los sentidos: lo que vemos, lo que oímos, lo que palpamos, lo que escuchamos... y darle un cierto valor sobrenatural.

Pero a lo que llegamos muy raramente es a vivir puramente de fe. A darnos cuenta de que hay cosas superiores que, aún aquí en la tierra, son las que están realmente actuando y que, muchas veces, obran independientemente de los sentidos.

Es que, lo mismo que tenemos que llegar a morir, a dejar el cuerpo y a vivir sólo con el alma durante un tiempo –el que sea- en el cielo hasta que llegue el momento de la resurrección y entonces los sentidos, todo el cuerpo, sea absorbido por lo puramente sobrenatural y funcione de una manera distinta que ni siquiera podemos conocer, así en la tierra tenemos que haber vivido antes, una temporada siquiera –y esto es lo que es la santidad- ya con esta disposición espiritual aun teniendo el cuerpo.

Aquí en la tierra concebimos el usar bien de las cosas haciendo una especie de mezcla: partimos de los datos de la fe, de lo que nos dice: creemos que hay cielo, que hay Dios, que Dios es nuestro Padre... y luego, después, tenemos todo el sentido que nos dicen las gentes; y así vamos intentando vivir nuestra vida natural un poco a la luz de lo sobrenatural. Por eso concebimos bastante bien que tenemos que usar de los dones naturales... Hacemos una especie de mezcla: partimos de los datos de la fe...

...Tenemos que emplear la vista, cuanto más tiempo mejor, para gloria de Dios. Tenemos que leer cosas, ver cosas, para cumplir la voluntad de Dios, para conocerle, para poder estudiar, leer la Misa, poder rezar... lo que sea. Tenemos que emplear el oído, la lengua; tenemos que hablar bien, promover la caridad, ayudar a los demás, es decir, tenemos que usar bien de los dones de Dios.

Pero por “dones de Dios” entendemos, casi siempre, en primer lugar estos dones naturales, terrenos, que queremos usar un poco con sentido de caridad. Por eso, cuando nos faltan estos dones naturales de alguna manera, estamos sintiéndonos como inútiles.

Y esta sensación de inutilidad la tomamos en un sentido pleno; la impresión que tenemos entonces es más o menos que “aquí qué hacemos”...

Lo primero que hay que tener en cuenta, es que la cruz es el medio esencial de santificación cuando es la Cruz de Cristo, es decir, cuando está recibida con fe y con caridad. La cruz mayor es esta sensación de que no servimos para nada.

Las dos necesidades auténticas, últimas, humanas, son el sentirse querido y el sentirse útil. A última hora todo se reduce a esto: a que nos sentimos queridos y nos sentimos queriendo. Pero nos sentimos queriendo eficazmente que el amor a los demás nos sirve para ser nosotros más, para ser realmente creaturas, para ser seres humanos. Y nos sentimos –queremos sentirnos- queridos, pero queridos eficazmente: que servimos para alguien...

Lo que más nos crucifica es sentirnos inútiles, pensar que molestamos a los demás, que no podemos hacer bien a los demás; pensar, sencillamente, que nuestra vida no tiene objeto en la tierra.

Pero resulta que los dones principales de Dios, y por tanto el amor – tanto en el sentirse querido como en el saberse querido-, no se sitúa en este terreno puramente natural, en los dones naturales, en los favores que podemos hacer por fuera, en las ayudas que podemos prestar moviéndonos, sino que los dones de Dios más importantes –los que son dones estrictamente paternos, los que no puede tener más que el que es hijo de Dios-, no son nunca estos dones.

Los dones de Dios son las virtudes sobrenaturales que –aún aquí en la tierra- pueden obrar perfectísimamente sin concurso ninguno de los sentidos exteriores.

Una persona que haya nacido ciega o sorda, que desde pequeña no pudiera moverse, incluso un enfermo mental si está bautizado, con una iluminación interior que no puede manifestarse para nada hacia fuera, puede hacer actos de caridad, puede hacer actos de fe y puede redimir al mundo con una eficacia mucho mayor que una persona totalmente útil, con una inteligencia muy profunda, muy honda, muy clara, muy lógica y organizada, muy extensa, y que sin embargo no tenga caridad o, sencillamente, tenga menos.

Por esto tenemos que darnos cuenta de que lo más santificante en primer lugar, apoyados en la fe, en el sentido sobrenatural, es la caridad; y la caridad usa en la tierra como valor superior (no digo que las demás cosas no

valgan) precisamente la cruz; y la cruz se sitúa precisamente en la renuncia, y la renuncia –aceptada como venida de Dios- de esta utilidad. Es decir, cuando Cristo ha querido redimirnos, lo que ha hecho ha sido sencillamente, literalmente, hacerse inútil...

Dejarse crucificar es, sencillamente, privarse de ver, de oír... Jesucristo en la cruz no puede usar la vista de una manera que le sirviera para nada. Pudo ver a la Virgen, pero nada más que para sufrir más El y verla sufrir a Ella. Puede oír, pero no puede oír más que insultos o los gemidos de la Virgen que no hacen más que entristecerle, o para darse cuenta de la traición de los discípulos o de su cobardía por lo menos. Y no puede hablar, no puede más que quejarse porque no está para otra cosa...

Porque Jesucristo se ha hecho hombre verdadero y al hacerse hombre ha querido sentir lo que sentimos los hombres, y en una cruz no se puede sentir otra cosa...

Pero precisamente esto es el acto redentor. En esta inutilización absoluta de Jesucristo es en la que ciertamente se fija la Escritura cuando enfoca la cruz; sobre todo en el amor y en la cruz, y en ésta como inutilidad, como renuncia y precisamente como renuncia aceptada, no planeada por El; no una cosa que hace porque quiere, sino una cosa que se quiere porque Dios lo acepta; es decir, una aceptación del plan del Padre que es precisamente lo que nos redime.

Por esto con lo que tenemos que luchar sobre todo es con la sensación del “no sirvo para nada”. Lo que tengo que creer es que el hombre no sirve más que en la medida en que va recibiendo los dones de Dios, que son sobrenaturales; y que estos dones, en un momento o en otro de nuestra vida, si somos cristianos y por tanto miembros de Jesucristo, tienen que obrar como han obrado en Jesucristo. Entonces nuestra actuación consiste evidentemente en recibir la inutilización parcial o total que Dios nos va mandando.

Por eso, en resumidas cuentas, el acto central de un cristiano es aceptar la muerte. Lo que se acepta sencillamente es la renuncia; renuncia aceptada, no buscada por él porque el suicidio es pecado mortal. Lo que acepta de Dios es la inutilización absoluta. No puede servir ya para nada.

La impresión, por ejemplo, de un padre que va a morir, es que ya no puede educar a sus hijos, que ya no puede atenderlos, que ya no puede darles dinero, o lo que sea. Lo que debe creer el padre es que cuando no tenga ni ojos, ni oídos, ni nada, es cuando va a poder atender más a sus hijos, porque desde el cielo la caridad y no ya la fe, sino el conocimiento de Dios van a ser muy superiores a las que tiene aquí en la tierra y las va poder usar de una manera mucho más perfecta.

Bien, esto es la santificación, el proceso de santificación de un hombre en su grado más alto y a donde, más o menos, o por donde más o menos pasan todos los santos en un momento u otro de su vida. Y no es poco raro que santos que han estado actuando intensamente por fuera durante su vida, usando muy bien lo que solemos llamar dones de Dios (la vista, el oído, lo que sea), sienten que todo esto se les desmorona. Un Cura de Ars, un San Juan Bosco, que apenas ven, que ya apenas oyen, que ya apenas pueden comunicarse con la gente, que ya apenas pueden hablar, que ya –desde el punto de vista humano- lo que hacen no es ayudar sino pedir a los demás favores que obligan a los demás a estar pendientes de ellos.... Y esto es sencillamente creer que no son seres inútiles sino que es exactamente lo contrario, que están alcanzando el grado más alto de utilidad. Y lo están alcanzando con tal de que esto sea aceptado.

Si nos fijamos en el Evangelio, por un lado se nos pone como modelo a Jesucristo, y El se reduce a esta inutilidad aceptando lo que el Padre le manda y que considera como el don supremo del Padre: precisamente la cruz que es donde se realiza sobre todo la caridad de Cristo; y si pensamos que a nosotros nos dice que somos miembros suyos, que somos como los sarmientos que están injertados en la vid, los sarmientos tienen la misma vida que la vid y por tanto la misma actividad. Por otro lado nos dice que “si no nos hacemos como niños no entraremos en el Reino de los Cielos”; si observamos a un niño, nos damos cuenta de que por donde primero pasa y cuando más realiza su vida de hijo (el hijo es el que recibe), es en los primeros tiempos de su vida; y entonces ni siquiera ve, ni siquiera oye, ni puede moverse, y lo poco que hace no es más que molestar porque lo único que puede hacer es necesitar cosas y berrear (lo cual no es precisamente una diversión)... Entonces nos damos cuenta de que lo que llamamos inutilidad, como tal únicamente consiste en que sea aceptada como don de Dios, como don superior que nos capacita para poner en juego en el grado más alto las virtudes inferiores. Esto no es precisamente ser inútil, sino todo lo contrario.

Así la santificación última de cualquier persona –última en el sentido en el sentido de que es lo más profundo que puede hacer en cualquier momento de su vida y última en el sentido de que normalmente al fin de la vida, dure lo que dure, Dios le hace pasar a uno por esta situación aún materialmente- consiste precisamente no en querer usar bien de una serie de dones (“si viera mejor podría trabajar más y hacer favores”, “si tuviera más salud podría atender a los demás”), sino en pasar por la aceptación de esta realización de actos de caridad puramente interiores; los cuales externamente no se manifiestan prácticamente en nada puesto que lo único que se puede

hacer respecto del prójimo es pedirle cosas, con la sensación humana que tiene la mayor parte de la gente de estar molestando; no sólo de que no sirve para nada sino que tiene que molestar...

Todo consiste en que tengamos fe y en saber que no estamos molestando sino ayudando, porque estamos ayudando como Cristo ayudó: Jesucristo en la cruz lo único que hacía era hacer sufrir a la Virgen.

El niño pequeño, que es el modelo, lo único que hace es dar la lata a sus padres y a las personas que están alrededor. El cristiano santo, lo único que hace exteriormente es, sencillamente, pedir favores a los demás; es estar reducido, otra vez -bien por la edad, bien por la enfermedad- a la situación externa del crío; no ya porque se está empezando a edificar y necesita cuidados, sino porque se está desmoronando ya y necesita cuidados, porque está ya en los últimos momentos de un proceso de perfección que le va a llevar a la perfección total; y porque para resucitar hace falta morirse primero... Para que el cuerpo resucite con una plenitud incluso física necesita primero destruirse: no es un proceso de perfeccionamiento, sino que es don de Dios; y El lo lleva así, haciéndonos partícipes de lo que ha hecho Jesucristo.

En resumen, los dones de Dios son la fe, la esperanza y la caridad. Las demás virtudes no hacen más que venir de aquí.

La Fe: nos hace creer todo esto. Nos hace creer que lo que parece inutilidad es precisamente la utilidad mayor. Cuando estoy pidiendo un favor no estoy molestando al prójimo, sino que estoy realizando la caridad en su grado más alto con tal, únicamente, que lo haga de verdad, con esta caridad.

La Esperanza: Yo me fío en que Dios me va a dar la luz y me va a dar la fuerza para que pueda llevar esto con todo este sentido, y para que en lugar de desanimarme (“qué pena, porque ya no puedo trabajar”, “qué pena porque no puedo ver bien”, “qué pena porque voy a molestar”...) piense exactamente lo contrario (“¡qué bien porque Dios me concede la gracia de que haga todo esto con un sentido sobrenatural!”). Entonces tiene su valor máximo. Estoy siendo no menos útil que cuando era joven o cuando estaba sano, sino que estoy siendo más útil porque estoy ejercitando las virtudes más sobrenaturales y las más perfectas; y las estoy ejercitando precisamente en su grado máximo de cristiandad que es su grado máximo de infantilismo, su grado máximo de participación de la cruz de Jesucristo. Entonces tengo esta confianza. Como naturalmente el ejercicio es continuo porque continuamente siento que no puedo hacer cosas y la tendencia natural sería hacer esto o lo otro, entonces puedo situarme en una postura de ejercicio continuo de estas virtudes teologales, y por tanto, en ejercicio continuo de

esta labor redentora de la humanidad que tanto necesita de gracia interna de Dios para convertirse.

Esta postura de confianza en Dios aumentará por tanto nuestra postura de esperanza. Cada señal de agotamiento es señal de desmoronamiento, dice San Pablo. Es señal de que el cuerpo está, no a punto de desaparecer, sino mucho más cercano de resucitar.

La primera condición para resucitar es morir y entonces la esperanza nos lleva a desear el cielo, que no es deseo de salir de esta inutilidad de la tierra, sino de poseer el cielo. Aunque estuviéramos útiles no tiene comparación con la utilidad del cielo. No tiene comparación el bien que podemos hacer en la tierra con el bien que podremos hacer en el cielo.. No es pensar que estoy más inútil que nunca, es pensar que estoy empezando a ser más útil que lo he sido en toda mi vida. No es pensar: “yo ya lo he acabado todo”, unas acciones que he podido hacer; es pensar: “estoy a punto de empezar a hacer las acciones que tengo que hacer como persona cristiana en su grado máximo”; primero, durante una época, sin cuerpo, y luego, después, con el cuerpo resucitado.

Un sentido, por tanto, de esperanza. La esperanza es un deseo. Estoy deseando, primero, ver a Dios sin más, y después el resucitar y resucitar con los demás. No estoy más separado, por ejemplo, porque no pueda hablar; no es más difícil hablar y no poder entenderse con la gente. Hay ratos en que estoy cansado y no puedo actuar con los otros: estoy a punto de entrar en una situación de relación mucho más interior. Mientras estamos sujetos a hablar con la boca, a oír con los oídos, no se puede hacer más que a ratos. Cuando estemos en el cielo podremos comunicarnos con las personas continuamente porque no estaremos sometidos al cansancio; y podremos influir más intensamente, cosa que en la tierra no podemos hacer. Podremos iluminar intensamente a alguien porque no podremos equivocarnos, y aquí en la tierra, por muchos consejos que demos, podemos estar equivocados o ser inoportunos.

Un sentido de esperanza por tanto es un deseo de verdad, no por hartura de la tierra sino porque siendo una cosa mucho mejor el irnos al cielo, nos hace confiar. Y como Dios nos llama a eso y nos ama y nos quiere dar la utilidad máxima, lo que estamos haciendo sencillamente es estar en una época de preparación; como el que está haciendo oposiciones, que se encierra en casa y parece que no hace nada por fuera, porque se pasa el día estudiando y lo que está haciendo es prepararse a ser mucho más útil.

El que está enfermo o el que está inútil, por lo que sea y en el sentido de las cosas materiales, lo que está haciendo es un cursillo de preparación para ser mucho más útil. Aún más, como tiene una confianza absoluta de que

las oposiciones las saca –aquí está la confianza en Dios- entonces todo esto le da un sentido de optimismo.

La Caridad: Y finalmente, el último don supremo es la caridad. En lugar de fijarnos en las cosas externas (“me parece que no hago nada”), debo estar por la fe y la caridad gozándome: “estoy haciendo más que nunca”. La sensación de inutilidad, como tal sensación seguirá un poco; me doy cuenta en efecto de que no oigo, no puedo hablar, estoy cansado, no puedo hacer nada; pero todo esto se convierte en una alegría por lo menos espiritual: estoy en el momento en que estoy haciendo más bien que nunca, estoy alcanzando más gracia de Dios que nunca estoy siendo más útil que nunca. Postura que ejercitada continuamente –siempre que tenga la cabeza para discurrir- me da como una postura general que se prolonga aunque no haga actos concretos de tener conciencia (si está esa sensación, mejor), no de que se ocupan de mí poco menos que por necesidad porque “a ver, qué van a hacer”, o de que estoy separado ya de los demás, o de que no sirvo para nada..., sino exactamente lo contrario: estoy siendo más útil, más hijo de Dios que nunca puesto que me está dando más dones que nunca. Estoy siendo más objeto de caridad que nunca porque me estoy haciendo más perfecto que nunca, estoy haciéndome capaz, más útil que nunca porque estoy ejercitando dones que son más elevados de los que he ejercitado nunca... Esto es precisamente lo que supone toda esta inutilidad aparente.

La apariencia es que no sirvo para nada, la realidad es que sirvo para más que nunca porque la realidad es que las funciones fundamentales que tenía que hacer no era tal o cual objetivo concreto o el hacer tal o cual cosa, sino sencillamente colaborar a la Redención de Jesucristo: entonces estoy más capacitado que nunca para realizarlo precisamente porque aparentemente soy inútil.

Finalmente, en cuanto a uno mismo, esto tiene que producir una postura de aspiración a la santidad. Cualquiera que contempla su vida percibe una serie de obras equivocadas, de actos mal hechos, de obras inútiles; entonces viene una cierta desconfianza: “Bueno -puedo pensar-, al cielo voy a ir... pero una santidad perfecta no voy a tener...”

Hay que darse cuenta que todos estamos llamados a la santidad perfecta, a la santidad heroica de cualquier santo. Yo no me encuentro así, pero como creo que el valor santificante, total, está en la cruz de Cristo y que nadie es santo porque se haya esforzado mucho sino porque Dios le ha dado su gracia para serlo, la capacidad que he ejercitado durante mi vida puede purificarse ahora de tal manera que me conduzcan a la santidad de vida a que Dios me haya llamado.

Creo en el amor de Dios, tal como es: un amor milagroso que lo mismo que puede volver la salud a un leproso, puede volver la santidad al que durante su vida no ha llegado a corresponder a Dios de forma que la haya alcanzado.

Creo que Dios puede hacer esto y creo que me ama. Creo que lo va a hacer y creo que es precisamente por la participación de la cruz de Cristo, por esta inutilización de mis sentidos exteriores; cuando ya ni puedo rezar demasiado...; todavía sería una postura mía: “estoy rezando”... Cuando ya ni puede actuar la caridad hacia fuera y por tanto ya no es una obra mía, sino sencillamente darme cuenta que todo lo que tengo es porque Dios me lo da, entonces es cuando pienso: “Ahora puedo santificarme plenamente, y si hasta ahora no he llegado, el amor de Dios a través de la cruz –no porque mi cruz sirva para mucho sino porque me pone en contacto con la cruz de Cristo-, quemará todos los defectos que hubiera y me llevará, aunque sea en tres días, a la santidad perfecta a la que estaba llamado.

Quiero aprovechar esta ocasión que Dios me da, y la voy a aprovechar no a base de grandes esfuerzos –porque no los puedo hacer-, sino sencillamente creyendo en Dios.

Es la postura que tiene el niño pequeño. El niño recibe de su madre lo que la madre le da, y muchas veces lo que recibe no lo quiere demasiado sino a base de llorar, de berrear y de molestar; pero sin embargo, lo come o lo hace, y así el niño va creciendo.

El cristiano que tiene buena voluntad, a pesar de esos momentos en que más o menos se rebele un poco y, como el niño pequeño, de la lata a Dios porque no se deja, si tiene una postura general de confianza, ya le está dando, como si dijéramos, permiso a Dios para que pueda actuar en él. Entonces percibe internamente: “No sólo ahora estoy siendo más útil a los demás, no sólo me estoy preparando para ir al cielo, no sólo me estoy preparando para actuar más con respecto a los demás, para serles más útil que nunca, sino que, además, estoy recibiendo esta santificación que quizás durante mi vida no he querido recibir nunca del todo”.

Con la fe, con esta esperanza y con esta caridad, trabajando en esta cruz que es participación de la cruz de Cristo, se van quemando mis imperfecciones anteriores y mis facultades se van desarrollando con una rapidez mucho mayor que lo han hecho en mi vida anterior; y precisamente porque no puedo pensar en absoluto que soy yo el que se santifica porque me veo inútil, sino porque creo en el amor de Dios.

“Los que hemos creído y conocido el amor que Dios nos tiene”... Esto es lo que hay que actuar, no a base de grandes discursos, sino por una fe

sencilla pero actuada, con esta intensidad interior aunque externamente apenas podamos hacer muchas veces ni siquiera un acto de discurso en ellas.



**INDICE**

Introducción .....	3
1.- Consideraciones sobre el celibato.....	5
2.- Virgen y Madre.....	11
3.- La Paternidad de San José.....	14
4.- Maternidad espiritual del sacerdote.....	17
5.- Matrimonio y celibato.....	23
6.- Sobre el amor humano.....	43
7.- Espiritualidad matrimonial.....	49
8.- El divorcio.....	57
9.- Castidad.....	59
10.- Paternidad responsable.....	65
11.- Aborto.....	69
12.- El valor de toda vida.....	71
13.-Ancianidad.....	75
14.- La “inutilidad” .....	85